

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

LIBROS CÉLEBRES
ESPAÑOLES
Y EXTRANJEROS

Director literario: V. Blasco Ibáñez

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

EL LIBRO

DE LAS

MIL NOCHES Y UNA NOCHE

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)



Es propiedad. Derechos exclusivos de traducción al español.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

M. TARANCÓN /568

EL LIBRO
DE LAS
MIL NOCHES Y UNA NOCHE

TRADUCCIÓN DIRECTA Y LITERAL DEL ÁRABE POR EL

Doctor J. C. MARDRUS

Versión española de VICENTE BLASCO IBAÑEZ

PRÓLOGO DE E. GÓMEZ CARRILLO

TOMO UNDÉCIMO

Historia de los artificios de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste y Alí Azogue *(Continuación)*.**—De Juder el Pescador ó el saco encantado.—De Abu-Kir y de Abu-Sir.**

PROMETEO
Germanías, 33.—VALENCIA
(Published in Spain)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

QUE MI AMIGO PIERRE LOUŸS, DELICIOSO TRADUCTOR DE «CANCIONES» AL MODO LITERAL, RECIBA EL DON DE ESTAS SENCILLAS HISTORIAS, PARA SU MODESTIA.

J. C. M.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Historia de los artificios de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste y Alí Azogue.

(CONTINUACIÓN)

PERO CUANDO LLEGÓ
LA 439.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Soy como el haba en su vaina, invulnerable por el fuego y por el agua!» Y se levantó, quitóse sus vestiduras de sufi para ponerse un traje de servidora entre las servidoras de los ricos, y salió meditando la nueva fechoría que iba á perpetrar en Bagdad.

Y llegó de tal modo á una calle retirada, muy adornada y empavesada á todo lo largo y á todo lo ancho con telas hermosas y linternas multicolores; y el suelo estaba cubierto de ricas alfombras. Y oyó dentro voces de cantarinas y tamborilazos

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de dufufs y golpetear de darabukas sonoras y estridor de címbalos. Y vió á la puerta de la morada empavesada á una esclava que llevaba á horcajadas en su hombro un tierno niño vestido con telas espléndidas de tisú de oro y plata, tocado con un tarbusch rojo adornado con tres sartas de perlas, llevando al cuello un collar de oro incrustado de pedrerías y con los hombros cubiertos por una manteleta de brocado. Y los curiosos é invitados que entraban y salían la enteraron de que aquella casa pertenecía al síndico de los mercaderes de Bagdad y de que aquel niño era hijo suyo. Y también se enteró de que el síndico tenía una hija virgen y púber, cuyos esponsales se celebraban aquel día precisamente; y tal era el motivo de semejante alarde de ornamentación. Y como la madre del niño estaba muy ocupada en recibir á las damas invitadas por ella y hacerles los honores de su casa, había confiado el niño, que la importunaba pegándosele á las faldas de continuo, á aquella joven esclava, recomendándola que le distrajera y jugara con él hasta que las invitadas se marchasen.

Cuando la vieja Dalila vió á aquel niño montado en el hombro de la esclava y se informó con respecto á los padres y á la ceremonia que tenía lugar, dijo para sí: «¡Oh Dalila, lo que tienes que hacer por el momento es escamotear á ese niño, arrebatándoselo á esa esclava!» Y se adelantó hacia ella, exclamando: «¡Qué vergüenza para mí haber

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

llegado con tanto retraso á casa de la digna esposa del síndico!» Luego dijo á la esclava, que era una infeliz, poniéndole en la mano una moneda falsa: «¡Aquí tienes un dinar por el trabajo! Sube, hija mía, en busca de tu ama y dile: «¡Tu vieja nodriza Omm Al-Khayr te felicita de muy buen grado, como cumple á quien tantas bondades tiene que agradecerte! ¡Y el día de la gran reunión vendrá á verte con sus hijas, y no dejará de poner generosas ofrendas nupciales, como es costumbre, en manos de las azafatas!» La esclava contestó: «Mi buena madre, con mucho gusto cumpliría tu encargo; pero mi amo pequeño, que es este niño, cada vez que ve á su madre no quiere separarse de ella y se coge á sus vestidos.» La vieja contestó: «¡Pues déjale conmigo mientras vas y vienes!» Y la esclava se guardó la moneda falsa y entregó el niño á la vieja para subir inmediatamente á cumplir su encargo.

En cuanto á la vieja, se apresuró á huir con el niño, metiéndose en una callejuela obscura, donde le quitó todas las cosas preciosas que llevaba él encima, y dijo para sí: «¡Todavía no lo has hecho todo, ¡oh Dalila! ¡Si verdaderamente eres sutil entre las sutiles, hay que sacar de este monigote todo el partido posible, negociándole, por ejemplo, para proporcionarte una cantidad respetable!» Cuando se le ocurrió aquella idea, saltó sobre ambos pies y fué al zoco de los joyeros, donde vió en una tienda á un gran lapidario judío que estaba

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sentado detrás de su mostrador; y entró en la tienda del judío, diciéndose: «¡Ya hice negocio!» Cuando el judío la vió por sus propios ojos entrar, miró al niño que llevaba ella y conoció al hijo del síndico de los mercaderes. Y aunque muy rico, aquel judío no dejaba de envidiar á sus vecinos cuando hacían una venta, si por casualidad no hacía él otra en el mismo momento. Así es que, muy contento con la llegada de la vieja, le preguntó: «¿Qué deseas, ¡oh mi ama!?» Ella contestó: «¿Eres maese Izra el judío?» Él contestó: «¡Naam!» Ella le dijo: «La hermana de este niño, hija del schahbandar de los mercaderes, se ha casado hoy, y en este momento se celebra la ceremonia de los esponsales. ¡Y he aquí que necesita ciertas alhajas, como dos pares de pulseras de oro para los tobillos, un par de brazaletes corrientes de oro, un par de arracadas de perlas, un cinturón de oro afiligranado, un puñal con puño de jade incrustado de rubíes y una sortija de sello!» En seguida se apresuró el judío á darle lo que pedía, y cuyo precio se elevaba á mil dinares de oro, por lo menos. Y Dalila le dijo: «¡Me llevo todo esto con la condición de que mi ama escoja en casa lo que mejor le parezca! Luego volveré para traerte el importe de lo que escoja. ¡Mientras tanto, quédate con el niño hasta que yo vuelva!» El judío contestó: «¡Como gustes!» Y se llevó ella las joyas, dándose prisa por llegar á su casa.

Cuando la joven Zeinab la Embustera vió en-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

trar á su madre, le dijo: «¿Qué hazaña acabas de emprender, ¡oh madre mía!?» La vieja contestó: «Por esta vez solamente una nimiedad. ¡Me he contentado con robar y desvalijar al hijo pequeño del schahbandar de los mercaderes, dejándolo en prenda por varias alhajas que valdrán mil dinares, en casa del judío Izra!» Entonces exclamó su hija: «¡Esta vez es seguro que se acabó ya todo para nosotras! ¡No vas á poder salir y circular por Bagdad!» La vieja contestó: «¡Todo lo que hice no es nada, ni siquiera la milésima parte de lo que pienso hacer! ¡No tengas por mí ningún cuidado, hija mía!»

Volviendo á la infeliz esclava joven, es el caso que entró en la sala de recepción y dijo: «¡Oh ama mía, tu nodriza Omm Al-Khayr te envía sus zalemas y sus votos y te felicita, diciendo que vendrá aquí con sus hijas el día del matrimonio y será generosa con las azafatas!» Su ama le preguntó: «¿Dónde dejaste á tu amo pequeño?» La esclava contestó: «¡Lo he dejado con ella para que no se agarrase á ti! ¡y aquí tienes una moneda de oro que me dió tu nodriza para las cantarinas!» Y ofreció la moneda á la cantarina principal, diciendo: «¡He aquí el aguinaldo!» Y la cantarina cogió la moneda y vió que era de cobre. Entonces gritó el ama á la servidora: «¡Ah, perra! ¡vete en seguida á buscar á tu amo pequeño!» Y la esclava apresuróse á bajar; pero no encontró ya ni al niño ni á la vieja. Entonces lanzó un grito estridente y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se cayó de bruces, mientras acudían todas las mujeres de arriba, tornándose la alegría en duelo dentro de sus corazones. Y he aquí que precisamente entonces llegaba el propio síndico, y su esposa, con el semblante demudado de emoción, se apresuró á ponerle al corriente de lo que acababa de pasar. Al punto salió el padre en busca de su niño, seguido por todos los mercaderes á quienes había invitado, que por su parte se pusieron á hacer pesquisas en todas direcciones. Y después de mil incidencias, acabó el síndico por encontrar al niño casi desnudo á la puerta de la tienda del judío, y loco de alegría y de cólera, se precipitó sobre el judío, gritando: «¡Ah, maldito! ¿Qué querías hacer con mi hijo? ¿Y por qué le has quitado sus vestidos?» Temblando y en el límite de la estupefacción, contestó el judío: «¡Por Alah, ¡oh mi amo! que yo no tenía necesidad de semejante rehén! ¡Pero la vieja se empeñó en dejármelo, tras de haberse llevado para tu hija alhajas por valor de mil dinares!» El síndico exclamó, cada vez más indignado: «¿Pero crees, maldito, que mi hija no tiene alhajas y necesita recurrir á ti? ¡Devuélveme en seguida los vestidos y adornos que le quitaste á mi hijo!» Al oir estas palabras, exclamó el judío, aterrado: «¡Socorro, oh musulmanes!» Y precisamente, viniendo de diferentes direcciones, aparecieron en aquel momento los tres chasqueados antes: el arriero, el joven mercader y el tintorero. Y se informaron de la cosa, y al enterarse de lo que se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

trataba, no dudaron ni por un instante que aquello era una nueva hazaña de la vieja calamitosa, y exclamaron: «¡Nosotros conocemos á la vieja! ¡Es una estafadora que nos ha engañado antes que á vosotros!» Y contaron su historia á los presentes, que se quedaron estupefactos, y al síndico, que exclamó, conformándose: «¡Después de todo, he tenido suerte al encontrar á mi hijo! ¡Ya no quiero preocuparme de sus ropas perdidas, pues que bien valen su rescate! ¡Pero me gustaría poder reclamárselas á la vieja!» Y no quiso faltar más de su casa, y corrió á participar con su esposa de la alegría de haber recuperado á su hijo.

En cuanto al judío, preguntó á los otros tres: «¿Qué pensáis hacer ahora?» Le contestaron: «¡Vamos á continuar nuestras pesquisas!» Él les dijo: «¡Llevadme con vosotros!» Luego preguntó: «¿Hay entre vosotros alguno que la conociera antes de esta hazaña?» El arriero contestó: «¡Yo!» El judío dijo: «¡Entonces vale más que no vayamos juntos y que hagamos pesquisas por separado para no ponerla alerta!» Entonces contestó el arriero: «¡Muy bien! Y para encontrarnos, nos citaremos á mediodía en la tienda del barbero moghrabín Hagg-Mass'ud!» Se citaron, y cada uno púsose en camino por su parte.

Pero estaba escrito que el arriero sería el primero que se encontrase con la vieja taimada...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 441.ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero estaba escrito que el arriero sería el primero que se encontrase con la vieja taimada, mientras recorría ella la ciudad en busca de alguna nueva estratagema. En efecto, no bien la divisó el arriero, la reconoció, á pesar de su disfraz, y se abalanzó á ella, gritando: «¡Maldita seas, vieja decrépita, astilla seca! ¡Por fin te encuentro!» Ella preguntó: «¿Qué te ocurre, hijo mío?» Él exclamó: «¡El burro! ¡Devuélveme el burro!» Ella contestó con voz enternecida: «¡Hijo mío, habla bajo y cubre lo que Alah ha cubierto con su velo! ¡Veamos! ¿Qué pides? ¿Tu burro ó los efectos de los otros?» Él contestó: «¡Mi burro solamente!» Ella dijo: «Hijo mío, sé que eres pobre y no he querido, por tanto, privarte de tu burro. Le he dejado en casa del barbero moghrabin Hagg-Mass'ud, que tiene su tienda ahí enfrente. Voy á buscarle ahora mismo y á rogarle que me entregue el asno. ¡Espérame un instante!» Y se adelantó á él, y entró llorando en casa del barbero Hagg-Mass'ud, le cogió de la mano, y dijo: «¡Ay de mí!» El barbero le pre-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

guntó: «¿Qué te pasa, buena tía?» Ella contestó: «¿No ves á mi hijo que está de pie ahí enfrente de tu tienda? Tenía el oficio de arriero conductor de burros. Pero cayó malo un día, á consecuencia de un aire que le corrompió y trastornó la sangre, ¡y ha perdido la razón y se ha vuelto loco! Desde entonces no cesa de pedirme su asno. Al levantarse, grita: «¡Mi burro!»; al acostarse, grita: «¡Mi burro!»; vaya por donde vaya, grita: «¡Mi burro!» Y he aquí que me ha dicho un médico entre los médicos: «Tu hijo tiene la razón dislocada y en peligro. ¡Y nada podrá curarle y volverle á ella, como no le saquen las dos últimas muelas de la boca y le cautericen en las sienes con dos cantáridas ó con un hierro candente! Aquí tienes, pues, un dinar por tu trabajo, y llámale y dile: «Tengo tu burro en mi casa. ¡Ven!»

Al oir estas palabras contestó el barbero: «¡Que me quede un año sin comer si no le pongo su burro entre las manos, tía mía!» Luego, como tenía á su servicio dos oficiales de barbero acostumbrados á todos los trabajos propios del oficio, dijo á uno de ellos: «¡Pon al rojo dos clavos!» Después gritó al arriero: «¡Oye, hijo mío, ven aquí! ¡Tengo tu burro en mi casa!» Y al tiempo que el arriero entraba en la tienda, salía la vieja y se paraba á la puerta.

Así, pues, una vez que hubo entrado el arriero, el barbero le cogió de la mano y le llevó á la trastienda, dentro de la cual le aplicó un puñetazo en el vientre, echándole la zancadilla, y le hizo caer

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de espaldas en el suelo, donde los dos ayudantes le agarrotaron sólidamente pies y manos y le impidieron hacer el menor movimiento. Entonces se levantó el maestro barbero y empezó por meterle en el gaznate dos tenazas como las de los herreros, que le servían para dominar los dientes recalcitrantes; luego, dando una vuelta á las tenazas, le extirpó las dos muelas á la vez. Tras de lo cual, á pesar de los rugidos y contorsiones del paciente, cogió con unas pinzas, uno después de otro, los dos clavos al rojo, y le cauterizó á conciencia las sienes, invocando el nombre de Alah para que la cosa tuviese éxito.

Cuando el barbero hubo terminado ambas operaciones, dijo al arriero: «¡Ualahi! ¡bien contenta estará de mí tu madre! ¡Voy á llamarla para que compruebe la eficacia de mi trabajo y tu curación!» Y en tanto que el arriero se debatía entre los puños de los ayudantes, el barbero entró en su tienda, y allí... ¡vió que la tienda estaba vacía y limpia como por una ráfaga de viento! ¡No quedaba ya nada! ¡Navajas, espejos de nácar de mano, tijeras, suavizadores, bacías, jarros, paños, taburetes, todo había desaparecido! ¡No quedaba ya nada! ¡Ni la sombra de todo aquello! ¡Y también había desaparecido la vieja! ¡Nada! ¡Ni siquiera el olor de la vieja! Y además, la tienda estaba muy barrida y regada, como si acabasen de alquilarla de nuevo en aquel instante.

Al ver aquello, el barbero, en el límite del

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

furor, se precipitó á la trastienda, y cogiendo por el cuello al arriero le zarandeó como á una banasta, y le gritó: «¿Dónde está la alcahueta de tu madre?» Loco de dolor y de rabia, le dijo el pobre arriero: «¡Ah hijo de mil zorras! ¿Mi madre? ¡Pero si mi madre está en el país de Alah!» El otro siguió zarandeándole, y le gritó: «¿Dónde está la vieja zorra que te trajo aquí y que se ha ido después de haberme robado toda la tienda?» Iba el arriero á responder, agitado su cuerpo por temblores, cuando de pronto entraron en la tienda, de vuelta de sus pesquisas infructuosas, los otros tres chasqueados: el tintorero, el joven mercader y el judío. Y los vieron riñendo, al barbero con los ojos fuera de las órbitas y al arriero con las sienes cauterizadas é hinchadas por dos anchas ampollas, y con los labios espumeantes de sangre, y colgándole aún á ambos lados de la boca las dos muelas. Entonces exclamaron: «¿Qué sucede?» Y el arriero gritó con todas sus fuerzas: «¡Oh musulmanes, justicia contra este marica!» Y les contó lo que acababa de ocurrir. Entonces preguntaron al barbero: «¿Por qué has obrado así con este arriero, ¡oh maese Mass'ud?» Y el barbero les contó á su vez cómo acababa la vieja de limpiarle la tienda. A la sazón ya no dudaron de que era también la vieja quien había hecho aquel nuevo desaguisado, y exclamaron: «¡Por Alah, la causante de todo es la vieja maldita!» Y acabaron por explicarse todos y ponerse de acuerdo. Entonces el barbero se apresuró

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

á cerrar su tienda, uniéndose á los cuatro burlados para ayudarles en sus pesquisas. Y el pobre arriero no cesaba de gimotear: «¡Ay de mi burro! ¡Ay de mis muelas perdidas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGO LA 442.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Ay de mi burro! ¡Ay de mis muelas perdidas!»

De esta manera estuvieron recorriendo durante mucho tiempo los diversos barrios de la ciudad; pero de improviso, al volver una esquina, el arriero fué también el primero en divisar y reconocer á Dalila la Taimada, cuyo nombre y cuya vivienda ignoraban todos ellos. Y no bien la vió, se abalanzó á ella el arriero, gritando: «¡Hela aquí! ¡Ahora va á pagarnos todo!» Y la arrastraron á casa del walí de la ciudad, que era el emir Khaled.

Llegados que fueron al palacio del walí, entregaron la vieja á los guardias, y les dijeron: «¡Queremos ver al walí!» Los guardias contestaron: «Está durmiendo la siesta. ¡Esperad un poco á que se despierte!» Y los cinco querellantes esperaron

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

en el patio, mientras los guardias hacían entrega de la vieja á los eunucos para que la encerraran en un cuarto del harem hasta que se despertase el walí.

En cuanto llegó al harem, la vieja taimada consiguió escurrirse hasta el aposento de la esposa del walí, y después de las zalemas y de besarla la mano, dijo á la dama, que estaba lejos de suponer la verdad: «¡Oh ama mía, desearía ver á nuestro amo el walí!» La dama contestó: «¡El walí está durmiendo la siesta! Pero ¿qué quieres de él?» La vieja dijo: «Mi marido, que es mercader de muebles y esclavos, antes de partir para un viaje me entregó cinco mamelucos con encargo de vendérselos al mejor postor. Y precisamente los vió conmigo nuestro amo el walí, y me ofreció por ellos mil doscientos dinares, consintiendo yo en dejárselos por ese precio. ¡Y vengo ahora á entregárselos!» Y he aquí que, efectivamente, el walí tenía necesidad de esclavos, y la misma víspera, sin ir más lejos, había dado á su esposa mil dinares para que los comprara. Así es que no dudó ella de las palabras de la vieja, y le preguntó: «¿Dónde están los cinco esclavos?» La vieja contestó: «¡Ahí, en el patio del palacio, debajo de tus ventanas!» Y la dama se asomó al patio y vió á los cinco chasqueados que esperaban á que el walí se despertase. Entonces dijo: «¡Por Alah! ¡son muy hermosos, y especialmente uno de ellos vale él solo los mil dinares!» Luego abrió su cofre y entregó á la vie-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ja mil dinares, diciéndole: «Mi buena madre, te debo todavía doscientos dinares para completar el precio. Pero como no los tengo, espérate á que se despierte el walí.» La vieja contestó: «¡Oh ama mía! ¡de esos doscientos dinares te rebajo ciento en gracia á la jarra de jarabe que me has dado á beber, y ya me pagarás los otros ciento en mi próxima visita! ¡Ahora te ruego que me hagas salir del palacio por la puerta reservada para el harem, con el fin de que no me vean mis antiguos esclavos!» Y la esposa del walí la hizo salir por la puerta secreta, y el Protector la protegió y la dejó llegar sin obstáculos á su casa.

Cuando la vió entrar su hija Zeinab, le preguntó: «¡Oh madre mía! ¿qué hiciste hoy?» La vieja contestó: «Hija mía, he jugado una mala pasada á la esposa del walí, vendiéndole por mil dinares, como esclavos, ¡al arriero, al tintorero, al judío, al barbero y al joven mercader! Sin embargo, hija mía, entre todos ellos no hay mas que uno que me preocupe y cuya perspicacia temo: ¡el arriero! ¡Siempre me reconoce ese hijo de zorra!» Y le dijo su hija: «¡Entonces, madre mía, déjate ya de salidas!» Cuida ahora de la casa, y no olvides el proverbio que dice:

¡No es cierto que el jarro
no se rompa nunca, por mucho que le tiren!

Y trató de convencer á su madre de que no saliese en lo sucesivo; pero inútilmente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡He aquí ahora lo que les ocurrió á los cinco! Cuando el walí se despertó de su siesta, le dijo su esposa: «¡Ojalá te haya endulzado la dulzura del sueño! ¡Me tienes muy contenta con los cinco esclavos que compraste!» Él preguntó: «¿Qué esclavos?» Ella dijo: «¿Por qué me lo quieres ocultar? ¡Así te engañen ellos como tú me engañas!» Él dijo: «¡Por Alah, que no he comprado esclavos! ¿Quién te ha informado tan mal?» Ella contestó: «¡La misma vieja á quien se los compraste por mil doscientos dinares los trajo aquí y me los enseñó en el patio, vestido cada cual con un traje que por sí solo vale mil dinares!» Él preguntó: «¿Y le has dado el dinero?» Ella dijo: «¡Sí, por Alah!» Entonces el walí bajó en seguida al patio, donde no vió á nadie mas que al arriero, al barbero, al judío, al joven mercader y al tintorero; y preguntó á sus guardias: «¿Dónde están los cinco esclavos que la vieja comerciante acaba de vender á vuestra ama?» Le contestaron: «¡Durante toda la siesta de nuestro amo, no hemos visto mas que á esos cinco que están ahí!» Entonces el walí se encaró con los cinco y les dijo: «¡Vuestra ama la vieja acaba de venderos á mí por mil dinares! ¡Vais á dar comienzo á vuestro trabajo limpiando los pozos negros!» Al oir estas palabras, exclamaron los cinco querellantes, en el límite de la estupefacción: «¡Si así es como haces justicia, no nos queda más remedio que recurrir á nuestro amo el califa para quejarnos de ti! ¡Somos hombres libres que no se nos puede

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vender ni comprar! ¡Yalah! ven con nosotros á ver al califa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 443.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Yalah! ¡ven con nosotros á ver al califa!» Entónces el walí les dijo: «¡Si no sois esclavos, seréis estafadores y ladrones! ¡Porque vosotros fuisteis quienes trajisteis á la vieja y combinasteis con ella semejante estafa! Pero ¡por Alah, que á mi vez os venderé á extranjeros por cien dinares cada uno!»

Mientras tanto, entró en el patio del palacio el capitán Azote-de-las-Calles, que venía á querellarse ante el walí de la aventura acaecida á su esposa la jovenzuela. Porque, al regreso de su viaje, había visto en cama á su esposa, enferma de vergüenza y de emoción, y por ella había sabido cuanto le sucedió, y añadió ella: «¡Todo esto me ha pasado sólo por culpa de tus palabras duras, que me decidieron á recurrir á los buenos oficios del jeique Multiplicador!»

Así es que cuando el capitán Azote divisó al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

walí, hubo de gritarle: «¿Eres tú quien así permite que las viejas alcahuetas penetren en los harems y estafen á las esposas de los emires? ¿Para eso nada más tienes tu oficio? Pero ¡por Alah, que te hago responsable de la estafa cometida conmigo y de los daños y perjuicios causados á mi esposa!» Al oir estas palabras del capitán Azote-de-las-Calles, los cinco exclamaron: «¡Oh emir! ¡oh valiente capitán Azote! ¡también nosotros ponemos nuestro pleito entre tus manos!» Y les preguntó él: «¿Qué tenéis que reclamar también vosotros?» Entonces le contaron ellos toda su historia, que es inútil repetir. Y les dijo el capitán Azote: «¡Ciertamente, también fuisteis burlados vosotros! ¡Y está muy equivocado ahora el walí si cree que va á poder encarcelarnos!»

Cuando el walí hubo oído todas estas palabras, dijo al capitán Azote: «¡Oh emir! ¡de mi cuenta corre el pago de las indemnizaciones que te corresponden y la restitución de los efectos de tu esposa, y me comprometo á dar con la vieja estafadora!» Luego se encaró con los cinco, y les preguntó: «¿Quién de vosotros sabrá reconocer á la vieja?» El arriero contestó, coreado por los demás: «¡Todos sabremos reconocerla!» Y añadió el arriero: «¡Entre mil zorras la conocería yo por sus ojos azules y brillantes! ¡Danos solamente diez de tus guardias para que nos ayuden á apoderarnos de ella!» Y cuando el walí les dió los diez guardias pedidos salieron del palacio.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Y he aquí que apenas habían andado por la calle algunos pasos, con el arriero á la cabeza, cuando se tropezaron precisamente con la vieja que acababa de evadírseles. Pero consiguieron atraparla y le ataron las manos á la espalda y la arrastraron á la presencia del walí, que le preguntó: «¿Qué has hecho de todas las cosas que robaste?» Ella contestó: «¿Yo? ¡Nunca he robado nada á nadie! ¡Y nada he visto ni comprendo lo que dices!» Entonces el walí se encaró con el celador mayor de las prisiones, y le dijo: «¡Métela hasta mañana en el calabozo más húmedo que tengas!» Pero contestó el carcelero: «¡Por Alah, que me guardaré muy mucho de cargar con semejante responsabilidad! ¡Estoy seguro de que sabrá dar con alguna estratagema para escaparse de mi custodia!» Entonces se dijo el walí: «¡Lo mejor será tenerla expuesta á todas las miradas para que no pueda escaparse, y hacer que la vigilen durante toda esta noche para que podamos juzgarla mañana!» Y montó á caballo, y seguido por toda la banda hizo que la arrastraran fuera de las murallas de Bagdad y la ataran por los cabellos á un poste en pleno campo. Después, para tener mayor seguridad, encargó á los cinco querellantes que la vigilaran por sí mismos aquella noche hasta por la mañana.

Así es que los cinco, principalmente el arriero, empezaron por vengar su resentimiento en ella motejándola con todos los dicterios que les sugerían las vejaciones y engaños sufridos por ellos. Pero

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

como todo tiene fin, hasta el fondo del saco de maldiciones de un arriero, y la bacía de malicias de un barbero, y el tonel de ácidos de un tintorero, y como les tenía, además, rendidos la falta de sueño durante tres días y las emociones experimentadas, los cinco querellantes, una vez terminada su cena, acabaron por amodorrarse al pie del poste en que estaba sujeta por los cabellos Dalila la Taimada.

Y he aquí que ya había transcurrido gran parte de la noche, y alrededor del poste roncaban los cinco individuos, cuando acertaron á pasar por el paraje en que se hallaba presa Dalila dos beduínos á caballo, que iban al paso charlando uno con otro. Y la vieja oyó que cambiaban impresiones. Porque uno de los beduínos preguntaba á su compañero: «Oye, hermano, ¿qué es lo mejor que hiciste durante tu estancia en la maravillosa Bagdad?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 444.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Oye, hermano, ¿qué es lo mejor que hiciste durante tu estancia en la maravillosa Bagdad?»

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Después de una pausa, contestó el otro: «¡Por Alah! ¡he comido deliciosos buñuelos de miel y crema, que tanto me gustan! ¡Y ahí tienes lo mejor que hice en Bagdad!» Entonces exclamó su interlocutor, como venteando por el aire el olor de imaginarios buñuelos fritos en aceite y rellenos de crema y endulzados con miel: «¡Por el honor de los árabes, que ahora mismo me vuelvo á Bagdad para comer ese delicioso bocado que no probé en mi vida durante mis correrías por el desierto!» Á la sazón, el beduíno que ya había comido buñuelos rellenos de crema y miel se despidió de su engolosinado compañero para seguir su camino, en tanto que el otro, volviendo sus pasos á Bagdad, llegaba al poste y descubría allí á Dalila atada por los cabellos y con los cinco hombres dormidos en torno suyo.

Al ver aquello, se aproximó á la vieja y le preguntó: «¿Qué te ocurre? ¿Y por qué estás ahí?» Ella dijo, llorando: «¡Oh jeique de los árabes, bajo tu protección me pongo!» Dijo él: «¡No hay mayor Protector que Alah! Pero ¿por qué estás atada á ese poste?» Ella contestó: «Has de saber, ¡oh jeique árabe! ¡oh honorabilísimo! que tengo por enemigo á un pastelero vendedor de buñuelos rellenos de crema y miel, que sin duda es el más reputado en Bagdad por lo á punto que confecciona y fríe esos buñuelos. Pues bien; para vengarme de una injuria que me había inferido, el otro día me acerqué á su mostrador y escupí en sus buñuelos. Entonces

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el pastelero fué á querellarse contra mí al walí, el cual me condenó á estar atada á este poste y permanecer en él mientras no pueda comerme de una sentada diez bandejas enteramente llenas de buñuelos. Y mañana por la mañana es cuando deben presentarme las diez bandejas de buñuelos. Pero el caso es ¡por Alah, oh jeique de los árabes! que á mi alma siempre la disgustaron todos los dulces, y principalmente es refractaria á los buñuelos rellenos de crema y miel. ¡Ay de mí!» Al oir estas palabras, exclamó el beduino: «¡Por el honor de los árabes! ¡no me separé de mi tribu y no voy á Bagdad mas que para satisfacer mi deseo de buñuelos! ¡Si quieres, mi buena tía, yo me comeré por ti los de las bandejas!» Ella contestó: «¡No te dejarán, á no ser que estés atado en mi lugar á este poste! ¡Y como precisamente he llevado velado siempre el rostro, no me ha visto nadie ni sabrán adivinar el cambio! ¡No tienes mas que trocar tus trajes por los míos después de desatarme!» El beduino, que no deseaba otra cosa, se apresuró á desatarla, y luego de cambiar de traje con ella la hizo que le atara al poste en lugar suyo, tras de lo cual, vestida con el albornoz del beduino y ceñida la cabeza con sus cordones negros de pelo de camello, la vieja saltó al caballo y desapareció en la lejanía, camino de Bagdad.

Al día siguiente, cuando abrieron los ojos, los cinco recomenzaron con sus invectivas de la noche para dar los buenos días á la vieja. Pero les dijo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el beduino: «¿Dónde están los buñuelos? ¡Mi estómago los anhela ardientemente!» Al oir aquella voz, exclamaron los cinco: «¡Por Alah! ¡si es un hombre! ¡Y habla como los beduinos!» Y el arriero saltó sobre sus pies y se acercó á él, y le preguntó: «¡Ya Badawi! ¿qué haces ahí? ¿Y cómo te atreviste á desatar á la vieja?» El interpelado contestó: «¿Dónde están los buñuelos? ¡En toda la noche he comido! ¡Sobre todo, no economicéis la miel! Ella, la pobre vieja, tenía un alma que aborrecía las confituras; pero á la mía le gustan mucho.»

Al oir estas palabras, comprendieron los cinco que, como á ellos, también había chasqueado la vieja al beduino, y después de golpearse la cara con fuerza en su desesperación, exclamaron: «¡Nadie puede rehuir su Destino ni evitar que se cumpla lo que está escrito por Alah!» Y mientras permanecían indecisos, sin saber qué hacer, llegó el walí acompañado de sus guardias al paraje en que se encontraban, y se acercó al poste. Entonces le preguntó el beduino: «¿Dónde están las bandejas con buñuelos de miel?» Al oir estas palabras, el walí alzó la vista hacia el poste y vió al beduino en lugar de la vieja; y preguntó á los cinco: «¿Qué es esto?» Le contestaron. «¡Es el Destino!» Y añadieron: «La vieja se escapó embaucando á este beduino. Y á ti es ¡oh walí! á quien hacemos responsable ante el califa de su fuga; porque si nos hubieras dado guardias para vigilarla, no hubiera conseguido escaparse. ¡Nosotros no somos guardias,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

como tampoco somos esclavos á quienes se vende ó se compra!» Entonces el wali se encaró con el beduíno y le preguntó qué había pasado; y éste, con un sinfín de exclamaciones de deseo, le contó su historia, y terminó diciendo: «¡Pronto, que me traigan los buñuelos!» Al oir tales palabras, el walí y los guardias lanzaron una carcajada considerable, mientras los cinco, con los ojos rojos de sangre y de venganza, le decían: «¡No nos separaremos de ti mas que ante nuestro amo el Emir de los Creyentes!» Y acabando de comprender que se habían burlado de él, el beduíno dijo igualmente al walí: «¡Yo á ti solo te hago responsable de la pérdida de mi caballo y de mi traje!» Entonces el wali se vió en la precisión de llevarlos con él á Bagdad, al palacio del Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Rachid...

En este momento de su narración, Scharazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 445.ª NOCHE

Ella dijo:

...de llevarlos con él á Bagdad, al palacio del Emir de los Creyentes, el califa Harún Al-Rachid.

Se les concedió audiencia y entraron al diván,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

donde ya se había adelantado á ellos el capitán Azote-de-las-Calles, que era uno de los primeros querellantes.

El califa, que obraba por sí mismo siempre, empezó por interrogarles uno tras de otro, al arriero el primero y al walí el último. Y cada cual contó al califa su historia con todos los detalles.

Entonces el califa, extremadamente maravillado con aquel asunto, les dijo á todos: «¡Por el honor de mis abuelos los Bani-Abbas, os doy seguridad de que todo lo que se os robó os será devuelto! ¡Tú, arriero, tendrás tu burro y una indemnización! ¡Tú, barbero, tendrás todos tus muebles y utensilios! ¡Tú, mercader, tu bolsa y tus vestiduras! ¡Tú, judío, tus alhajas! ¡Tú, tintorero, una tienda nueva! ¡Y tú, jeique árabe, tu caballo, tu traje y tantas bandejas de buñuelos de miel como pueda anhelar la capacidad de tu alma! ¡Pero lo que hace falta ante todo es encontrar á la vieja!» Y se encaró con el walí y con el capitán Azote, y les dijo: «¡A ti, emir Khaled, te serán igualmente restituídos tus mil dinares! Y á ti, emir Mustafá, las alhajas y los vestidos de tu esposa, amén de una indemnización. ¡Pero tenéis que encontrar ambos á la vieja! Os dejo encargados de ello.»

Al oir estas palabras, el emir Khaled sacudió sus vestiduras y alzó al cielo los brazos, exclamando: «¡Por Alah, excúsame, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡No me atrevo á volver á encargarme de semejante tarea! ¡Después de todas las jugarretas

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que me ha hecho esa vieja, no respondo de que no dé ella con algún otro medio para lucrarse á expensas mías!» Y el califa se echó á reir, y le dijo: «¡Encarga á otro de esa misión entonces!» El walí dijo: «En ese caso, ¡oh Emir de los Creyentes! da tú mismo la orden de buscar á la vieja al hombre más hábil de Bagdad, que es el propio jefe de policía de Tu Derecha, Ahmad-la-Tiña! ¡Hasta ahora no ha tenido nada que hacer, no obstante su habilidad, los servicios que puede prestar y el importante sueldo que cobra!» Entonces llamó el califa: «¡Ya mokaddem Ahmad!» Y al punto avanzó Ahmad-la-Tiña entre las manos del califa, y dijo: «Á tus órdenes, ¡oh Emir de los Creyentes!» El califa le dijo: «¡Escucha, capitán Ahmad! ¡hay una vieja que hace tales y cuales cosas! ¡Y tú eres el encargado de encontrarla y traérmela!» Y dijo Ahmad-la-Tiña: «Te respondo de que te la traeré, ¡oh Emir de los Creyentes!» Y salió seguido de sus cuarenta alguaciles, mientras el califa hacía que se quedaran con él los cinco y el beduíno.

Y he aquí que el jefe de los alguaciles de Ahmad-la-Tiña era un hombre ducho en esta clase de pesquisas, y que se llamaba Ayub Lomo-de-Camello. Como estaba acostumbrado á hablar con libertad á su jefe el antiguo ladrón Ahmad-la-Tiña, se acercó á él, y le dijo: «Capitán Ahmad, en Bagdad hay más de una vieja, ¡y por mi barba, que va á ser difícil la captura!» Y Ahmad-la-Tiña le preguntó: «¿Qué quieres decirme con eso, ¡oh Ayub

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Lomo-de-Camello?» El otro contestó: «Jamás seremos lo bastante numerosos para conseguir atrapar á la vieja, y opino que debemos convencer al capitán Hassán-la-Peste para que nos acompañe con sus cuarenta alguaciles, pues él tiene más experiencia que nosotros en esta clase de expediciones.» Pero Ahmad-la-Tiña, que no quería compartir con su colega la gloria de la captura, contestó en alta voz para que le oyese Hassán-la-Peste, que estaba en la puerta principal del palacio: «¡Por Alah! ¡oh Lomo-de-Camello! ¿desde cuándo tenemos necesidad de otro para resolver nuestros asuntos?» Y pasó orgullosamente á caballo, con sus cuarenta alguaciles, por delante de Hassán-la-Peste, á quien mortificó mucho aquella respuesta y también la elección que el califa hizo escogiendo solo á Ahmad-la-Tiña y desdeñándole á él, á Hassán. Y se dijo: «¡Por la vida de mi cabeza afeitada, que tendrán necesidad de mí!»

Volviendo á Ahmad-la-Tiña, una vez que llegó á la plaza enclavada delante del palacio del califa, arengó á sus hombres para animarlos, y les dijo: «¡Oh bravos míos! vais á dividiros en cuatro grupos para hacer indagaciones en los cuatro barrios de Bagdad. ¡Y mañana á mediodía tornaréis á reuniros conmigo en la taberna de la calle Mustafá para darme cuenta de lo que hicisteis ó encontrasteis!» Y tras de acordar de esta manera el punto de cita, se dividieron en cuatro grupos, cada uno de los cuales fué á recorrer un barrio

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

diferente, mientras que, por su parte, Ahmad-la-Tiña se dedicaba á husmear el aire á su paso.

En cuanto á Dalila y su hija Zeinab, no tardaron en enterarse, por el rumor público, de las indagaciones que el califa encargó á Ahmad-la-Tiña con objeto de detener á una vieja bribona cuyas bellaquerías eran la comidilla de todo Bagdad. Al saber tal noticia, Dalila dijo á su hija: «¡Oh hija mía! nada tengo que temer de todos ellos no yendo en su compañía Hassán-la-Peste; porque Hassán es en Bagdad el único hombre cuya perspicacia me pone en cuidado, pues sólo él me conoce y te conoce, y en cuanto quisiera, hoy mismo, podía venir á detenernos, sin que nos fuera posible la menor estratagema para escaparnos de él. ¡Demos, pues, gracias al Protector que nos protege!» Su hija Zeinab contestó: «¡Oh madre mía! ¡qué buena ocasión es esta para jugarles alguna mala pasada á ese Ahmad-la-Tiña y á sus cuarenta idiotas! ¡Qué alegría, oh madre mía!» Dalila contestó: «¡Oh hija de mis entrañas! como hoy me siento un poco indispuesta, cuento contigo para mofarnos de esos cuarenta y un bandidos. ¡La cosa es fácil, y no dudo de tu sagacidad!» Entonces Zeinab, que era una joven graciosa y esbelta, con ojos obscuros en un rostro encantador y claro...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 446.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces Zeinab, que era una joven graciosa y esbelta, con ojos obscuros en un rostro encantador y claro, se levantó al punto y se vistió con gran elegancia y se veló la cara con una ligera muselina de seda, de modo que el brillo de sus ojos era más aterciopelado y subyugante. Adornada á la sazón de esta manera, fué á abrazar á su madre, y le dijo: «¡Oh madre! ¡juro por la vida de mi candado intacto y cerrado, que me adueñaré de los cuarenta y uno y serán mi juguete!» Y salió de la casa y se fué á la calle Mustafá, y entró en la taberna de Hagg-Karim el de Mossul.

Empezó por hacer una zalema muy amable al tabernero Hagg-Karim, quien se la devolvió con creces, encantado. Entonces le dijo ella: «¡Ya Hagg-Karim! ¡he aquí cinco dinares para ti si quieres alquilarme hasta mañana la sala interior grande, adonde voy á invitar á algunos amigos, sin que puedan penetrar allí tus parroquianos habituales!» El tabernero contestó: «¡Por tu vida, ¡oh mi ama! y por la vida de tus ojos, hermosos ojos, que consiento en alquilarte por nada mi sala grande, con la sola condición de que no escatimes las bebidas

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

á tus invitados!» Ella sonrió, y le dijo: «¡Aquellos á quienes invito son jarras cuyo fondo se olvidó de cerrar el alfarero que hubo de construirlas, y por ellas pasarán todos los líquidos de tu tienda! ¡No tengas cuidado por eso!» Y volvió en seguida á su casa, cogiendo el burro del arriero y el caballo del beduino, cargándolos con colchones, alfombras, taburetes, manteles, bandejas, platos y otros utensilios, y á toda prisa regresó á la taberna, descargando al asno y al caballo de todas aquellas cosas para colocarlas en la sala grande que había alquilado. Extendió los manteles, puso en orden los frascos de bebidas, las copas y los platos que compró, y cuando hubo acabado este trabajo, fué á apostarse á la puerta de la taberna.

No hacía mucho tiempo que se hallaba allí, cuando vió asomar por las inmediaciones á diez de los alguaciles de Ahmad-la-Tiña llevando á la cabeza á Lomo-de-Camello, que tenía un aspecto muy feroz. Y precisamente se encaminaba él á la tienda con los otros nueve, y á su vez vió á la bella joven, que había tenido cuidado de levantarse, como por inadvertencia, el ligero velo de muselina que le cubría la cara. Y Lomo-de-Camello quedó deslumbrado y á la par encantado de aquella tierna belleza tan agradable, y le preguntó: «¿Qué haces ahí, ¡oh jovenzuela!?» Ella contestó, asestándole de soslayo una mirada lánguida: «¡Nada! ¡Espero mi Destino! ¿Acaso eres el capitán Ahmad?» Él dijo: «¡No, por Alah! Pero puedo reemplazarle si se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

trata de hacerte algún servicio que tengas que pedirle, porque soy el jefe de sus alguaciles, Ayub Lomo-de-Camello, tu esclavo, ¡oh ojos de gacela!» Ella le sonrió otra vez, y le dijo: «¡Por Alah, ¡oh jefe alguacil! que si la cortesía y las buenas maneras quisieran elegir un domicilio seguro, tomarían como guías á vuestros cuarenta! ¡Entrad, pues, aquí, y bien venidos seáis! ¡La acogida amistosa que encontraréis en mí no es mas que un homenaje merecido por tan encantadores huéspedes!» Y les introdujo en la sala dispuesta de antemano, é invitándoles á que se sentaran en torno á las bandejas grandes con bebidas, les dió á beber vino mezclado con el narcótico bang. Así es que á las primeras copas que vaciaron, los diez se cayeron de espaldas, como elefantes borrachos ó como búfalos poseídos por el vértigo, y se sumergieron en un profundo sueño.

Entonces Zeinab los arrastró de los pies uno por uno y los arrojó á lo último de la tienda, amontonándolos unos sobre otros, y escondiéndolos debajo de una manta grande, corrió por delante de ellos una amplia cortina, y salió para apostarse de nuevo á la puerta de la taberna.

En seguida apareció la segunda patrulla de diez alguaciles, que también quedó hechizada por los ojos obscuros y el rostro claro de la bella Zeinab, y sufrió el mismo trato que la patrulla anterior, é igual hubo de ocurrirles á la tercera y á la cuarta patrullas. Y después de haber amonto-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nado unos encima de otros detrás de la cortina á todos los alguaciles, la joven puso en orden la sala y salió á esperar la llegada del propio Ahmad-la-Tiña.

No hacía mucho que se encontraba allí, cuando apareció en su caballo Ahmad-la-Tiña, amenazador y con los ojos relampagueantes y los pelos de la barba y del bigote erizados cual los de la hiena hambrienta. Llegado que fué á la puerta, se apeó de su caballo y ató la brida del animal á una de las anillas de hierro empotradas en los muros de la taberna, y exclamó: «¿Dónde están todos esos hijos de perro? ¡Les ordené que me esperasen aquí! ¿Los has visto?» Entonces Zeinab balanceó sus caderas, asestó una mirada dulce á la izquierda, luego otra á la derecha, sonrió con sus labios, y dijo: «¿A quién, ¡oh mi amo!?» Y he aquí que, tras las dos miradas que le lanzó la joven, Ahmad sintió que sus entrañas le trastornaban el estómago y que gemía el niño, única herencia que le quedaba como capital é intereses. Entonces dijo á la sonriente Zeinab, que permanecía inmóvil en una postura candorosa: «¡Oh jovenzuela, á mis cuarenta alguaciles!» Como súbitamente poseída por un sentimiento de respeto al oir estas palabras, Zeinab se adelantó hacia Ahmad-la-Tiña y le besó la mano, diciendo: «¡Oh capitán Ahmad, jefe de la Derecha del califa! los cuarenta alguaciles me han encargado que te diga que al extremo de la callejuela han visto á la vieja Dalila que buscas y que iban en su persecución

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sin pararse aquí; pero aseguraron que volverían con ella pronto; y ya no tienes mas que esperarles en la sala grande de la taberna, donde yo misma te serviré con mis ojos.» Entonces, precedido por la joven, Ahmad-la-Tiña entró en la tienda, y embriagado con los encantos de aquella bribona y subyugado por sus artificios, no tardó en ponerse á beber copa tras copa, cayendo como muerto bajo el efecto operado en su razón por el bang adormecedor con las bebidas.

A la sazón, Zeinab, sin pérdida de tiempo, empezó por quitar á Ahmad-la-Tiña toda la ropa y cuanto llevaba encima de él, no dejándole sobre el cuerpo mas que la camisa y el amplio calzoncillo; luego fué adonde estaban los otros y les despojó de la propia manera. Tras de lo cual recogió todos sus utensilios y todos los efectos que acababa de robar, los cargó en el caballo de Ahmad-la-Tiña, en el del beduíno y en el burro del arriero, y enriquecida así con aquellos trofeos de su victoria, regresó sin incidentes á su casa, y se lo entregó todo á su madre Dalila, que hubo de abrazarla llorando de alegria.

En cuanto á Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta compañeros...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 447.ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto á Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta compañeros, estuvieron durmiendo durante dos días y dos noches, y cuando por la mañana del tercer día despertaron de su sueño extraordinario, no supieron explicarse al pronto su presencia allí dentro, y á fuerza de suposiciones, acabaron por no dudar ya de la jugarreta de que habían sido víctimas. Aquello les humilló mucho, especialmente á Ahmad-la-Tiña, que había mostrado tanta seguridad en presencia de Hassán-la-Peste y que estaba muy avergonzado á la sazón por tener que salir á la calle de aquella manera. Sin embargo, hubo de decidirse á abandonar la taberna, y precisamente la primera persona con quien se encontró por su camino fué Hassán-la-Peste, quien al verle vestido sólo con la camisa y el calzoncillo y seguido por sus cuarenta alguaciles ataviados como él, comprendió al primer golpe de vista la aventura que acababa de ocurrirles. Ante semejante espectáculo, Hassán-la-Peste se regocijó hasta el límite del regocijo, y se puso á cantar estos versos:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Las jóvenes candorosas creen parecidos á todos los hombres! ¡No saben que no nos parecemos mas que en nuestros turbantes!

¡Entre nosotros, unos son sabios y otros imbéciles! ¿No hay en el cielo estrellas sin fulgor y otras como perlas?

¡Las águilas y los halcones no comen carne muerta, en tanto que los buitres impuros se posan sobre los cadáveres!

Cuando Hassán-la-Peste hubo acabado de cantar, se aproximó á Ahmad-la-Tiña, y habiéndolo reconocido en seguida, le dijo: «¡Por Alah, mokaddem Ahmad, las mañanas son frescas á orillas del Tigris, y cometéis una imprudencia al salir así sólo con la camisa y el calzoncillo!» Y contestó Ahmad-la-Tiña: «¡Y tú, ya Hassán, eres aun más pesado y más frío de ingenio que la mañana! Nadie escapa á su suerte, y nuestra suerte fué vernos burlados por una joven. ¿Acaso la conoces?» Hassán contestó: «¡La conozco y conozco á su madre! Y si quieres, al instante te las capturaré.» Ahmad preguntó: «¿Y cómo?» Hassán contestó: «¡No tienes mas que presentarte al califa, y para hacer patente tu incapacidad, agitarás tu collar, y has de decirle que me encargue á mí de la captura en lugar tuyo!» Entonces Ahmad-la-Tiña, después de vestirse, fué al diván con Hassán-la-Peste, y el califa le preguntó: «¿Dónde está la vieja, mokaddem Ahmad?» El aludido agitó su

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

collar y contestó: «¡Por Alah, ¡oh Emir de los Creyentes! que no la encuentro! ¡El mokaddem Hassán cumplirá mejor esa misión! ¡La conoce, y hasta afirma que la vieja no ha hecho todo eso mas que para que se hable de ella y atraerse la atención de nuestro amo el califa!» Entonces Al-Rachid se encaró con Hassán, y le preguntó: «¿Es cierto, mokaddem Hassán? ¿Conoces á la vieja? ¿Y crees que no ha hecho todo eso mas que para merecer mis favores?» El interpelado contestó: «¡Es cierto, ¡oh Emir de los Creyentes!» Entonces exclamó el califa: «¡Por la tumba y el honor de mis antecesores, que perdonaré á la tal vieja si restituye á todos estos lo que les ha robado!» Y dijo Hassán-la-Peste: «Si así es, ¡oh Emir de los Creyentes! dame para ella el salvoconducto de seguridad.» Y el califa tiró su pañuelo á Hassán-la-Peste en prenda de seguridad para la vieja.

Al punto salió del diván Hassán, tras de haber recogido la prenda de seguridad, y corrió directamente á casa de Dalila, á quien conocía de larga fecha. Llamó á la puerta y fué á abrirle la propia Zeinab. Preguntó él: «¿Dónde está tu madre?» Ella dijo: «¡Arriba!» Dijo él: «Ve á decirle que abajo está Hassán, el mokaddem de la Izquierda, que trae para ella de parte del califa el pañuelo de seguridad, pero con la condición de que restituya todo cuanto ha robado. ¡Y dile que baje por buenas, pues si no, me veré obligado á emplear con ella la fuerza!» Y he aquí que Dalila, la cual había oído

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

estas palabras, exclamó desde dentro: «¡Tírame el pañuelo de seguridad! ¡Y te acompañaré á la presencia del califa con todas las cosas robadas!» Entonces Hassán-la-Peste le tiró el pañuelo, que Dalila hubo de anudarse al cuello; luego, ayudada por su hija, empezó á cargar al burro del arriero y á los dos caballos con todos los objetos robados. Cuando acabaron, Hassán dijo á Dalila: «¡Todavía faltan los efectos de Ahmad-la-Tiña y sus cuarenta hombres!» Ella contestó: «¡Por el Nombre Más Grande, que no fuí yo quien se apoderó de ellos!» Hassán se echó á reír, y dijo: «¡Es verdad! ¡Fué tu hija Zeinab la que hizo esa jugarreta! ¡Guárdalos, pues!» Luego, seguido por las tres acémilas, que guiaba él en reata con una cuerda, se llevó á Dalila y la condujo al diván entre las manos del califa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 448.ª NOCHE

Ella dijo:

...se llevó á Dalila y la condujo al diván entre las manos del califa.

Cuando Al-Rachid vió entrar á aquella vieja

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

diabólica, no pudo por menos de ordenar en alta voz que la arrojaran inmediatamente en la alfombra de la sangre para ejecutarla. Entonces exclamó ella: «Estoy bajo tu protección, ¡oh Hassán!» Y Hassán-la-Peste se levantó y besó las manos del califa, y le dijo: «Perdónala, ¡oh Emir de los Creyentes! Le has dado la prenda de seguridad. ¡Mírala en su cuello!» El califa contestó: «¡Es cierto! ¡Así que la perdono por consideración hacia ti!» Luego se encaró con Dalila, y le dijo: «¡Ven aquí, ¡oh vieja! ¿Cuál es tu nombre?» Ella contestó: «¡Mi nombre es Dalila, y soy la esposa del antiguo director de tus palomares!» Dijo él: «En verdad que eres astuta y estás llena de estratagemas. ¡Y en adelante te llamarás Dalila la Taimada!» Luego le dijo: «¿Puedes decirme, por lo menos, con qué objeto hiciste todas esas jugarretas á esta gente que ves aquí, y levantaste tanto ruido, fatigándonos los corazones?» Entonces Dalila se arrojó á los pies del califa, y contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! créeme que no fué por avaricia por lo que obré así. ¡Pero cuando oí hablar de las pasadas estratagemas y jugarretas hechas en otro tiempo en Bagdad por los jefes de Tu Derecha y de Tu Izquierda, Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste, se me ocurrió hacer lo mismo que ellos á mi vez, y aun superarlos, á fin de poder obtener de nuestro amo el califa los sueldos y el cargo de mi difunto marido, padre de mis pobres hijas!»

Al escuchar estas palabras, el arriero se levan-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tó con viveza, y exclamó: «¡Juzgue y sentencie Alah entre esta vieja y yo! ¡No solamente no se ha contentado ella con robarme el borrico, sino que impulsó al barbero moghrabín que está aquí á que me arrancara las dos últimas muelas y me cauterizara las sienes con clavos al rojo!» Y también el beduíno se levantó, y exclamó: «¡Juzgue y sentencie Alah entre esta vieja y yo! ¡No solamente no se ha contentado ella con atarme al poste en su lugar y robarme el caballo, sino que me impidió satisfacer mi deseo de buñuelos rellenos de miel!» Y á su vez el tintorero, el barbero, el joven mercader, el capitán Azote, el judío y el walí se levantaron pidiendo á Alah reparación de los daños que les causó la vieja. Así es que el califa, que era magnánimo y generoso, empezó por devolver á cada cual los objetos que se le habían robado, y les indemnizó ampliamente por cuenta de su peculio particular. Y especialmente al arriero, pues hizo que le dieran mil dinares de oro, á causa de la pérdida de sus dos muelas y de las cauterizaciones sufridas, y le nombró jefe de la corporación de arrieros. Y todos salieron del diván felicitándose de la generosidad del califa y de su justicia, y olvidaron sus tribulaciones.

En cuanto á Dalila, le dijo el califa: «Ahora, ¡oh Dalila! puedes pedirme lo que anheles.» Ella besó la tierra entre las manos del califa, y contestó: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡no anhelo de tu generosidad mas que una cosa, y es ser reintegra-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

da en el cargo y sueldo de mi difunto marido, el director de las palomas mensajeras! Y sabré llenar estas funciones, pues en vida de mi marido era yo quien, ayudada por mi hija Zeinab, daba de comer á las palomas y les ataba al cuello las cartas y limpiaba el palomar. Y era yo igualmente quien cuidaba el khan grande que hiciste construir para las palomas, y que guardaban de día y de noche cuarenta negros y cuarenta perros, los mismos que tomaste al rey de los afganos, descendientes de Soleimán, cuando venciste á aquel soberano.» Y contestó el califa: «¡Sea, oh Dalila! Al instante voy á hacer que se te adjudique la direccion del khan grande de las palomas mensajeras y el mando de los cuarenta negros y los cuarenta perros ganados al rey de los afganos, descendientes de Soleimán. Y con tu cabeza responderás entonces de la pérdida de cualquiera de esas palomas, que para mí son más preciosas que la misma vida de mis hijos. ¡Pero no dudo de tus aptitudes!» Á la sazón añadió Dalila: «También quisiera ¡oh Emir de los Creyentes! que mi hija Zeinab habitara conmigo en el khan, para que me ayudase en la vigilancia general.» Y el califa le dió autorización para ello.

Entonces, después de haber besado las manos del califa, Dalila regresó á su casa, y ayudada por su hija Zeinab, hizo transportar sus muebles y efectos al khan grande, y escogió para habitación el pabellón construído á la misma entrada del

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

khan. Y el propio día tomó el mando de los cuarenta negros, y vestida con traje de hombre y tocada la cabeza con un casco de oro, se presentó á caballo ante el califa para tomar órdenes é informarse de los mensajes que tenía que expedir él á las provincias. Y cuando llegó la noche, soltó en el patio principal del khan, para que lo guardaran, á los cuarenta perros de la raza de aquellos que sirvieron á los pastores de Soleimán. Y siguió presentándose á caballo en el diván todos los días, tocada con el casco de oro rematado por una paloma de plata, y acompañada por el cortejo de sus cuarenta negros vestidos de seda roja y de brocado. Y para adornar su nueva vivienda, colgó en ella los trajes de Ahmad-la-Tiña, de Ayub Lomo-de-Camello y de sus cuarenta compañeros.

¡Y así fué como Dalila la Taimada y su hija Zeinab la Embustera obtuvieron en Bagdad, merced á su destreza y á sus artificios, el honorable cargo de la dirección de los palomares y el mando de los cuarenta negros y los cuarenta perros guardianes nocturnos del khan grande! ¡Pero Alah es más sabio!

Pero ya es hora ¡oh rey afortunado!—continuó Schahrazada—de hablar de Alí Azogue y de sus aventuras con Dalila y su hija Zeinab, y con Zaraik, el hermano de Dalila, que era vendedor de pescado frito, y con el mago judío Azaria. ¡Porque esas aventuras son infinitamente más asombrosas y más extraordinarias

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que todas las oídas hasta el presente!» Y dijo para sí el rey Schahriar. «¡Por Alah, que no la mataré mientras no haya oído las aventuras de Alí Azogue!» Y al ver aparecer la mañana, Schahrazada se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGO LA 449.ª NOCHE

Ella dijo:

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que en tiempos de Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste había en Bagdad otro ladrón tan sagaz y tan escurridizo, que jamás consiguió capturarle la policía; pues no bien creía tenerle ya cogido, se le escapaba como se escurre entre los dedos una bola de azogue que se quisiera sujetar. A eso obedecía el que en el Cairo, su patria, le pusieran el apodo de Alí Azogue.

Porque antes de su llegada á Bagdad, Alí Azogue vivía en el Cairo, y partió de allí para ir á Bagdad, con motivo de cosas memorables que merecen ser mencionadas al comienzo de esta historia.

Un día, estaba sentado, triste y ocioso, en medio de sus compañeros, dentro del subterráneo que les servía de punto de reunión, y viendo los demás que tenía el corazón apretado y oprimido el pecho,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

trataban de distraerle; pero él seguía adusto en su rincón con el semblante enfurruñado, contraídas las facciones y fruncidas las cejas. Entonces le dijo uno de ellos: «¡Oh jefe nuestro! ¡para dilatarte el pecho, nada hay mejor que un paseo por las calles y zocos del Cairo!» Y Alí Azogue acabó por levantarse y salir, caminando sin rumbo por los barrios del Cairo, aunque no se le aclaró su negro humor. Y llegó de tal suerte á la calle Roja, mientras á su paso la gente se retiraba presurosa en prueba de consideración y respeto hacia él.

Cuando desembocaba en la calle Roja y se disponía á entrar en una taberna donde acostumbraba á embriagarse, vió cerca de la puerta á un aguador con su odre de piel de cabra á la espalda y el cual seguía por su camino haciendo tintinear, al chocar una con otra, las dos tazas de cobre en que echaba de beber á los sedientos. Y canturreaba su pregón, diciendo unas veces que su agua era como miel y otras veces que era como vino, á medida de todos los deseos. Y aquel día, acompasando su pregón al tintineo de las dos tazas que se entrechocaban, cantaba de este modo:

¡De la uva se saca el licor mejor! ¡No hay dicha sin un amigo de corazón! ¡La dicha duplica su valor en él! ¡Y el sitio de honor es para el que habla bien!

Cuando vió el aguador á Alí Azogue, hizo tintinear en honor suyo las dos tazas sonoras, y cantó:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Oh transeunte! ¡he aquí la pura, la dulce, la deliciosa, la fresca agua! ¡mi agua, que es el ojo del gallo! ¡mi agua, que es el cristal! ¡mi agua, que es el ojo, la alegría de las gargantas, el diamante! ¡agua, agua, mi agua!

Luego preguntó: «¿Quieres una taza, mi señor?» Azogue contestó: «¡Dámela!» Y el aguador le llenó una taza, que tuvo cuidado de enjuagar previamente, y se la ofreció, diciendo: «¡Es una delicia!» Pero Alí Azogue cogió la taza, la miró un instante, la volcó y tiró el agua al suelo, diciendo: «¡Dame otra!» Entonces se puso serio el aguador, considerándole con la mirada, y exclamó: «¡Por Alah! ¿y qué encuentras en esta agua, más clara que el ojo del gallo, para tirarla al suelo así?» Alí contestó: «¡Me da la gana! ¡Échame otra taza!» Y el aguador llenó de agua por segunda vez la taza y se la ofreció religiosamente á Alí Azogue, que la cogió y la vertió de nuevo, diciendo: «¡Llénamela otra vez!» Y exclamó el aguador: «¡Ya sidi, si no quieres beber, déjame proseguir mi camino!» y le brindó una tercera taza de agua. Pero aquella vez Azogue vació de un sorbo la taza y se la entregó al aguador, depositando en ella como gratificación un dinar de oro. Y he aquí que el aguador, lejos de mostrarse satisfecho por semejante ganancia, midió con la mirada á Azogue y le dijo con tono zumbón: «¡Que tengas buena suerte, mi señor, y que yo tenga buena suerte! ¡Una cosa es la gentuza, y los gran-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

des señores son otra cosa muy distinta!» Al oir estas palabras, Alí Azogue, que no necesitaba tanto para que le hiciese estornudar la cólera, cogió de la ropa al aguador, le administró una andanada de puñetazos, zarandeándoles á él y á su odre, le arrinconó contra el muro de la fuente pública de la calle Roja, y le gritó: «¡Ah hijo de alcahuete! ¿te parece que un dinar de oro es poco por tres tazas de agua? ¡Ah! ¿conque es muy poco? ¡Pues si tal como está tu odre valdrá apenas tres monedas de plata, y la cantidad de agua que he tirado al barro no llega ni á una pinta!» El aguador contestó: «¡Así es, mi señor!» Azogue preguntó: «Pues entonces, ¿por qué me hablaste de esa manera? ¿Habrás encontrado en tu vida á alguien más generoso de lo que yo fuí contigo?» El aguador contestó: «¡Sí, por Alah! ¡He encontrado en mi vida á alguien más generoso que tú! ¡Porque mientras estén encinta las mujeres y engendren hijos, habrá siempre sobre la tierra hombres de corazón generoso!» Azogue preguntó: «¿Y podrías decirme quién es ese hombre que encontraste más generoso que yo?» El aguador contestó: «¡Ante todo, suéltame, y siéntate ahí, en el escalón de la fuente! ¡Y te contaré mi aventura, que es extremadamente extraña!» Entonces soltó Azogue al aguador; y después de sentarse ambos en una de las gradas de mármol de la fuente pública, junto al odre, que dejaron en el suelo, el aguador contó...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 450.ª NOCHE

Ella dijo:

...y después de sentarse ambos en una de las gradas de mármol de la fuente pública, junto al odre, que dejaron en el suelo, el aguador contó:

«Has de saber ¡oh mi generoso amo! que mi padre era el jeique de la corporación de aguadores del Cairo, no de los aguadores que venden agua al por mayor en las casas, sino de los que, como yo, la venden al por menor, llevándola á la espalda y despachándola por las calles.

»Cuando murió mi padre, me dejó de herencia cinco camellos, una mula, la tienda y la casa. ¡Aquello era más de lo que necesitaba para vivir dichoso un hombre de mi condición! Pero ¡oh mi amo! el pobre no está nunca satisfecho, ¡y el día en que por casualidad se siente satisfecho al fin, muere! Así, pues, yo pensaba para mi ánima: «¡Voy á aumentar mi herencia con el tráfico y el comercio!» Y al punto fuí en busca de diversos prestamistas, que me confiaron mercancías. Cargué aquellas mercancías en mis camellos y en mi mula,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

y me marché á traficar en Hedjaz durante la época de peregrinación á la Meca. Pero ¡oh mi amo! el pobre no se enriquece nunca, ¡y si se enriquece, muere! Fuí tan desgraciado con mi tráfico, que antes de terminarse la peregrinación perdí cuanto poseía, y me vi obligado á vender mis camellos y mi mula para atender á las necesidades del momento. Y me dije: «¡Si vuelves al Cairo, te cogerán tus acreedores y te meterán en la cárcel!» Entonces me agregué á la caravana de Siria, y fuí á Damasco, á Alepo, y de allí á Bagdad.

»Una vez llegado á Bagdad, pregunté por el jefe de la corporación de aguadores y me presenté á él. Como buen musulmán, empecé por recitarle el capítulo liminar del Korán y le deseé la paz. A la sazón me interrogó por mi estado, y le conté todo lo que me había sucedido. Y sin tardanza me dió un ajustador, un odre y dos tazas para que pudiese ganarme la vida. Y salí una mañana por el camino de Alah, con mi odre á la espalda, y empecé á circular por los diversos barrios de la ciudad, cantando mi pregón, como los aguadores del Cairo. Pero ¡oh mi amo! el pobre permanece pobre porque tal es su destino!

»En efecto, no tardé en ver cuán grande era la diferencia entre los habitantes de Bagdad y los del Cairo. En Bagdad, ¡oh mi amo! la gente no tiene sed; ¡y los que por casualidad se deciden á beber no pagan! ¡Porque el agua es de Alah! Al oir las respuestas de los primeros individuos á quienes

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hice mis ofertas cantadas, advertí todo lo malo que era el tal oficio. Pues cuando á uno de ellos le brindé mi taza, hubo de contestarme: «Pero ¿acaso me diste de comer, para ofrecerme de beber ahora?» Yo continué entonces mi camino, asombrándome de la funesta manera de comenzar allí en mi oficio, y brindé la taza á otro; pero me contestó: «¡La ganancia está en Alah! Sigue tu camino, ¡oh aguador!» No quise desalentarme, y continué caminando por los zocos, parándome delante de las tiendas bien acreditadas; pero nadie me hizo seña de que le sirviera agua ni quiso dejarse tentar por mis ofertas y el tintineo de mis vasos de cobre. Y así permanecí hasta mediodía, sin haber ganado con qué comprarme una bizcochada de pan y un cohombro. Porque ¡oh mi amo! el destino del pobre le obliga á tener á veces hambre. ¡Pero el hambre, ¡oh mi amo! es menos dura que la humillación! Y el rico experimenta bastantes humillaciones y las soporta peor que el pobre, que no tiene nada que perder ni que ganar. Así yo, por ejemplo, si me he enfadado por tu cólera, no es por mí, sino por mi agua, que es un don excelente de Alah. Pero tu cólera para conmigo, ¡oh mi amo! se debe á motivos que afectan á tu persona.

»El caso es que, al ver que mi estancia en Bagdad comenzaba de manera tan triste, pensé para mi ánima: «¡Más te hubiera valido ¡oh pobre! morir en una cárcel dentro de tu país, que en medio de estas gentes á quienes no les gusta el agua!»

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Y mientras me obstinaba en tales pensamientos, vi de pronto levantarse en el zoco una gran polvareda y correr la gente en cierta dirección. Entonces, como mi oficio consiste en ir adonde va muchedumbre, corrí con todas mis fuerzas, llevando mi odre á la espalda, y me dejé llevar por la corriente. Y á la sazón vi un cortejo espléndido, compuesto por dos filas de hombres que llevaban en la mano bastones, ostentaban gorros enriquecidos con perlas, iban vestidos con hermosos albornoces de seda y al costado les colgaban magníficos alfanjes incrustados ricamente. Y marchaba al frente de ellos un jinete de aspecto terrible, ante el cual todas las cabezas se inclinaban hasta tierra. Entonces pregunté: «¿A qué se debe este cortejo? ¿Y quién es ese jinete?» Me contestaron: «¡Bien se ve, por tu acento egipcio y tu ignorancia, que no eres de Bagdad! Ese cortejo es el del mokaddem Ahmad-la-Tiña, jefe de policía de la Derecha del califa, que está encargado de mantener el orden por los arrabales. Y el que ves á caballo es él mismo. ¡Disfruta de muchos honores y de un sueldo de mil dinares al mes, exactamente igual que su colega Hassán-la-Peste, jefe de la Izquierda! ¡Y cada uno de sus hombres cobra cien dinares mensuales! ¡Precisamente acaban de salir del diván ahora, y van á su casa para hacer la comida de mediodía!»

»Entonces ¡oh mi amo! me puse á vocear mi pregón á estilo egipcio, tal como me viste hace

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

poco, acompañándome con el tintineo de mis vasos sonoros. Y lo hice de modo que me oyó y me vió el mokaddem Ahmad, y guiando hacia mí su caballo, me dijo: «¡Oh hermano de Egipto, por tu canto te reconozco! ¡Dame una taza de tu agua!» Y cogió la taza que le brindé, la volcó y tiró al suelo el contenido, para hacérmela llenar por segunda vez y verterla en el suelo de nuevo, exactamente igual qué tú, ¡oh mi amo! y beber de un sorbo la tercera taza que me hizo que le llenase. Luego exclamó en alta voz: «¡Viva el Cairo con sus habitantes, ¡oh aguador, hermano mío! ¿Por qué viniste á esta ciudad, en donde no se estima y remunera á los aguadores?» Y le conté mi historia y le hice comprender que estaba sin dinero y huído á causa de mis deudas y de mis apuros. Entonces exclamó: «¡Bien venido seas, pues, á Bagdad!» Y me dió cinco dinares de oro, y encarándose con todos los hombres de su cortejo, les dijo: «¡Por el amor de Alah, recomiendo á vuestra liberalidad este hombre de mi patria!» ¡Al punto cada hombre del cortejo me pidió una taza de agua, y después de bebérsela, dejó en ella un dinar de oro! De modo que al cabo de aquella ronda tenía yo más de cien dinares de oro en la caja de cobre que colgaba de mi cinturón. Luego me dijo el mokaddem Ahmad-la-Tiña: «¡Esta será tu remuneración cada vez que nos sirvas de beber durante tu estancia en Bagdad!» Así es que en pocos días se llenó varias veces mi caja de cobre; y conté los dinares y vi que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

poseía mil y pico. Entonces pensé para mi ánima: «Ya te llegó la hora de volver á tu país, ¡oh aguador! pues por muy bien que se esté en tierra extraña, se encuentra uno en su patria mejor todavía. ¡Y además, tienes deudas, y has de pagarlas!» Entonces me dirigí al diván, donde ya me conocían y me trataban con muchos miramientos; y entré á despedirme de mi bienhechor, recitándole estos versos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 451.ª NOCHE

Ella dijo:

»...y entré á despedirme de mi bienhechor, recitándole estos versos:

¡La morada del extranjero en tierra extranjera es semejante á un edificio construído en el aire!

¡Sopla el viento, se derrumba el edificio, y el extranjero lo abandona! ¡Más le hubiera valido no construirlo!

»Luego le dije: «¡He aquí que parte para el Cairo una caravana, y quisiera agregarme á ella

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

para volver con los míos!» Entonces me dió él una mula y cien dinares, y me dijo: A mi vez, ¡oh jeique! quisiera encargarte una comisión de confianza. ¿Conoces á mucha gente en el Cairo?» Yo contesté: «¡Conozco á toda la gente generosa que allá habita!» Él me dijo: «Entonces toma esta carta y entrégasela en propia mano á mi antiguo compañero Alí Azogue, del Cairo; y dile de mi parte: «¡Tu jefe te envía sus zalemas y sus votos! ¡Ahora está con el califa Harún Al-Rachid!»

»Cogí la carta, besé la mano del mokaddem Ahmad, y abandoné Bagdad para venir al Cairo, donde llegué hace cinco días apenas. Empecé por buscar á mis acreedores, á quienes pagué religiosamente con todo el dinero que había ganado en Bagdad merced á la generosidad de Ahmad-la-Tiña. Tras de lo cual volví á ponerme mi ajustador de cuero, cargué mi odre á la espalda y me hice aguador como antes, tal cual me ves, ¡oh mi amo! ¡Pero en vano busco por todo el Cairo al amigo de Ahmad-la-Tiña, á Alí Azogue, pues no puedo dar con él para entregarle la carta que llevo siempre entre los pliegues de mi ropa!

»Y tal es ¡oh mi amo! la aventura que me acaeció con el más generoso de mis clientes.»

Cuando el aguador hubo acabado de contar su historia, Alí Azogue se levantó y le abrazó como el hermano abraza al hermano, y le dijo: «¡Oh aguador, semejante mío, perdóname mi cólera de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hace poco para contigo! ¡Sin duda el hombre que encontraste en Bagdad y era más generoso que yo, el único más generoso que yo, es mi antiguo jefe! ¡Porque el Alí Azogue á quien buscas, el primer compañero de Ahmad-la-Tiña, soy yo mismo! ¡Regocija, pues, tu alma, refresca tus ojos y tu corazón y dame la carta de mi superior!» Entonces el aguador hubo de entregarle la carta, abriéndola el otro, y leyendo en ella lo que sigue:

«¡LA ZALEMA DEL MOKADDEM AHMAD-LA-TIÑA AL MÁS ILUSTRE Y AL PRIMERO DE SUS HIJOS ALÍ AZOGUE!

»Te escribo ¡oh adorno de los más hermosos! en una hoja que volará hacia ti con el viento.

»¡Si fuese pájaro, yo mismo á tus brazos volaría transportado por el deseo! Pero ¿podrá volar aún el pájaro á quien cortaron las alas?

»Porque has de saber ¡oh el más hermoso! que estoy ahora á la cabeza de los cuarenta alguaciles de Ayub Lomo-de-Camello, todos ellos, como nosotros, antiguos bravos, autores de mil soberbias hazañas. Y fuí nombrado por nuestro amo el califa Harún Al-Rachid jefe de policía de Su Derecha, encargado de custodiar la ciudad y los arrabales, con un sueldo de mil dinares al mes, sin contar los ingresos extraordinarios y ordinarios por parte de las gentes que desean congraciarse conmigo.

»Si tú ¡oh el más querido! quieres dar un vasto meidán al vuelo de tu genio y abrirte la puerta de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

las bienandanzas y las riquezas, no tienes mas que venir á Bagdad para reunirte con tu antiguo amigo. Aquí acometerás altas empresas, y te prometo obtenerte entonces los favores del califa, una plaza digna de ti y de nuestra amistad y un tratamiento tan considerable como el mío.

»¡Ven, pues, hijo mío, á reunirte conmigo y á dilatarme el corazón con tu presencia deseada!

»¡Y sean contigo la paz de Alah y sus bendiciones, ¡ya Alí!»

Cuando Alí Azogue hubo leído esta carta de su jefe Ahmad-la-Tiña, se estremeció de alegría y de emoción, y blandiendo su largo bastón en una mano y la carta en la otra mano, ejecutó una danza fantástica sobre los escalones de la fuente, atropellando á las viejas y á los mendigos. Después besó varias veces la carta, llevándosela á la frente luego; y se quitó su cinturón de cuero y lo vació, dejando en las manos del aguador todas las monedas de oro que contenía, para darle gracias por la buena noticia y la comisión. Y se apresuró á reunirse en el subterráneo con los bergantes de su banda para anunciarles su inmediata partida á Bagdad.

Cuando estuvo entre ellos, les dijo: «¡Hijos míos, os dejo encomendados unos á otros!» Entonces exclamó su lugarteniente: «¿Cómo, maestro? ¿Es que nos abandonas?» Alí contestó: «¡Me espera mi destino en Bagdad, entre las manos de mi jefe Ahmad-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

la Tiña!» El otro dijo: «¡Precisamente nos hallamos en un momento de apuro! ¡Nuestro almacén de provisiones está vacío! ¿Y qué va á ser de nosotros sin ti?» Alí contestó: «Antes de llegar á Bagdad, en cuanto entre en Damasco, ya encontraré la manera de enviaros algo con que podáis atender á todas vuestras necesidades. ¡No temáis, pues, hijos míos!» Luego se quitó la ropa que llevaba, hizo sus abluciones y se vistió con un traje ceñido á la cintura y con un largo capote de viaje de amplias mangas; guardó en su cinturón de cuero dos puñales y un machete; se puso á la cabeza un tarbusch extraordinario y empuñó una inmensa lanza de cuarenta y dos codos de longitud, y hecha con nudos de bambú que podían meterse á voluntad unos con otros. Después saltó á lomos de su caballo y se marchó.

Apenas había salido del Cairo, cuando divisó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 452.ª NOCHE

Ella dijo:

...Apenas había salido del Cairo, cuando divisó una caravana, á la cual se agregó al enterarse de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que se dirigía á Damasco y á Bagdad. Aquella caravana era del síndico de los mercaderes de Damasco, hombre muy rico que volvía desde la Meca á su país. Y he aquí que Alí, que era joven, hermoso y todavía no tenía pelo en las mejillas, les gustó en extremo al síndico de los mercaderes, á los camelleros y á los muleteros, y á la vez que se defendía de sus diversos atentados nocturnos, supo hacerles una porción de servicios apreciables, protegiéndoles contra los beduínos salteadores y los leones del desierto; de modo que á su llegada á Damasco le demostraron su agradecimiento gratificándole cada cual con cinco dinares. Y Alí, que no se olvidaba de sus compañeros del Cairo, se apresuró á enviarles todo aquel dinero, sin guardar para él mas que lo estrictamente necesario para continuar su camino y llegar á Bagdad por fin.

Y así fué como Alí Azogue, del Cairo, abandonó su país para ir á Bagdad, buscando su destino entre las manos de su maestro Ahmad-la-Tiña, el antiguo jefe de aquellos bravos.

No bien hubo entrado en la ciudad, se dedicó á buscar la vivienda de su amigo, preguntando á varias personas, que no supieron ó no quisieron indicársela. Y llegó de tal suerte á una plaza llamada Al-Nafz, donde vió á unos muchachos que estaban jugando bajo la dirección de otro más pequeño que todos ellos y al que llamaban Mahmud el Aborto. Y precisamente se trataba de aquel

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Mahmud el Aborto que era hijo de la hermana casada de Zeinab. Y Alí Azogue pensó para sí: «¡Ya Alí, las nuevas de las personas nos las facilitan sus hijos!» Y para atraerse á los chicos, al punto se dirigió á la tienda de un confitero y compró un pedazo grande de halawa con aceite de sésamo y azúcar; luego se acercó á los pequeñuelos que jugaban, y les dijo: «¿Cuál de vosotros quiere halawa todavía caliente?» Pero Mahmud el Aborto no dejó acercarse á los demás chicos, y fué á ponerse delante de Alí él solo, y le dijo: «¡Dame halawa!» Entonces Alí le dió el pedazo, deslizándole en la mano al mismo tiempo una moneda de plata. Pero cuando el Aborto vió el dinero, creyó que aquel hombre se lo daba para atentar contra él y seducirle, y le gritó: «¡Vete! ¡Yo no me vendo! ¡Yo no hago cosas feas! ¡Pregunta á los demás por mí y te lo dirán!» Alí Azogue, que en aquel momento no pensaba en liviandades ni en nada semejante, dijo al pequeño pervertido: «Hijo mío, lo que te doy es para pagarte un informe que deseo de ti; y si te pago es porque los bravos pagan siempre los servicios que desean de otros bravos. ¿Puedes decirme solamente dónde está la vivienda del mokaddem Ahmad-la-Tiña?» El Aborto contestó: «¡Si no es mas que eso lo que deseas de mí, la cosa es fácil! Echaré á andar delante de ti, y cuando llegue frente á la casa de Ahmad-la-Tiña, con mis pies descalzos lanzaré contra la puerta un guijarro. De este modo nadie me verá hacerte la indi-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cación. ¡Y así sabrás cuál es la vivienda de Ahmad-la-Tiña!» Y efectivamente, echó á correr delante de Azogue, y al cabo de cierto tiempo cogió con sus pies descalzos un guijarro, y sin moverse, lo lanzó contra la puerta de una casa. Y maravillado de la prudencia, de la precocidad, de la destreza, de la desconfianza, de la malicia y de la sutileza del pillastre, exclamó Azogue: «¡Inschalah, ya Mahmud! ¡el día en que también me nombren jefe de policía, te escogeré para que seas el primero entre mis bravos!» Luego Alí llamó á la puerta de Ahmad-la-Tiña.

Cuando Ahmad-la-Tiña oyó los golpes dados en la puerta, saltó sobre ambos pies en el límite de la emoción, y dijo á voces á su lugarteniente Lomo-de-Camello: «¡Oh Lomo-de-Camello, ve á abrir en seguida al más hermoso entre los hijos de los hombres! ¡El que llama á mi puerta no es otro que Alí Azogue, mi antiguo lugarteniente del Cairo! ¡Lo conozco por su manera de llamar!» Y Lomo-de-Camello ni por un instante dudó de que fuese precisamente Alí Azogue quien estaba al otro lado de la puerta, y se apresuró á abrirla y á introducirle donde esperaba Ahmad-la-Tiña. Y abrazáronse tiernamente los dos antiguos amigos; y después de las primeras efusiones y las zalemas reiteradas, Ahmad-la-Tiña le presentó á sus cuarenta guardias, que le desearon la bienvenida como si se tratase de un hermano suyo. Tras de lo cual Ahmad-la-Tiña le vistió con un traje magnífico, diciéndole:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Cuando el califa me nombró jefe de Su Derecha y me dió ropas para mis hombres, reservé este traje para ti, pensando que te encontraría un día ú otro!» Luego le hizo sentarse en medio de ellos en el sitio de honor; é hizo servir un festín prodigioso para festejar su encuentro; y se pusieron todos á comer, á beber y á regocijarse durante toda aquella noche.

Al día siguiente por la mañana, cuando llegó para Ahmad la hora de ir al diván al frente de sus cuarenta, dijo á su amigo Alí: «¡Ya Alí! tienes que ser prudente al comienzo de tu estancía en Bagdad. ¡Guárdate, pues, de salir de casa, para no atraerte la curiosidad de estos habitantes, que son pegajosos! ¡No creas que Bagdad es el Cairo! ¡Bagdad es la corte del califa, y los espías hormiguean aquí como en Egipto las moscas, y los estafadores y sacadineros pululan por aquí como por allá las ocas y los sapos!» Y contestó Alí Azogue: «¡Oh maestro! ¿acaso vine á Bagdad para encerrarme como una virgen entre las cuatro paredes de una casa?» Pero Ahmad le aconsejó que tuviera paciencia, y se marchó al diván al frente de sus alguaciles.

En cuanto á Alí Azogue...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 453.ª NOCHE

Ella dijo:

...En cuanto á Alí Azogue, tuvo paciencia para permanecer encerrado tres días en casa de su amigo. Pero al cuarto día sintió que se le contraía el corazón y se le oprimía el pecho, y preguntó á Ahmad si era ya tiempo de comenzar las hazañas que debían ilustrarle y hacerle merecedor de los favores del califa. Ahmad contestó: «Cada cosa á su hora, hijo mío. ¡Déjame á mí solo el cuidado de ocuparme de ti y predisponer para contigo al califa antes de que emprendas tus hazañas!»

Pero en cuanto salió Ahmad-la-Tiña, Alí Azogue no pudo estarse quieto, y se dijo: «¡Voy á tomar un poco el aire nada más, para dilatarme el pecho!» Y dejó la casa y empezó á recorrer las calles de Bagdad, trasladándose de un lugar á otro y deteniéndose á veces en casa de un pastelero ó en la tienda de un cocinero para tomar un bocado ó devorar cualquier cosa de pastelería. Y he aquí que divisó un cortejo de cuarenta negros vestidos de seda roja, cubiertos con gorros altos de fieltro blanco y armados de grandes machetes de acero. Iban ordenados de dos en dos; y detrás de ellos, montada en una mula con ricos jaeces, cubierta

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

con un casco de oro coronado por una paloma de plata, y vestida con una cota de malla de acero, avanzaba, en medio de su gloria y su esplendor, la directora de las palomas, Dalila la Taimada.

Precisamente acababa de salir del diván y volvía al khan. Pero al pasar por delante de Alí Azogue, á quien no conocía y que no la conocía á ella, quedó asombrada de su belleza, de su juventud, de su buen aspecto, de su apostura elegante, de su apariencia agradable y sobre todo de su semejanza en la expresión de la mirada con el propio Ahmad-la-Tiña, su enemigo. Y al punto dijo unas palabras á uno de sus negros, que fué á informarse á hurtadillas, entre los mercaderes del zoco, acerca del nombre y la condición del hermoso joven; pero ninguno pudo decirle nada. Así es que cuando Dalila regresó á su pabellón del khan, llamó á su hija Zeinab y le dijo que le llevara la mesa de la arena adivinatoria; luego añadió: «¡Hija mía, acabo de encontrarme en el zoco con un joven tan hermoso, que la belleza le reconocería como uno de sus favoritos! ¡Pero ¡oh hija mía! su mirada se asemeja de un modo muy extraño á la de nuestro enemigo Ahmad-la-Tiña! ¡Y mucho me temo que ese extranjero, á quien nadie en el zoco conoce, haya venido á Bagdad para jugarnos alguna mala pasada! ¡Por eso voy á consultar acerca de él á mi mesa adivinatoria!»

Tras estas palabras, agitó la arena á estilo cabalístico, murmurando palabras talismánicas y le-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

yendo al revés unos renglones de escritura hebrea; luego hizo en un libro mágico combinaciones algebraicas y químicas de números y letras, y encarándose con su hija, le dijo: «¡Oh hija mía! ese hermoso joven se llama Alí Azogue y viene del Cairo! ¡Es amigo de nuestro enemigo Ahmad-la-Tiña, que no le ha hecho venir á Bagdad mas que para jugarnos una mala pasada y vengarse así de la que tú misma le jugaste emborrachándole y quitándoles el traje á él y á sus cuarenta. Además, sé que vive en casa de Ahmad-la-Tiña.» Pero le contestó su hija Zeinab: «¡Oh madre mía! y después de todo, ¿qué nos importa el tal individuo? ¡No hagas caso de ese jovenzuelo imberbe!» La vieja contestó: «¡La arena adivinatoria acaba de revelarme también que la suerte de ese joven sobrepujará con mucho á mi suerte y á la tuya!» Zeinab dijo: «Ahora vamos á verlo, ¡oh madre!» Y en seguida se puso su ropa mejor, después de haberse sombreado la mirada con su barrita de kohl y juntado las cejas con su pasta negra perfumada, y salió para ver si encontraba al consabido joven.

Empezó á recorrer lentamente los zocos de Bagdad balanceando sus caderas y guiñando los ojos por debajo de su velo, y lanzando miradas destructoras de corazones, y prodigando á su paso sonrisas para unos, promesas tácitas para otros, coqueterías, mimos, arrumacos, respuestas con las pupilas, preguntas con las cejas, asesinatos con las pestañas, despertares con los brazaletes, música

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

con sus cascabeles y fuego en todas las entrañas, hasta que ante el escaparate de un vendedor de kenafa se encontró con el propio Alí Azogue, á quien conoció por su hermosura. Entonces se acercó á él, y como por inadvertencia le dió con el hombro un golpe que le hizo vacilar, y fingiéndose enfadada porque la habían tropezado, le dijo: «¡Vivan los ciegos! ¡oh clarividente!»

Al oir estas palabras, Alí Azogue se limitó á sonreir viendo á la bella joven, cuya mirada le traspasaba ya de una parte á otra, y contestó: «¡Oh, cuán hermosa eres, jovenzuela! ¿A quién perteneces?» Ella entornó por debajo del velo sus ojos magníficos, y contestó: «¡A todo ser bello que se parezca á ti!» Azogue preguntó: «¿Estás casada ó eres virgen?» Ella contestó: «Casada, para suerte tuya!» Él dijo: «¿Será, entonces, en mi casa ó en tu casa?» Ella contestó: «Prefiero en mi casa. Sabe que estoy casada con un mercader, y soy hija de un mercader. Y hoy es la vez primera que por fin puedo salir de casa, porque mi esposo acaba de ausentarse por una semana. Y he aquí que en cuanto él se marchó quise divertirme, y dije á mi servidora que guisara para mí manjares muy apetitosos. ¡Pero como los más apetitosos manjares no serían deliciosos sin la sociedad de los amigos, he salido de casa en busca de alguien tan hermoso y tan bien educado como tú, para que comparta mi comida y pase conmigo la noche! Y te he visto, y se me entró en el corazón tu amor. ¿Te dignarás,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pues, regocijarme el alma, aliviarme el corazón y aceptar un bocado de comida en mi casa...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 454.ª NOCHE

Ella dijo:

»... y aceptar un bocado de comida en mi casa?» El joven contestó: «¡Cuando á uno le invitan, no es posible rehusar!» Entonces echó á andar ella delante de él, y él la siguió de calle en calle, caminando á cierta distancia.

Y mientras caminaba así detrás de ella, iba pensando él: «¡Ya Alí, lo que hiciste resulta una imprudencia en un extranjero recién llegado! ¿Quién sabe si no te vas á ver expuesto al rencor del marido, que puede caer de improviso sobre ti mientras duermes, y cortarte en venganza tu gallo y los huevos que empolla? Y he aquí que el sabio ha dicho: «¡Al que copula en un país extranjero donde le hospedan, le castigará el Gran Hospitalario!» Será, por consiguiente, más razonable por parte tuya excusarte cortésmente con ella, diciéndole algunas palabras amables.» Aprovechó, pues, el momento en que llegaban á un lugar retirado,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se acercó á ella, y le dijo: «Mira, ¡oh jovenzuela! toma este dinar para ti y dejemos nuestra entrevista para otro dia.» Ella contestó: «¡Por el nombre Más Grande! es absolutamente preciso que seas hoy mi huésped, porque nunca me he sentido tan predispuesta como hoy á los escarceos múltiples y á los juegos ardorosos.» Entonces la siguió, y llegó con ella frente á una vasta casa cuya puerta estaba cerrada con fuerte cerradura de madera. Y la joven hizo ademán de buscar en su vestido la llave, y exclamó luego contrariada: «¡Pues he perdido mi llave! ¿Cómo vamos á arreglarnos para abrir ahora?» Después fingió tomar una decisión, y le dijo: «¡Abre tú!» Él dijo: «¿Cómo voy á abrir sin llave una cerradura? ¡No me atrevo á forzarla!» Por toda respuesta le lanzó ella bajo el velo dos miradas, que le abrieron sus cerraduras más profundas; luego añadió: «¡No tendrás mas que tocarla, y se abrirá!» Y Azogue puso su mano en la cerradura de madera, y Zeinab empezó á invocar sobre ella en voz baja y muy de prisa los nombres de la madre de Moisés. Y al punto cedió la cerradura, y la puerta se abrió. Entraron ambos, y le condujo ella á una sala llena de armas hermosas y alfombrada con hermosos tapices, donde le hizo sentarse. Extendió sin tardanza el mantel, y sentándose junto al joven, se puso á comer en su compañía y á colocarle ella misma la comida entre los labios, bebiendo luego con él y divirtiéndose, sin permitirle siquiera que la tocara, ó la diera un beso,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ó un pellizco, ó un mordisco; porque en cuanto se inclinaba él hacia ella para besarla, ella interponía la mano vivamente entre su mejilla y los labios del joven, y el beso iba á darla en la mano solamente. Y á las demandas apremiantes de Alí, contestaba Zeinab: «¡La voluptuosidad no llega á su plenitud mas que por la noche!»

Terminada de tal suerte su comida, se levantaron para lavarse las manos y salieron al patio, acercándose al pozo; y Zeinab quiso manejar por sí sola la cuerda y la polea y sacar el cubo del fondo del pozo; pero de pronto lanzó un grito y se asomó al brocal, golpeándose el pecho y retorciéndose los brazos presa de una desesperación extremada; y le preguntó Azogue: «¿Qué te ocurre, ojos míos?» Ella contestó: «Acaba de escurrírseme y caérseme al fondo del pozo mi sortija de rubíes, que me estaba grande. ¡Me la había comprado mi marido ayer por quinientos dinares! Y como me estaba muy grande, la achiqué con cera; pero no me sirvió de nada, pues acaba de caérseme ahí abajo.» Luego añadió: «¡Ahora mismo voy á ponerme desnuda y á bajar al pozo, que no es profundo, para buscar mi sortija! ¡Vuélvete, pues, de cara á la pared para que pueda desnudarme!» Pero Azogue contestó: «¡Qué vergüenza para mí ¡oh mi señora! si consintiera yo que en mi presencia te tomaras el trabajo de bajar! ¡Yo solo bajaré á buscar en el fondo del agua tu sortija!» Y al momento se desnudó completamente, cogióse con las dos ma-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nos á la cuerda de fibras de palmera de la garrucha, y se dejó bajar en el cubo al fondo del pozo. Cuando tocó el agua, soltó la cuerda y se sumergió en busca de la sortija; y le llegaba á los hombros el agua fría y negra en la obscuridad. Y en aquel mismo instante Zeinab la Embustera tiró con viveza del cubo, y gritó á Azogue: «¡Ya puedes llamar para que te socorra á tu amigo Ahmad la-Tiña!» Y se apresuró á salir de la casa llevándose las ropas de Azogue. Luego, sin cerrar siquiera detrás de ella la puerta, se volvió con su madre.

Y he aquí que la casa donde Zeinab había arrastrado á Azogue pertenecía á un emir del diván, ausente entonces para ir á sus asuntos. Así es que cuando estuvo de regreso en su casa y vió la puerta abierta, no le cupo duda de que allí había entrado un ladrón, y llamó á su palafrenero y empezó á hacer pesquisas por toda la casa; pero al ver que no se habían llevado nada y que no había huellas de ladrones, no tardó en tranquilizarse. Luego, como quería hacer sus abluciones, dijo á su palafrenero: «¡Coge el jarro y llénamelo con agua fresca del pozo!» Y el palafrenero fué al pozo é hizo bajar el cubo, y cuando lo creyó bastante lleno quiso tirar de él; pero lo encontró extraordinariamente pesado. Entonces miró al fondo del pozo y divisó sentada en el cubo una vaga forma negra que le pareció un efrit. Al ver aquello, soltó la cuerda y echó á correr, gritando enloquecido: «¡Ya sidi! ¡en el pozo hay un efrit! ¡Está sentado en el

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cubo!» Entonces le preguntó el emir: «¿Y cómo es?» El palafrenero dijo: «¡Es terrible y negro! ¡Y gruñía como un cochino!» El emir le dijo: «¡Corre en seguida á buscar á cuatro sabios lectores del Korán para que vengan á leer el Korán en presencia de ese efrit y á exorcizarle...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 455.ª NOCHE

Ella dijo:

»...para que vengan á leer el Korán en presencia de ese efrit y á exorcizarle!» Y el palafrenero salió al punto corriendo en busca de los sabios lectores del Korán, que se instalaron alrededor del pozo. Y comenzaron á recitar los versículos conjuratorios, mientras el palafrenero y su amo tiraban de la cuerda y sacaban el cubo fuera del pozo. Y en el límite del espanto, vieron todos al efrit consabido, que no era otro que Alí Azogue, saltar del cubo sobre ambos pies, y exclamar: «¡Alah Akbar!» Y se dijeron los cuatro lectores: «¡Es un efrit de los creyentes, porque pronuncia el Nombre!» Pero el emir no tardó en ver que era un hombre de la especie de los hombres, y le dijo: «¿Acaso eres un la-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

drón?» El joven contestó: «¡No, por Alah! pero soy un pobre pescador. Estando dormido á orillas del Tigris, he copulado con el aire en sueños, y como al despertarme me encontré mojado, me metí en el agua para lavarme; pero un remolino me arrastró al fondo del agua, y una corriente subterránea me impulsó entre las sábanas líquidas hasta este pozo donde estaban mi destino y mi salvación, gracias á ti.» Ni por un instante dudó el emir de la veracidad de aquel relato, y dijo: «Todo sucede porque así está escrito!» Y le dió un manto viejo para que se cubriese y le despidió, condoliéndose de su estancia en el agua fría del pozo.

Cuando Alí Azogue llegó á casa de Ahmad-la-Tiña, donde ya estaban muy inquietos por su ausencia, y contó su aventura, se burlaron mucho de él, especialmente Ayub Lomo-de-Camello, que le dijo: «¡Por Alah! ¿Cómo puedes haber sido jefe de banda en el Cairo, dejándote engañar y robar en Bagdad por una jovenzuela?» Y Hassán-la-Peste, que precisamente estaba de visita en casa de su colega, preguntó á Azogue: «¡Oh inocente egipcio! ¿conoces por lo menos el nombre de la joven que jugó contigo, y sabes quién es y de quién es hija?» Alí contestó: «¡Sí, por Alah! ¡es hija de un mercader y esposa de un mercader! ¡Pero no me dijo su nombre!» Al oir estas palabras, soltó una carcajada Hassán-la-Peste, y le dijo: «¡Voy á describírtela! ¡La que tú crees una mujer casada, es una joven virgen, y de ello te respondo! ¡Se llama Zeinab! ¡Y no es hija

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de ningún mercader, sino de Dalila-la-Taimada, directora de nuestras palomas mensajeras! ¡Con su dedo meñique hacían dar vueltas á todo Bagdad ella y su madre, ¡ya Alí! y se trata de la misma que embaucó á tu maestro, robándoles los trajes á él y á sus cuarenta aquí presentes!» Y como Alí Azogue reflexionara profundamente, Hassán-la-Peste le preguntó: «¿Qué piensas hacer ahora?» Alí contestó: «¡Casarme con ella! ¡Porque la amo locamente, á pesar de todo!» Entonces le dijo Hassán: «¡En ese caso te auxiliaré, pues sin mí ya puedes abandonar de antemano un proyecto tan temerario, renunciando á él y acallando tu hígado con respecto á la lista jovenzuela!» Azogue exclamó: «¡Ya Hassán, ayúdame con tus consejos!» Hassán le dijo: «¡De todo corazón amistoso! ¡pero con la condición de que en lo sucesivo no bebas mas que en la palma de mi mano ni obres mas que bajo mis banderas! ¡Y en tal caso, te prometo el logro de tu proyecto y la satisfacción de tus deseos!» El joven contestó: «¡Ya Hassán, soy tu criado y tu discípulo!» Entonces le dijo Hassán-la-Peste: «¡Empieza por desnudarte completamente!» Y Azogue se quitó el manto viejo que llevaba, y quedóse desnudo por completo.

Entonces Hassán-la-Peste cogió un puchero lleno de pez y una pluma de gallina, y barnizó con aquello todo el cuerpo de Azogue y la cara, de modo que le dió la apariencia de un negro; luego, para completar la semejanza, le tiñó de rojo vivo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

los labios y el borde de los párpados, le dejó secar un momento, le tapó con un paño blanco la venerable herencia de su padre, y le dijo después: «¡Hete aquí transformado en negro, ¡ya Alí! y también vas á convertirte en cocinero! ¡Porque has de saber que el cocinero de Dalila, el que se ocupa de la alimentación de Dalila, de Zeinab, de los cuarenta negros y de los cuarenta perros de la raza de aquellos que sirvieron á los pastores de Soleimán es un negro como tú! Vas á procurar encontrarte con él, y le hablarás en lengua negra, y después de las zalemas, le dirás: «¡Hace mucho tiempo, hermano negro, que no nos hemos reunido para beber nuestra bebida fermentada, la excelente buza, y comer kabab de cordero! ¿Vamos á festejar el día de hoy?» Pero te contestará que se lo impiden sus ocupaciones y los cuidados de su cocina. Entonces tratarás de emborracharle y de interrogarle acerca de la calidad y cantidad de los manjares que guisa para Dalila y su hija, del alimento de los cuarenta negros y los cuarenta perros, del sitio en que están las llaves de la cocina y de la despensa, y de todo. ¡Y todo te lo dirá! Porque el borracho no oculta nada de lo que deja de contar cuando no le domina la embriaguez. Una vez que hayas adquirido de él estos diversos datos, le narcotizarás con bang; te vestirás con sus propios trajes; te meterás en el cinturón sus cuchillos de cocina; cogerás el cesto de provisiones; irás al zoco á comprar carne y verdura; vol-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

verás á la cocina; irás á la despensa para sacar lo que necesites, como manteca, aceite, arroz y otras cosas por el estilo; guisarás los manjares conforme á las indicaciones aprendidas; los presentarás bien, echarás bang en ellos, y te irás á servírselos á Dalila, á su hija, á los cuarenta negros y á los cuarenta perros, durmiéndoles de aquel modo. Entonces les quitarás todos sus efectos y sus ropas, y me los traerás. ¡Pero si ¡ya Alí! deseas obtener por esposa á Zeinab, has de apoderarte, además, de las cuarenta palomas mensajeras del califa, meterlas en una jaula y traérmelas también...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 456.ª NOCHE

Ella dijo:

»...has de apoderarte, además, de las cuarenta palomas mensajeras del califa, meterlas en una jaula y traérmelas también!»

Al oir estas palabras, Alí Azogue se llevó la mano á la frente por toda respuesta, y sin decir nada salió en busca del cocinero negro. Le encontró en el zoco, se arrimó á él, y después de las zalemas de reconocimiento, le invitó á beber buza.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pero el cocinero pretextó sus ocupaciones, é invitó á Alí á que le acompañara al khan. Allí obró Azogue exactamente conforme con las instrucciones de Hassán-la-Peste, y una vez que hubo emborrachado á su huésped le interrogó acerca de los platos del día. El cocinero contestó: «¡Oh hermano negro! á diario, para la comida de mediodía, hay que preparar cinco platos diferentes y de diferente color para Sett Dalila y Sett Zeinab; y el mismo número de platos para la comida de la noche. Pero hoy me han pedido dos platos más. Y he aquí los platos que voy á guisar para mediodía: lentejas, guisantes, una sopa, un cochifrito de carnero y sorbete de rosa; en cuanto á los dos platos suplementarios, son: arroz con miel y azafrán, y una bandeja de granos de granada con almendras mondadas, azúcar y flores.» Alí le preguntó: «¿Y cómo les sirves de ordinario la comida á tus amas?» El otro contestó: «A cada una le pongo su mantel aparte.» Alí preguntó: «¿Y á los cuarenta negros?» El cocinero dijo: «¡Les doy habas cocidas con agua y condimentadas con manteca y cebollas, y para beber, un cántaro de buza! ¡Bastante es para ellos!» Alí preguntó: «¿Y á los perros?» El cocinero dijo: «¡A esos les doy tres onzas de carne para cada uno y los huesos sobrantes de la comida de mis amas!»

Cuando Azogue estuvo en posesión de estas diversas indicaciones, echó con presteza bang en la bebida del cocinero, que en cuanto la absorbió se cayó al suelo como un búfalo negro. Entonces Azo-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

gue se apoderó de las llaves que colgaban de un clavo y distinguió la llave de la cocina por las telas de cebolla y las plumas que tenía pegadas, y la llave de la despensa por el aceite y la manteca de que estaba impregnada. Y fué cogiendo y comprando todas las provisiones que necesitaba, y guiado por el gato del cocinero, á quien engañaba la semejanza de Alí con su amo, circuló por todo el khan como si habitase en él desde su infancia, guisó los manjares, puso los manteles y sirvió de comer á Dalila, á Zeinab, á los negros y á los perros, después de haber echado bang en la comida, sin que nadie extrañase el condimento ni al cocinero.

¡Eso fué todo!

Cuando Azogue vió que en el khan dormía todo el mundo por efecto del narcótico, comenzó por desnudar á la vieja, y la encontró extremadamente fea y detestable en absoluto. Se apoderó de su traje de parada y de su casco, y penetró en el aposento de Zeinab, á la que amaba, y en honor de la cual estaba realizando su primera hazaña. La desnudó completamente, y la encontró maravillosa y de lo más deseable, y cuidada y limpia y oliendo bien; pero como era muy escrupuloso, no quiso abrirla sin su consentimiento, y se contentó con tocarla y palparla por todas partes, como entendido, para juzgar mejor acerca de su valor futuro, de su consistencia, de su grado de ternura, de su atercíopelado y de su sensibilidad; y para efectuar esta

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

última experiencia, la hizo cosquillas en la planta de los pies, y en vista del violento puntapié que ella le dió, hubo de comprender que era sensible en extremo. Entonces, seguro ya de su temperamento, se llevó sus vestidos, y fué á despojar á todos los negros; luego subió á la terraza, entró en el palomar y se apoderó de todas las palomas, metiéndolas en una jaula, y tranquilamente, sin cerrar las puertas, regresó á casa de Ahmad-la-Tiña, donde le esperaba Hassán-la-Peste, al cual entregó todo el botín, así como las palomas. Y Hassán-la-Peste, maravillado de su destreza, le felicitó y le prometió su concurso á fin de obtener para él á Zeinab en matrimonio.

En cuanto á Dalila la Taimada, fué la primera en salir del sueño en que la había sumido el bang. Necesitó algún tiempo para recobrar completamente el sentido; pero cuando comprendió que la habían narcotizado, se cubrió con sus acostumbradas vestiduras de vieja y corrió primeramente al palomar, encontrándolo vacío de sus palomas. Y bajó entonces al patio del khan, y vió á sus perros dormidos todavía y echados como muertos en sus perreras. Buscó á los negros, y los halló sumergidos en el sueño, como también al cocinero. A la sazón, en el límite del furor, fué corriendo al aposento de su hija Zeinab, y la vió durmiendo, toda desnuda y colgándola al cuello de un hilo un papel. Abrió el papel, y leyó en él las siguientes palabras: «¡Yo, Alí Azogue, del Cairo, y nada más que yo, soy el

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

bravo, el valiente, el listo, el diestro autor de todo esto!» Al ver aquello, pensó Dalila: «¿Quién sabe si ese maldito no la ha roto el candado?» Y se inclinó con viveza sobre su hija, examinándola, y vió que su candado seguía intacto. Esta seguridad la consoló un poco y la decidió á despertar á Zeinab haciéndole aspirar contrabang. Luego hubo de contarle lo que acababa de suceder, y añadió: «¡Oh hija mía! ¡después de todo, debes estar agradecida á ese Azogue porque no te ha roto el candado, aunque hubiera podido hacerlo impunemente! En vez de hacer sangre á tu pájaro, se ha contentado con llevarse las palomas del califa. ¿Qué va á ser de nosotras ahora?» Pero en seguida dió con un medio de recobrar las palomas, y dijo á su hija: «Espérame aquí. ¡No voy á ausentarme por mucho tiempo!» Y salió del khan y se dirigió á casa de Ahmad-la-Tiña y llamó á la puerta.

Al punto exclamó Hassán-la-Peste, que estaba allí: «¡Es Dalila la Taimada! La conozco por su manera de llamar. ¡Ve á abrirle en seguida, ¡ya Alí!» Y Alí, en compañía de Lomo-de-Camello, fué á abrir la puerta á Dalila, que entró con cara sonriente y saludó á toda la concurrencia.

Y he aquí que precisamente Hassán-la-Peste, Ahmad-la-Tiña y los demás estaban en aquel momento sentados en tierra alrededor del mantel, y comían pichones asados, rábanos y cohombros. Y cuando entró Dalila, la Peste y la Tiña se levantaron en honor suyo y le dijeron: «¡Oh vieja llena de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

espiritualidad, madre nuestra, siéntate á comer de estos pichones con nosotros! ¡Te hemos reservado tu parte de festín!» Al oir estas palabras, Dalila sintió ennegrecerse el mundo ante ella, y exclamó: «¿No os da á todos vosotros vergüenza robar y asar las palomas que el califa prefiere á sus propios hijos?» Ellos contestaron: «¿Y quién ha robado las palomas del califa, ¡oh madre nuestra!?» Ella dijo: «¡El egipcio Alí Azogue!» Éste contestó: «¡Oh madre de Zeinab, cuando hice asar estas palomas, no sabía que eran mensajeras! ¡De todos modos, aquí tienes una que vuelve á ti!» Y le ofreció uno de los pichones asados. Entonces Dalila cogió un trozo de alón, se lo llevó á los labios, lo saboreó un instante, y exclamó: «¡Por Alah, mis palomas viven todavía, porque no es su carne ésta! ¡Las alimenté con grano mezclado con almizcle, y las distinguiría en el olor y en el sabor que conservan!»

Al oir estas palabras de Dalila, toda la asistencia se echó á reir, y dijo Hassán-la-Peste: «¡Oh madre nuestra, tus palomas están seguras en mi casa! ¡Y consentiré gustoso en devolvértelas, pero con una condición!» Ella dijo: «¡Habla, ¡ya Hassán! ¡De antemano accedo á todas las condiciones, y entre tus manos tienes mi cabeza...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 457.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Habla, ¡ya Hassán! ¡De antemano accedo á todas las condiciones, y entre tus manos tienes mi cabeza!» Hassán dijo: «¡Pues bien; si quieres recobrar tus palomas, no tienes mas que complacer en su deseo á Alí Azogue, del Cairo, que es el primero de los nuestros!» Ella preguntó: «¿Y cuál es su deseo?» Alí dijo: «¡Que me des en matrimonio á tu hija Zeinab!» La vieja contestó: «¡Para mí y para ella es un honor! ¡Lo pondré por encima de mi cabeza y de mis ojos! Pero no puedo forzar á mi hija á casarse mal de su grado. ¡Empieza, pues, por devolverme mis palomas! ¡Porque no es con estratagemas como hay que conseguir á mi hija, sino con los procedimientos de la galantería!» Entonces Hassán dijo á Alí: «¡Devuélvele las palomas!» Azogue entregó la jaula á Dalila, que le dijo: «Si verdaderamente deseas unirte como es debido con mi hija, ¡oh muchacho! no es á mí á quien tienes que dirigirte ahora, sino á su tío, mi hermano Zoraik, el vendedor de pescado frito. ¡Porque el tutor legal de Zeinab es él, y ni yo ni ella podemos hacer nada sin su consentimiento! ¡Pero te prometo que hablaré de ti á mi hija, é intercederé por ti con mi

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hermano Zoraik!» Y se fué, riendo, á contar á su hija Zeinab lo que acababa de ocurrir y cómo la pedía en matrimonio Alí Azogue. Y Zeinab contestó: «¡Oh madre mía! ¡por mi parte no me opongo á ese matrimonio, porque Alí es guapo y amable, y además, estuvo muy circunspecto conmigo al no romper durante mi sueño lo que pudo romper!» Pero contestó Dalila: «¡Oh hija mía! ¡estoy segura de que antes de lograr que consienta tu tío Zoraik, perderá Alí en la empresa sus brazos y sus piernas, si no pierde hasta la vida!» ¡Y he aquí lo referente á ellas!

En cuanto á Alí Azogue, preguntó á Hassán-la-Peste: «¡Dime ya quién es ese Zoraik y dónde está su tienda, para que al instante vaya á pedirle en matrimonio la hija de su hermana!» La Peste contestó: «¡Hijo mío, puedes despedirte de la bella Zeinab desde este instante, como no pienses obtenerla mas que de ese bribón que se llama Zoraik! ¡Porque has de saber ¡ya Alí! que el viejo Zoraik, actualmente vendedor de pescado frito, es un antiguo jefe de banda, conocido en todo el Irak por sus hazañas, que superan á las mías, á las tuyas y á las de nuestro hermano Ahmad-la-Tiña! Se trata de un compadre tan astuto y tan diestro, que es capaz, sin moverse, de horadar las montañas, de coger del cielo las estrellas y de robar el kohl que embellece los ojos de la luna. Ninguno de nosotros puede igualarle en supercherías, en malicias y en jugarretas de todas clases. Cierto es que ahora se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ha corregido, y habiendo renunciado á su antiguo oficio de ladrón y jefe de banda, ha abierto tienda y se ha hecho vendedor de pescado frito. Lo que, á pesar de todo, no obsta para que le queden algunas de sus argucias pasadas. Y para darte ¡ya Alí! una idea de la sagacidad de ese forajido, no te contaré mas que la última estratagema que se le ocurrió, y pone en práctica, para atraer á su tienda clientes y dar salida á su pescado. A la puerta de su tienda ha colgado de un cordón de seda una bolsa con mil dinares, que es toda su fortuna, y ha hecho que el pregonero público vaya anunciando por todo el zoco: «¡Oh vosotros todos, ladrones del Irak, bribones de Bagdad, salteadores del desierto, bandidos de Egipto, escuchad la noticia! ¡Y vosotros todos, genn y efrits del aire y de debajo de la tierra, escuchad la noticia! ¡El que pueda apoderarse de la bolsa colgada en la tienda de Zoraik, vendedor de pescado frito, será su legítimo poseedor!» Fácilmente comprenderás que en vista de semejante anuncio se han apresurado á acudir á la tienda clientes que, mientras intentan apoderarse de la bolsa, compran pescado; pero no han tenido éxito en su tarea ni los más hábiles; porque el taimado Zoraik instaló todo un mecanismo que por medio de un bramante se pone en contacto con la bolsa colgada. Así es que, apenas la tocan, empieza á funcionar el mecanismo, compuesto de una combinación asombrosa de campanillas y cascabeles, que arman tal estrépito, que aunque se encuentre

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Zoraik en lo último de la tienda ó esté ocupado con algún cliente, oye el ruido y le da tiempo para impedir el robo de su bolsa. No tiene entonces nada más que inclinarse á coger un pedazo grueso de plomo de una provisión de ellos que hay amontonados á sus pies, y tirárselo con todas sus fuerzas al ladrón, rompiéndole un brazo ó una pierna ó destrozándole el cráneo á veces. Así, pues, ¡ya Alí! te aconsejo la abstención, para que no te parezcas á esas gentes que van detrás de un entierro y se lamentan sin saber siquiera el nombre del muerto. Tú no puedes luchar con un pillastre de esa talla. Y en tu lugar, yo me olvidaría de Zeinab y del casamiento con Zeinab; porque el olvido es el principio de la dicha, ¡y quien olvida una cosa puede pasarse sin ella en lo sucesivo!»

Cuando oyó Alí Azogue estas palabras del prudente Hassán-la-Peste, exclamó: «¡No, ¡por Alah! no podré nunca decidirme á olvidar á esa jovenzuela de ojos obscuros, de sensibilidad extremada, de temperamento extraordinario! ¡Sería deshonroso para un hombre como yo! ¡Es preciso, pues, que vaya á intentar apoderarme de esa bolsa y obligar de tal suerte al viejo bandido á que consienta en mi matrimonio, dándome la joven á cambio de la bolsa cogida!» Y al instante buscó trajes como los que usan las jóvenes, y se vistió con ellos después de alargarse los ojos con kohl y teñirse las uñas con henné. Tras de lo cual se echó modestamente por la cara el velo de seda, y ensayó á andar ba-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lanceándose como las mujeres, y lo consiguió á maravilla. ¡Pero no fué eso todo!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 458.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Pero no fué eso todo! Hizo que le llevaran un carnero, le degolló, recogió la sangre, le sacó el estómago, llenó este estómago con sangre y se lo colocó en su vientre por debajo de los vestidos, de modo que parecía una mujer encinta. Tras de lo cual degolló dos pollos, les sacó el buche, llenó de leche tibia las dos mollejas, y se aplicó una encima de cada seno para que aquella parte le abultase mucho y le diese la apariencia de una mujer que está próxima á dar á luz. Aún queda más: para no dejar nada que desear, se puso detrás varias ristras de pañuelos almidonados, los cuales, cuando se secaron, formáronle una grupa montuosa y sólida á la vez. Transformado de aquel modo, salió Azogue á la calle y se dirigió lentamente á la tienda de Zoraik el vendedor de pescado frito, haciendo que á su paso exclamasen los hombres: «¡Ya Alah, qué trasero tan gordo!»

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Por el camino, como Azogue se encontraba muy molesto con aquella grupa hecha de pañuelos almidonados que le mortificaban, llamó á un arriero que pasaba con su asno, é hizo que le encaramaran encima del burro con mil precauciones, para no romper la vejiga llena de sangre ó las mollejas llenas de leche, y de este modo llegó delante de la tienda de pescado frito, donde vió la bolsa colgada á la puerta, efectivamente, y á Zoraik ocupado en freír pescado, mirándolo con un ojo mientras que con el otro ojo vigilaba las idas y venidas de los clientes y de los transeuntes. Entonces Azogue dijo al arriero: «¡Ya hammar! ¡mi olfato se ha impresionado con el olor del pescado frito, y mi deseo de mujer encinta se fija con intensidad en ese pescado! ¡Date prisa, pues, á buscarme uno de esos peces para que me lo coma en seguida, porque si no, voy á abortar sin duda en medio de la calle!» Entonces el arriero paró su burro delante de la tienda, y dijo á Zoraik: «¡Dame pronto un pescado frito para esta dama encinta, cuyo hijo, á causa de este olor de fritura, ha empezado á agitarse de un modo tremendo y amenaza con salir provocando un aborto!» El viejo bribón contestó: «Espera un poco. ¡Todavía no está frito el pescado! ¡Y si no puedes esperar, haz que yo vea la anchura de tu espalda!» El arriero dijo: «¡Dame uno de esos peces que tienes de muestra!» Zoraik contestó: «¡Esos no se venden!» Luego, sin volver á preocuparse del arriero, que ayudaba á la pretendida mujer

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

encinta á bajar del borrico y á apoyarse con ansiedad en el mostrador de la tienda, Zoraik, con la sonrisa del oficio, continuó su tarea de dar vuelta al pescado en la sartén, cantando su pregón de vendedor:

¡Comida de los delicados! ¡oh carne de los pájaros del agua!

¡Oro y plata que se compra con una moneda de cobre!

¡Oh pescados que bullís en el aceite feliz por conteneros!

¡Oh comida de los delicados!

Y he aquí que, mientras Zoraik cantaba su pregón de vendedor, la mujer encinta lanzó de pronto un grito estridente al tiempo que por debajo de sus vestidos se escapaba una ola de sangre é inundaba la tienda; y gemía ella dolorosamente: «¡Ay! ¡ay! ¡huy! ¡huy! ¡el fruto de mis entrañas! ¡Ay! ¡se me rompe la espalda! ¡Ah, mis costados! ¡Ah, mi hijo!»

Al ver aquello, gritó el arriero á Zoraik: «Ya lo ves, ¡oh barba calamitosa! ¡Te lo había dicho! ¡Por no darte la gana de satisfacer su deseo, la hiciste abortar! ¡Ante Alah y ante su marido eres responsable de ello!» Entonces, Zoraik, un poco asustado por aquel accidente y temiendo que le manchase la sangre que vertía la mujer, retrocedió hasta lo último de la tienda, perdiendo de vista por un instante su bolsa colgada á la puerta. En-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tonces Azogue quiso aprovecharse de este corto momento para apoderarse de la bolsa; pero apenas había puesto en ella la mano, cuando un estrépito extraordinario de campanillas, cascabeles y cascajo repercutió por todos los rincones de la tienda y descubrió la tentativa á Zoraik, que acudió, y al ver con la mano tendida á Azogue, comprendió de una ojeada la jugarreta que querían hacerle, cogió un gran trozo de plomo y se lo tiró al vientre á Azogue, exclamando: «¡Ah! ¡toma, pájaro de patíbulo!» Y disparó el pastel de plomo con tanta violencia, que Alí rodó por medio de la calle, enredándose con sus pañuelos, manchado de sangre y de la leche de las mollejas rotas, y creyó rendir al golpe el alma. Sin embargo, pudo incorporarse y arrastrarse hasta la casa de Ahmad-la-Tiña, donde dió cuenta de su tentativa infructuosa, mientras los transeuntes se agrupaban delante de la tienda de Zoraik, y le decían: «¿Eres mercader del zoco ó batallador de profesión? ¡Si eres mercader, ejerce tu oficio sin bravatas, quita esa bolsa tentadora, y libra así á la gente de tu malicia y tu maldad!» El aludido contestó en broma: «¡Por el Nombre de Alah! ¡Bismilah! ¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!»

Volviendo á Alí Azogue, una vez que entró en la casa y se repuso de la violenta sacudida que había sufrido, no quiso, á pesar de todo, renunciar á llevar á cabo su proyecto. Se lavó y se limpió, se disfrazó de palafrenero, cogió con una mano una

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

fuente vacía y cinco monedas de cobre con la otra mano, y se presentó en la tienda de Zoraik para comprar pescado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 459.ª NOCHE

Ella dijo:

...se presentó en la tienda de Zoraik para comprar pescado. Dió las cinco monedas de cobre á Zoraik, y le dijo: «¡Échame pescado en esta fuente!» Y Zoraik contestó: «¡Por encima de mi cabeza, ¡oh mi amo!» Y quiso dar al palafrenero del pescado que estaba expuesto en la bandeja de muestra; pero el palafrenero lo rechazó, diciendo: «¡Lo quiero caliente!» Y contestó Zoraik: «Todavía está por freir. ¡Espera un poco, que atizaré el fuego!» Y entró en la trastienda.

Al punto se aprovechó de aquel momento Azogue para echar mano á la bolsa; pero de pronto retembló toda la tienda con el estrépito ensordecedor de las campanillas, cascabeles, sonajas y cascajo; y Zoraik, saltando de un extremo á otro de su tienda, agarró una pella de plomo y la tiró con toda su fuerza á la cabeza del falso palafrenero,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

gritando: «¡Ah viejo marica! ¿acaso crees que no había adivinado tus intenciones sólo con ver tu modo de llevar la fuente y las monedas?» Pero Azogue, á quien ya había puesto en guardia la primera experiencia, esquivó el golpe, bajando la cabeza con rapidez, y abandonó la tienda, ¡en tanto que la pella de plomo iba á estrellarse contra una bandeja que contenía porcelanas llenas de leche cuajada y que llevaba á la cabeza el esclavo del kadí! Y la leche cuajada saltó á la cara y á la barba del kadí y le inundó su traje y su turbante. Y los transeuntes, reunidos frente á la tienda, gritaron á Zoraik: «Esta vez ¡oh Zoraik! el kadí te hará pagar los intereses del capital encerrado en tu bolsa, ¡oh jefe de los batalladores!»

Volviendo á Azogue, una vez que hubo llegado á casa de Ahmad-la-Tiña, á quien dió cuenta, á la vez que á la Peste, de su segunda tentativa fracasada, no quiso desalentarse, porque le sostenía el amor de Zeinab. Se disfrazó de encantador de serpientes y prestidigitador, y se puso delante de la tienda de Zoraik. Se sentó en el suelo, sacó de su saco tres serpientes gordas, de cuello hinchado y lengua puntiaguda como un dardo, y se puso á tocar la flauta, interrumpiéndose de cuando en cuando para hacer una multitud de juegos de manos; pero de pronto, con un movimiento brusco, lanzó la serpiente más gorda en medio de la tienda, á los pies de Zoraik, que huyó aullando espantado al último rincón de su establecimiento, porque nada le asus-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

taba tanto como las serpientes. Y Azogue saltó inmediatamente sobre la bolsa, y quiso llevársela. Pero no contaba con Zoraik, que á pesar de su terror le vigilaba con un ojo, y logró primero asestar á la serpiente con una pella de plomo un golpe tan certero que le aplastó la cabeza, y con la otra mano arrojó luego con todas sus fuerzas una nueva pella á la cabeza de Azogue, el cual la esquivó inclinándose y huyó, mientras la pella formidable iba á dar á una vieja y la aplastaba sin remedio. Entonces gritaron todas las personas agrupadas en torno: «¡Ya Zoraik! eso no es lícito, ¡por Alah! ¡Es absolutamente necesario que descuelgues de ahí tu bolsa calamitosa, ó te la quitaremos á la fuerza! ¡Bastantes desgracias suscitaste ya con tu maldad!» Y contestó Zoraik: «¡Sobre mi cabeza!» Y aunque de muy mala gana, se decidió á descolgar la bolsa y á ocultarla en su casa, diciéndose: «¡Si no lo hago así, ese bergante de Alí Azogue, con lo terco que es, llegaría á introducirse por la noche en mi tienda y me arrebataría la bolsa!»

Y he aquí que Zoraik estaba casado con una negra que en otro tiempo fué esclava de Giafar Al-Barmaki, y á quien la generosidad de su amo había libertado después. Y Zoraik había tenido de su esposa la negra un hijo varón, cuya circuncisión iba á celebrarse pronto. Así es que cuando Zoraik entregó la bolsa á su mujer, le dijo ésta: «¡He ahí una generosidad que no sueles tener, ¡oh padre de Abdalah! ¡La circuncisión de Abdalah va á celebrar-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se, pues, suntuosamente!» Zoraik contestó: «¿Pero acaso crees que te traigo la bolsa para que la dejes vacía gastando en la circuncisión? ¡No, por Alah! ¡Ve en seguida á ocultarla abajo, dentro de un agujero abierto en el suelo de la cocina! ¡Y vuelve pronto, para que durmamos!» Y la negra bajó á abrir un agujero en la cocina, enterró allí la bolsa y volvió á acostarse á los pies de Zoraik. Y con el calor que despedía la negra, Zoraik se sintió invadido por el sopor, y tuvo un sueño en el cual le parecía ver que un pájaro muy grande abría con el pico un agujero en su cocina, desenterraba la bolsa y se la llevaba en las garras volando por los aires. Y se despertó sobresaltado y gritando: «¡Oh madre de Abdalah, acaban de robar la bolsa! ¡Ve á ver á la cocina en seguida!» Y despierta de su sueño, la negra se apresuró á bajar á la cocina con luz, y efectivamente, vió, no un pájaro, sino un hombre que con la bolsa en la mano huía por la puerta abierta y corría á la calle. Era Azogue, que había seguido á Zoraik, espiando sus movimientos y los de su esposa, y oculto detrás de la puerta de la cocina, acabó por conseguir apoderarse al fin de aquella bolsa tan codiciada.

Cuando supo Zoraik la pérdida de su bolsa, exclamó: «¡Por Alah, que la recuperaré esta misma noche!» Y le dijo su esposa la negra: «¡Como no la traigas, no te abro la puerta de nuestra casa y te dejo dormir en la calle!» Entonces Zoraik...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 460.ª NOCHE

Ella dijo:

...Entonces Zoraik salió de su casa á toda prisa, y por atajos llegó antes que Azogue á casa de Ahmad-la-Tiña, donde sabía que se alojaba el joven; abrió el picaporte de la puerta valiéndose de diversas llaves con que iba siempre pertrechado, la cerró con cuidado tras él y esperó tranquilamente á Azogue, que no tardó en llegar á su vez y llamar como tenía por costumbre. Entonces preguntó Zoraik, simulando la voz de Hassán-la-Peste: «¿Quién es?» El joven contestó: «¡Alí el egipcio!» El viejo le preguntó: «¿Y traes la bolsa de ese bribón de Zoraik?» Alí contestó: «¡La traigo!» El otro dijo: «¡Pásamela entonces por el ventanillo antes de que te abra la puerta, porque he hecho con la Tiña una apuesta de la que ya te hablaré!» Y Azogue pasó la bolsa por el ventanillo de la puerta á Zoraik, quien al punto escaló la terraza y desde allí saltó á la terraza de una casa contigua, por cuya escalera bajó, y abriendo la puerta, se escapó á la calle y se encaminó á su casa.

En cuanto á Alí Azogue, estuvo esperando en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

la calle mucho rato; pero cuando vió que no se decidía nadie á abrirle, llamó á la puerta con un golpe terrible, que despertó á toda la casa, y exclamó Hassán-la-Peste: «¡Alí está á la puerta! Ve á abrirle en seguida, ¡oh Lomo-de-Camello!» Luego, cuando hubo entrado Azogue, le preguntó, irónico: «¿Y la bolsa del bribón?» Azogue exclamó: «¡Basta de chanzas, maestro! ¡Ya sabes que te la he dado por el ventanillo de la puerta!» Al oir estas palabras, Hassán-la-Peste se cayó de trasero por la fuerza explosiva de su risa, y exclamó: «¡Todo está por hacer de nuevo, ¡ya Alí! ¡Zoraik ha recuperado lo suyo!» Entonces Azogue reflexionó un instante, y exclamó: «¡Por Alah, ¡oh maestro! que como de esta hecha no te traiga la tal bolsa, no quiero considerarme digno de mi nombre!» Y sin tardanza corrió por el camino más corto á casa de Zoraik, llegando antes que éste; penetró en ella por la terraza contigua, y empezó por entrar al aposento donde dormía la negra con su hijo, el pequeñuelo á quien debían circuncidar al día siguiente. Y se abalanzó primeramente á la negra, la inmovilizó en su colchón atándole brazos y piernas y la amordazó; luego cogió al pequeñuelo, á quien también amordazó, le puso en un cesto lleno de pasteles, calientes todavía, que estaban preparados para la fiesta del día siguiente, y fué á asomarse á la ventana, esperando la llegada de Zoraik, que no tardó en llamar á la puerta.

Entonces, Azogue, simulando la voz y el modo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de hablar de la negra, preguntó: «¿Eres tú, ¡ya sidi!?» El viejo contestó: «¡Sí, yo soy!» Azogue dijo: «¿Traes la bolsa?» Zoraik dijo: «¡Mírala!» Azogue dijo: «¡No la veo en la obscuridad! ¡Y no te abriré la puerta mientras no haya contado el dinero! ¡Voy á bajar por la ventana un cesto y la pondrás en él! ¡Y te abriré la puerta luego!» Después Azogue bajó por la ventana un cesto, donde Zoraik puso la bolsa; y entonces se apresuró á subirlo el joven. Cogió la bolsa, el pequeñuelo y el cesto de pasteles y huyó por el camino por donde había ido, para llegar á casa de Ahmad-la-Tiña y poner por fin entre las manos de Hassán-la-Peste el triple botín triunfal. Al ver aquello, la Peste le felicitó mucho y quedó muy complacido de él; y todos se pusieron luego á comer los pasteles de la fiesta, gastando mil bromas á costa de Zoraik.

En cuanto á Zoraik, esperó en la calle mucho rato á que le abriese su esposa la negra; pero la negra no acudía, é impaciente, acabó por llamar á la puerta con golpes tan redoblados, que despertaron todos los vecinos y perros del barrio. Y no le abría nadie. Entonces derribó la puerta, y subió furioso al aposento de su esposa, y vió lo que vió.

Cuando tras de libertar á su esposa se enteró por ella de lo que acababa de ocurrir, se golpeó con fuerza el rostro, se mesó la barba, y de aquella manera corrió á llamar á la puerta de Ahmad-la-Tiña. Ya había amanecido, y estaba levantado todo el mundo. Así es que Lomo-de-Camello fué á

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

abrir é introdujo á Zoraik en un estado deplorable á la sala de reunión, donde se le acogió con una carcajada general. Entonces se encaró él con Azogue, y le dijo: «Por Alah, ¡ya Alí! te has ganado la bolsa! ¡Pero devuélveme á mi hijo!» Y contestó Hassán-la-Peste: «Has de saber ¡oh Zoraik! que mi discípulo Alí Azogue está dispuesto á devolverte tu hijo y hasta tu bolsa, si quieres consentir en darle en matrimonio á la hija de tu hermana Dalila, á la joven Zeinab, de quien está enamorado.» El viejo contestó: «¿Y desde cuándo se imponen condiciones al padre para pedirle en matrimonio su hija? ¡Devuélvanseme antes el niño y la bolsa, y después ya hablaremos del asunto!» Entonces Hassán hizo una seña á Alí, quien al punto entregó á Zoraik el niño y la bolsa, y le dijo: «¿Cuándo va á ser el casamiento?» Y Zoraik sonrió, y contestó: «¡Despacio! ¡Despacio! ¿Acaso crees, ¡ya Alí! que puedo disponer de Zeinab como de un carnero ó de un pescado frito? ¡No puedo concedértela mientras no la aportes la dote que reclama!» Azogue contestó: «¡Dispuesto estoy á aportarla la dote que reclama! ¿Qué es?» Zoraik dijo: «¡Has de saber que hizo juramento de no dejarse cabalgar de frente por ninguno sin que la hubiese llevado antes, como presentes nupciales, el traje recamado de oro de la joven Kamaria, hija del judío Azaria, así como su corona de oro, su cinturón de oro y su babucha de oro...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 461.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Has de saber que hizo juramento de no dejarse cabalgar de frente por ninguno sin que la hubiese llevado antes, como presentes nupciales, el traje recamado de oro de la joven Kamaria, hija del judío Azaria, así como su corona de oro, su cinturón de oro y su babucha de oro!» Entonces exclamó Azogue: «¡Si no es mas que eso, deseo perder todo derecho á casarme con Zeinab como no la lleve esta misma noche los presentes reclamados!»

Al oir estas palabras, le dijo Hassán-la-Peste: «¡Desgraciado de ti, ¡ya Alí! lo que acabas de jurar! ¡Eres hombre muerto! ¿Acaso no sabes que el judío Azaria es un mago pérfido, taimado y lleno de malicia? ¡A sus órdenes tiene á todos los genn y los efrits! ¡Vive fuera de la ciudad, en un palacio construído con ladrillos de oro y plata alternados! Pero ese palacio, visible sólo cuando le habita el mago, desaparece á diario cuando su propietario viene á la ciudad para ventilar sus asuntos de usurero. Todas las noches, una vez que ha regresado á él, el judío se asoma á su ventana y enseña en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

una bandeja de oro el traje de su hija, gritando: «¡Oh vosotros todos, maestros en el arte de robar y bergantes del Irak, de Persia y de Arabia! ¡venid, si podéis, á apoderaros del traje de mi hija Kamaria! ¡Y daré á Kamaria en matrimonio al que logre llevarse su traje!» Pero, ¡ya Alí! ni los ladrones más listos ni los bergantes más astutos de entre nosotros pudieron hasta ahora intentar la aventura sin sufrir sus consecuencias; porque el insigne mago ha convertido, á los que pretendieron emprender la hazaña, en mulas, en osos, en burros ó en monos. ¡Te aconsejo, pues, que renuncies á la cosa y te quedes con nosotros!» Pero Alí exclamó: «¡Qué vergüenza para mí si por esta dificultad renunciara yo al amor de la sensible Zeinab! ¡Por Alah, que me traeré el traje de oro y vestiré á Zeinab con él la noche de la boda, y pondré en su cabeza la corona de oro, y el cinturón de oro en torno de su talle exquisito, y la babucha de oro en su pie!» Y salió inmediatamente en busca de la tienda del judío mago y usurero Azaria.

Llegado que fué al zoco de los cambistas, Alí preguntó por la tienda, y le enseñaron al judío, que precisamente estaba ocupado en pesar oro en sus balanzas para meterlo luego en sacos y cargar los sacos á lomos de una mula atada á la puerta. ¡Era muy feo y de aspecto avinagrado! Y á Alí le impresionó un poco su fisonomía. Sin embargo, esperó á que el judío acabase de alinear los sacos, de cerrar su tienda y de cinchar su mula, siguién-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dole sin ser notado. Y de tal suerte llegó tras él fuera de las murallas de la ciudad.

Comenzaba á preguntarse Alí hasta dónde iba á seguir andando aún, cuando de pronto vió al judío extraer del bolsillo de su manto un saco, meter en él la mano, sacarla llena de arena y arrojar la arena al aire soplando por encima de ella. Y al punto vió elevarse ante él un magnífico palacio de ladrillos de oro y plata alternados, con un inmenso pórtico de alabastro y escalones de mármol, por los que subió el judío con su mula para desaparecer en el interior. Pero algunos instantes más tarde, apareció en la ventana con una bandeja de oro en la que había un traje espléndido recamado de oro, una corona, un cinturón y la babucha de oro, y exclamó: «¡Oh vosotros todos, maestros en el arte de robar y bergantes del Irak, de Persia y de Arabia! ¡venid, si podéis, á apoderaros de todo esto, y os pertenecerá mi hija Kamaria!»

Al ver y oir aquellas cosas, Azogue, que era muy juicioso, se dijo: «¡Por el pronto, lo más prudente es ir á buscar á ese maldito judío y pedirle el traje con buenas palabras, explicándole lo que me ocurre con Zoraik!» Y levantó un dedo en el aire, gritando al mago: «¡Yo, Alí Azogue, el primero de los subalternos de Ahmad el mokaddem del califa, deseo hablarte!» Y le dijo el judío: »¡Puedes subir!» Y cuando estuvo Alí en su presencia, le preguntó: «¿Qué quieres?» Y Alí le contó su historia, y le dijo: «¡Ahora, por último, necesito ese

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

traje de oro y los demás objetos para llevárselos á Zeinab, la hija de Dalila!»

Al oir estas palabras, el judío se echó á reir, enseñando unos dientes espantosos, cogió una mesa con arena adivinatoria, y después de haber sacado el horóscopo de Alí, le dijo: «¡Escucha! ¡si aprecias tu vida y no quieres perderte sin remedio, sigue mi consejo! ¡Renuncia á tu proyecto! ¡Porque los que te impulsaron á emprender esa aventura no lo hicieron mas que para perderte, como se han perdido todos los que intentaron ya la cosa! ¡Y cuenta que si no acabase yo de sacar tu horóscopo y saber por la arena que tu fortuna sobrepujará á mi fortuna, no hubiera vacilado, ciertamente, en cortarte el cuello!» Pero Alí, á quien inflamaron y estimularon estas últimas palabras, sacó de repente su alfanje, y amenazando con él al pecho del mago judío, exclamó: «¡Si no consientes en darme esos efectos en seguida y en abjurar, además, de tus herejías y hacerte musulmán pronunciando el acto de fe, tu alma va á salir de tu cuerpo!» Entonces el judío extendió la mano como para pronunciar el acto de fe, y dijo: «¡Que se te seque la mano derecha!» É inmediatamente la mano derecha de Alí, con la cual sostenía el alfanje, se secó en la posición en que estaba, y el alfanje cayó al suelo. Pero lo recogió Alí con la mano izquierda y amenazó de nuevo al pecho del judío; mas éste pronunció: «¡Oh mano izquierda, sécate!» Y se secó la amenazadora mano izquierda de Alí, y el alfanje cayó al sue-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lo. Entonces, Alí, en el límite del furor, levantó la pierna derecha y quiso dar una patada en el vientre al judío; pero extendiendo éste su mano, pronunció: «¡Oh pierna derecha, sécate!» Y la pierna derecha de Alí se secó en el aire en la misma posición en que estaba, y Alí se encontró sostenido sólo con el pie izquierdo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 462.ª NOCHE

Ella dijo:

...y Alí se encontró sostenido sólo con el pie izquierdo. Y por más que quiso servirse de sus miembros inútiles, no consiguió mas que perder el equilibrio, tan pronto cayéndose como levantándose, hasta que se quedó rendido, y le dijo el mago: «¿Has renunciado á tu proyecto?» Pero Alí replicó: «¡Necesito absolutamente los efectos de tu hija!» Entonces le dijo el judío: «¡Ah! ¿quieres los efectos? ¡Pues bien; voy á hacer que te los traigan!» Y cogió una taza llena de agua, con la que le roció, y gritó: «¡Conviértete en burro!» Y al instante Alí Azogue se transformó en burro, con figura de burro, cascos herrados y orejas monumentales. Y se puso des-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de luego á rebuznar como un burro, levantando el hocico y la cola y sorbiendo el aire. Y el judío pronunció las palabras dominadoras para adueñarse de él completamente, y le obligó á bajar la escalera sobre sus patas traseras; y una vez que estuvieron en el patio del palacio, trazó un círculo mágico en la arena alrededor del burro; y al punto alzóse en torno á él una muralla que le encerraba en un recinto muy estrecho, del que no podía escaparse.

Por la mañana fué allá el judío, lo ensilló, lo embridó, lo montó, y le dijo al oído: «¡Vas á reemplazar á la mula!» Y le hizo salir del palacio encantado, el cual desapareció en seguida, y le guió por el camino de la tienda, adonde no tardó en llegar. Abrió su tienda, ató al borrico Alí en el sitio en que estaba atada la mula el día anterior, y se puso á maniobrar con sus balanzas, sus pesas, su oro y su plata. Y el borrico Alí, que dentro de su piel conservaba todas sus facultades, excepto la de la palabra, se vió obligado, para no morirse de hambre, á morder con sus dientes su ración de habas secas; pero para consolarse desahogaba su mal humor soltando varias series de cuescos sonoros en la cara de los clientes.

Entretanto, llegó en busca del judío usurero Azaria un joven mercader arruinado por reveses de fortuna, y le dijo: «Estoy arruinado, y sin embargo, necesito ganarme la vida y mantener á mi esposa. ¡He aquí que te traigo sus brazaletes de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

oro, única y última propiedad que nos resta, para que me des á cambio su valor en dinero y pueda yo comprarme una mula ó un asno y ejercer el oficio de vendedor de agua de riego.» El judío contestó: «¿Piensas maltratar al asno que vas á comprar y darle mala vida si se niega á andar ó á llevar cargas pesadas de agua?» El futuro arriero contestó: «¡Por Alah! ¡si se niega á trabajar, le pincharé con el palo en las partes sensibles y le obligaré á cumplir su tarea!» ¡Eso fué todo! Y el borrico Alí oyó semejantes palabras, y á manera de protesta, lanzó un cuesco espantoso. En cuanto al judío Azaria, contestó á su cliente: «En ese caso, te cederé á cambio de esos brazaletes mi propio burro, que está ahí atado á la puerta. No tengas con él contemplaciones para que no se acostumbre á holgazanear; y cárgale bien el lomo, porque es robusto y joven.» Luego, terminada la compra, el vendedor de agua se llevó al borrico Alí, en tanto que pensaba éste para su ánima: «¡Ya Alí! ¡tu amo está dispuesto á cargarte al lomo unas aguaderas de madera dura y pesados odres grandes, y te obligará á hacer cada día diez carreras largas ó más! ¡Indudablemente, estás perdido sin remedio!»

Cuando el vendedor de agua condujo al asno á su casa, dijo á su esposa que bajara á la cuadra á dar el pienso al animal. Y la esposa, que era joven y muy agradable á la vista, cogió la ración de habas y bajó en busca del borrico Alí para colgarle al pescuezo el saco del pienso. Pero el borrico Alí,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que desde hacía un momento la miraba de reojo, se puso de pronto á resollar con fuerza y le dió un cabezazo que la tiró con las ropas desordenadas encima de la pila de beber las caballerías, la cubrió, acariciándole la cara con sus gruesos labios temblorosos, y puso de manifiesto su mercancía de burro, considerable herencia de burros antepasados.

Al ver aquello, la esposa del vendedor de agua empezó á lanzar gritos tan agudos que al punto acudieron á la cuadra todas las vecinas, y al ver el espectáculo, se apresuraron á hacer bajar al asno de encima de la mujer derribada. Y he aquí que también llegó el marido, que hubo de preguntarle: «¿Qué te pasa?» Ella le escupió en la cara y le dijo: «¡Ah hijo de adulterinos! ¿no supiste comprar en todo Bagdad mas que este asno acosador de mujeres? ¡Por Alah! ¡escoge entre el divorcio ó la devolución de este borrico!» El marido preguntó: «¿Pero qué ha hecho este borrico?» Ella dijo: «¡Me ha derribado y me ha cubierto! ¡Y si no es por las vecinas, me habría penetrado espantosamente!» Entonces el vendedor de agua la emprendió á estacazos con el asno, y acabó por llevársele de nuevo al judío, á quien dió cuenta de sus atentados inconvenientes y le obligó á quedarse con él otra vez y á restituirle los brazaletes.

Cuando se hubo marchado el vendedor de agua, el mago Azaria se encaró con el borrico Alí y le dijo: «¿Conque te dedicas á hacer bribonadas con

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

las mujeres, ¡oh malvado!? ¡Espera! ¡ya que estás contento con tu condición de asno y no refrenas tus caprichos desvergonzados, te voy á convertir en algo que sea la irrisión de pequeños y grandes!» Y cerró su tienda, cinchó al burro y salió de la ciudad.

Como la víspera, hizo surgir de la tierra y del fondo del aire el palacio encantado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 463.ª NOCHE

Ella dijo:

...Como la víspera, hizo surgir de la tierra y del fondo del aire el palacio encantado, y penetró con el burro al recinto protector alzado en un extremo del patio. Comenzó por murmurar ante el borrico Alí palabras cabalísticas, y le roció con algunas gotas de agua, que le tornaron á su primera forma humana; luego, manteniéndose á cierta distancia de él, le dijo: «¿Quieres ¡ya Alí! seguir ahora mis consejos, y antes de que te metamorfosee bajo cualquier otra forma peor que la primera, renunciar á tu proyecto temerario y marcharte por tu camino?» El joven contestó: «¡No, ¡por Alah! ya

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que está escrito que mi fortuna sobrepujará á tu fortuna, necesito matarte ó apoderarme del traje de Kamaria y convertirte á la fe del Islam!» Y quiso precipitarse sobre el mago Azaria, que, al ver aquello, extendió la mano y le arrojó al rostro algunas gotas del agua que contenía la taza grabada con palabras talismánicas, gritándole: «¡Conviértete en oso!» Y al punto Alí Azogue quedó transformado en oso, con una gruesa cadena unida á una anilla de hierro que le atravesaba el hocico, y con bozal, como los osos amaestrados para que bailen. Luego se inclinó el judío al oído del joven, y le dijo: «¡Ah malvado, eres semejante á la nuez, de la que no puede uno servirse mientras no la rompe la cáscara!» Y le ató á una estaca hincada en el recinto fortificado, y no fué á buscarle hasta el día siguiente. Montó entonces en su mula de los días anteriores y arrastró detrás de él al oso Alí á la tienda después de haber hecho desaparecer el castillo encantado, y le ató junto á la mula, para ocuparse luego de su oro y de sus clientes. ¡Y el oso Alí oía y comprendía, pero no podía hablar!

Entretanto, acertó á pasar por delante de la tienda un hombre que vió al oso encadenado, y entró al instante para preguntar al judío: «¡Oh maese Azaria! ¿quieres venderme ese oso? A mi esposa, que está enferma, la han recetado carne de oso y grasa de oso para ungüentos; pero no encuentro nada de eso por ninguna parte.» El mago le dijo: «¿Vas á inmolarle en seguida ó le cebarás

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

primero para que te dé más ungüento?» El otro contestó: «Está bastante gordo así para lo que necesita mi esposa. ¡Y hoy mismo voy á hacer que le degüellen!» El mago repuso en el límite de la alegría: «¡Puesto que es para bien de tu esposa, te lo cedo de balde!» Entonces el hombre se llevó al oso á su casa y llamó á un carnicero, que llegó con dos hachas grandes, poniéndose á afilarlas una contra otra después de remangarse. Al ver aquello, el aprecio en que tenía su alma duplicó las fuerzas del oso Alí, que, en el momento en que le derribaban para degollarle, saltó súbito de entre las manos de sus verdugos, y voló más que corrió hasta el palacio del mago.

Cuando Azaria vió volver al oso Alí, se dijo: «¡Voy á hacer con él aún la última tentativa!» Le roció como de costumbre y le devolvió su forma humana después de haber llamado aquella vez á su hija Kamaria para que presenciase la metamorfosis. Y la joven vió á Alí en su forma humana y le encontró tan hermoso, que concibió en su corazón un amor violento hacia él. Así es que, encarándosele, le preguntó: «¿Es verdad ¡oh hermoso joven! que no es á mí á quien deseas, sino sólo mi traje y mis efectos?» Él contestó: «¡Es verdad! ¡Porque se los destino á Zeinab, la sensible hija de Dalila, la lista!» Estas palabras sumieron á la joven en un dolor y una consternación grandes, haciendo exclamar á su padre: «¡Tú misma oíste al malvado! ¡No se arrepiente!» Y roció al instante

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

á Alí con el agua de la taza talismánica, gritándole: «¡Vuélvete perro!» Y Alí se encontró en seguida convertido en perro callejero; y el mago le escupió en la cara y le dió un puntapié, echándole del palacio.

El perro Alí empezó á vagabundear extramuros de la ciudad; pero como no encontraba nada que comer, se decidió á entrar en Bagdad. Y he aquí que inmediatamente le acogieron los ladridos de todos los perros de los diversos barrios por donde pasaba, que al ver á aquel extranjero á quien no conocían y que así violaba las fronteras de que eran ellos guardianes, hubieron de perseguirle á dentelladas hasta los límites respectivos. Y de tal suerte iba el intruso de sitio en sitio, acosado y mordido cruelmente por doquiera; pero por fin pudo refugiarse en una tienda abierta que por casualidad estaba enclavada en territorio neutral. Por cierto que el propietario, que era un prendero vendedor de objetos de segunda mano, al ver á aquel desgraciado perro con la cola entre piernas, perseguido furiosamente por el ejército de los demás perros, cogió su bastón y le defendió contra los agresores, que acabaron por dispersarse ladrando desde lejos. Entonces, para demostrar su agradecimiento al prendero, el perro Alí se echó á sus pies con lágrimas en los ojos y le acarició, lamiéndole y moviendo la cola con emoción. Y permaneció á su lado hasta la noche, diciéndose: «¡Más vale ser perro que mono, por ejemplo, ó algo peor toda-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vía!» Y por la noche, cuando el prendero cerró su tienda, se pegó á él y le siguió á su casa.

Y he aquí que apenas hubo entrado en su casa el prendero, su hija se tapó el rostro, y exclamó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 464.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que apenas hubo entrado en su casa el prendero, su hija se tapó el rostro, y exclamó: «¡Oh padre mío! ¿cómo te atreves á hacer entrar en el aposento de tu hija á un extraño?» El prendero dijo: «¿Quién es ese extraño? ¡No hay aquí nadie mas que un perro!» Ella contestó: «¡Ese perro no es otro que Alí Azogue, del Cairo, que fué hechizado por el judío Azaría el mago á causa del traje de su hija Kamaria!» Al oir estas palabras, el prendero se encaró con el perro, y le preguntó: «¿Es verdad eso?» Y el perro hizo con la cabeza una seña que significaba: «¡Sí!» Y continuó la joven: «¡Dispuesta estoy, si quiere casarse conmigo, á devolverle su primitiva forma humana!» Y exclamó el prendero: «¡Por Alah! ¡oh hija mía! ¡devuélvele su forma, y sin duda se casará contigo!» Luego

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se volvió hacia el perro, y le preguntó: «¡Ya lo has oído! ¿Consientes en ello?» El perro meneó la cola é hizo con la cabeza una seña que significaba: «¡Sí!» Entonces la joven cogió una taza talismánica llena de agua, y comenzaba á pronunciar sobre ella las palabras conjuratorias, cuando de improviso se dejó oir un grito estridente y la esclava de la joven entró entonces en el aposento, diciendo á su ama: «¿Qué fué ¡oh mi señora! de la promesa y del pacto que entre las dos hicimos? ¡Cuando te enseñé la hechicería, me juraste no verificar nunca una operación mágica sin consultarme! ¡Y precisamente también yo quiero casarme con el joven Alí Azogue, que ahora está convertido en perro; y no consentiré que se le transforme en hombre mas que con la condición de que nos pertenezca á ambas en común y pase una noche conmigo y una noche contigo!» Y en cuanto la joven accedió á este arreglo, su padre le preguntó, muy asombrado de todo aquello: «¿Y desde cuándo estás iniciada en la hechicería?» Ella contestó: «¡Desde que llegó esta esclava nueva, que la había aprendido estando al servicio del judío Azaria, pues á hurtadillas hojeaba los libros mágicos y los volúmenes antiguos de ese insigne mago!»

Tras de lo cual cada una de las dos jóvenes cogió una taza talismánica, y después de haber murmurado en lengua hebrea algunas palabras, rociaron con el agua al perro Alí, diciéndole: «¡Por las virtudes y los méritos de Soleimán, torna á conver-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tirte en un ser humano vivo!» Y al instante saltó sobre sus dos pies Alí Azogue, más joven y más hermoso que nunca. Pero en aquel mismo momento se dejó oir un grito estridente, abrióse de par en par la puerta, y una maravillosa joven hizo su entrada en la estancia, llevando en sus brazos dos bandejas de oro superpuestas; en la bandeja áurea de abajo estaban el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro, y en la bandeja de arriba, que era más pequeña, estaba la cabeza cortada del judío Azaria, sanguinolenta y con los ojos extraviados.

Porque aquella tercera joven tan bella no era otra que Kamaria, la hija del mago, que poniendo las dos bandejas á los pies de Alí Azogue, le dijo: «¡Aquí te traigo, ¡oh Alí! los efectos que codiciabas y la cabeza de mi padre el judío, porque te amo! ¡Sabrás también que me he vuelto musulmana ahora!» Y pronunció: «¡No hay más Dios que Alah! ¡Y Mahomed es el enviado de Alah!»

Al oir estas palabras, contestó Alí Azogue: «¡Consiento en casarme contigo á la vez que con estas dos jóvenes que están aquí, ya que, siendo mujer, y contra los usos corrientes, me traes un presente nupcial tan hermoso! ¡Pero es con la condición de regalar estos objetos á Zeinab, hija de Dalila, á quien deseo tener como cuarta esposa, pues que la ley permite cuatro esposas legítimas!» Kamaria accedió á ello, y también las otras dos jóvenes. Y preguntó el prendero: «¿Nos prome-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rás, por lo menos, no tomar concubinas además de tus cuatro esposas legítimas?» Alí contestó: «¡Lo prometo!» Y cogió la bandeja de oro que contenía los efectos de Kamaria, y salió para llevárselos á Zeinab, la hija de Dalila.

Mientras se dirigía á casa de Dalila, vió á un vendedor ambulante que llevaba á la cabeza una bandeja grande con confituras secas, halawa y almendras agarrapiñadas, y se dijo: «¡Estará bien que lleve conmigo dulces de estos para dárselos á Zeinab!» Y he aquí que el vendedor, que parecía acecharle, le dijo: «¡Oh mi amo, no hay en Bagdad quien saque como yo la confitura de zanahorias con nueces! ¿Cuánto necesitas? ¡Pero antes de comprarme nada, prueba este pedacito y dime cómo lo encuentras!» Y Azogue cogió el pedazo y se lo tragó. Pero en el mismo momento cayó al suelo como inanimado. El pedazo de confitura estaba mezclado con bang; y el vendedor no era otro que Mahmud el Aborto, que ejercía el oficio lucrativo de despojar á sus clientes. Había visto todas las cosas hermosas que llevaba Azogue, y le había narcotizado para robárselas. En efecto, no bien quedó Azogue tendido sin movimiento, el Aborto se apoderó del traje de oro y de las demás cosas, y se dispuso á huir; pero de pronto apareció á caballo Hassán-la-Peste, acompañado por sus cuarenta guardias, y vió al ladrón y le detuvo. Y el Aborto no tuvo más remedio que declarar y enseñar á Hassán aquel cuerpo tendido en el suelo. Al punto, Hassán, que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

desde la desaparición de Alí recorría en busca suya con sus guardias todos los barrios de Bagdad, hizo traer contrabang y se lo administró. Y cuando hubo despertado el joven, sus primeras palabras fueron para pedir noticias de los efectos que llevaba á Zeinab. Y Hassán se los enseñó, y después de las efusiones propias del encuentro, le felicitó por su destreza, y le dijo: «¡Por Alah, nos superas á todos!» Luego le condujo á casa de Ahmad-la-Tiña, y tras nuevas zalemas por una y otra parte, se hizo contar toda la aventura, y le dijo: «¡Pues entonces el palacio encantado del mago te corresponde por derecho propio, ya que una de tus cuatro esposas va á ser Kamaria! ¡Allí celebraremos tus bodas cuádruples! Voy al instante á llevar á Zeinab de tu parte los presentes y á decidir á su tío Zoraik á que te la conceda en matrimonio. ¡Y te prometo que no rehusará esta vez el viejo bribón! ¡En cuanto á Mahmud el Aborto, no podemos castigarle porque va á ser pariente tuyo al entrar tú en su familia...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 465.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡En cuanto á Mahmud el Aborto, no podemos castigarle porque va á ser pariente tuyo al entrar tú en su familia!»

Cuando hubo dicho estas palabras, Hassán-la-Peste cogió el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro y fué al khan de las palomas, donde encontró á Dalila y á Zeinab dedicadas precisamente á repartir la comida á las palomas. Después de las zalemas, les dijo que hicieran ir á Zoraik; y llegado que fué Zoraik, les hizo ver los presentes nupciales que habían reclamado para dote de Zeinab, y les dijo: «¡Ahora es imposible cualquier repulsa! ¡Si no, sería la ofensa para mí, para Hassán!» Y Dalila y Zoraik aceptaron los presentes, y dieron su consentimiento para el casamiento de Zeinab con Alí Azogue.

Al día siguiente Alí Azogue fué á tomar posesión del palacio del judío Azaria; y aquella misma noche, ante el kadí y los testigos por una parte, y ante Ahmad-la-Tiña con sus cuarenta y Hassán-la-Peste con sus cuarenta por otra parte, se extendió el contrato de matrimonio de Alí Azogue con Zeinab, hija de Dalila; con Kamaria, hija de Azaria;

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

con la hija del prendero y con la joven esclava del prendero. Y se celebraron suntuosamente las ceremonias de los cuatro casamientos. Y sin duda era Zeinab, según todas las mujeres del cortejo, la más atrayente y la más bella bajo sus velos de desposada. Y por cierto que iba vestida con el traje de oro, la corona de oro, el cinturón de oro y la babucha de oro; y las otras tres jóvenes se mostraban á su alrededor como las estrellas alrededor de la luna.

Así es que aquella misma noche Alí Azogue comenzó á hacer sus visitas nupciales, penetrando primero en su esposa Zeinab. Y se encontró con que era una verdadera perla imperforada y una cabalgadura sin montar aún. Y se deleitó con ella hasta el límite del deleite, y luego penetró por turno en cada una de sus otras tres esposas. Y como las halló absolutamente perfectas de belleza y de virginidad, se deleitó también con ellas, y les tomó lo que tenía que tomarles, y les dió lo que tenía que darles, y se hizo por una y otra parte con toda generosidad y á completa satisfacción.

Respecto á los festines dados con ocasión de las bodas, duraron treinta días y treinta noches; y no se perdonó nada para que fuesen dignos de su dispensador. Y hubo regocijo, y se rió, y se cantó, y se divirtieron extremadamente los invitados.

Cuando se terminaron los festejos, Hassán-la-Peste fué en busca de Azogue, y después de reiterarle sus felicitaciones, le dijo: «¡Ya Alí! ¡he aquí que te llegó la hora de ser presentado á nuestro

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

amo el califa para que te otorgue sus favores!»
Y le llevó al diván, donde no tardó en hacer su entrada el califa.

Al ver á Alí Azogue, el califa quedó muy encantado; porque en verdad que la buena cara del joven predisponía en favor suyo, y la belleza podía dar fe de que le reconocía como su elegido. Y empujado por Hassán-la-Peste, Alí Azogue avanzó ante el califa y besó la tierra entre sus manos. Luego se levantó, y cogiendo una bandeja que tenía cubierta Lomo-de-Camello con un paño de seda, la descubrió ante el califa. Y se vió la cabeza cortada del judío Azaría, el mago.

Asombró aquello al califa, que hubo de preguntar: «¿De quién es esta cabeza?» Y contestó Azogue: «¡Del mayor de tus enemigos, ¡oh Emir de los Creyentes! ¡Su propietario era un insigne mago capaz de destruir Bagdad con todos sus palacios!» Y contó á Harún Al-Rachid toda la historia desde el principio hasta el fin, sin omitir un detalle.

Aquella historia maravilló al califa de tal modo, que al instante nombró á Azogue intendente general de policía, con la misma categoría, las mismas prerrogativas y los mismos emolumentos que Ahmad-la-Tiña y Hassán-la-Peste; luego le dijo: «¡Vivan los bravos como tú, ¡ya Alí! ¡Quiero que me pidas alguna cosa más!» Azogue contestó: «¡La eterna duración de la vida del califa, y permiso para hacer venir del Cairo, mi patria, á mis cuarenta compañeros antiguos para tenerles aquí como

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

guardias, al igual de los de mis dos colegas!» Y contestó el califa: «¡Ya puedes hacerlo!» Luego ordenó á los más hábiles escribas del palacio que escribieran cuidadosamente aquella historia y la encarpetaran en los archivos del reino para que á la vez sirviese de lección y de diversión á los pueblos musulmanes y á todos los futuros creyentes en Alah y en su profeta Mahomed, el mejor de los hombres (¡con él la plegaria y la paz!)

¡Y vivieron todos la vida más deliciosa y más alegre, hasta que fué á visitarles la Destructora de Alegrías y la Separadora de Amigos!

¡Y tal es como ha llegado á mí, con todos sus detalles exactos, ¡oh rey afortunado! la historia verídica de Dalila la Taimada y de su hija Zeinab la Embustera con Ahmad-la-Tiña, Hassán-la-Peste, Alí Azogue y Zoraik, el vendedor de pescado frito! ¡Pero Alah (¡glorificado y exaltado sea!) es más sabio y más penetrante!

Luego añadió Schahrazada: «No creas, sin embargo, ¡oh rey afortunado! que esta historia es más verídica que la de JUDER EL PESCADOR y sus hermanos.» Y en seguida contó:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

HISTORIA DE JUDER EL PESCADOR Ó EL SACO ENCANTADO

He llegado á saber ¡oh rey afortunado! que había antaño un mercader llamado Omar, que tenía una posteridad de tres hijos: uno se llamaba Salem, el segundo se llamaba Salim y el más pequeño se llamaba Juder. Les educó hasta que llegaron á la edad de hombres; pero como quería á Juder mucho más que á sus hermanos, notaron éstos tal preferencia, se apoderó de ellos la envidia y detestaron á Juder. Así es que, cuando el mercader Omar, que era un hombre cargado ya de años, notó á su vez el odio que sus dos hijos mayores tenían al hermano, temió que á su muerte hiciesen sufrir á Juder. Congregó, pues, á los miem-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

bros de su familia y á algunos hombres de ciencia, así como á diversas personas que por orden del kadí se ocupaban de las sucesiones, y les dijo: «¡Que traigan todos mis bienes y todas las telas de mi tienda!» Y cuando se lo llevaron todo, dijo: «¡Dividid estos bienes y estas telas en cuatro partes, como manda la ley!» Y lo dividieron en cuatro partes. Y el anciano dió á cada uno de sus hijos una parte, guardó para sí la cuarta parte, y dijo: «Esa era toda mi fortuna y se la he repartido en vida para que nada tengan que reclamarme ni reclamarse entre ellos y no disputen á mi muerte. ¡En cuanto á la cuarta parte que me reservé, será para mi esposa, la madre de mis hijos, á fin de que con ella pueda atender á sus necesidades!»

Y he aquí que poco tiempo después murió el anciano; pero sus hijos Salem y Salim no quisieron contentarse con el reparto que se había hecho, y reclamaron á Juder parte de lo que le había tocado, diciéndole: «¡La fortuna de nuestro padre fué á parar á tus manos...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 466.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡La fortuna de nuestro padre fué á parar á tus manos!» Y Juder se vió obligado á recurrir en contra de ellos á los jueces y á hacer comparecer á los testigos musulmanes que habían asistido al reparto, y que dieron fe de lo que sabían; así es que el juez prohibió á los dos hermanos mayores que tocaran el patrimonio de Juder. Pero las costas del proceso hicieron perder á Juder y á sus hermanos parte de lo que poseían. Aquello, sin embargo, no impidió que estos últimos conspiraran contra Juder, el cual se vió obligado á apelar una vez más en contra de ellos á los jueces; y de nuevo el pleito les hizo gastar á los tres una buena parte de su peculio en las costas. Pero no cejaron en sus propósitos, y fueron á un tercer juez, y luego al cuarto, y así sucesivamente, hasta que los jueces se comieron toda la herencia, y los tres querellantes quedaron tan pobres que no tenían ni una moneda de cobre para comprarse un panecillo y una cebolla.

Cuando los dos hermanos Salem y Salim se vieron en aquel estado, como ya no podían reclamar nada á Juder, que estaba tan miserable como ellos,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

conspiraron contra su madre, á la que engañaron y despojaron después de maltratarla. Y la pobre mujer fué llorando en busca de su hijo Juder, y le dijo: «¡Tus hermanos me han hecho *tal* y *cual* cosa! ¡Y me han privado de mi parte de herencia!» Y empezó á proferir imprecaciones contra ellos. Pero Juder le dijo: «¡Oh madre mía! ¡no lances contra ellos imprecaciones! ¡Porque ya se encargará Alah de tratar á cada cual según sus actos! Por lo que á mí respecta, no quiero denunciarles al kadí y á los demás jueces, porque los procesos exigen dispendios, y en juicios perdí todo mi capital. Vale más, pues, que nos resignemos al silencio ambos. Después de todo, ¡oh madre! no tienes mas que venirte á vivir conmigo, y te cederé el pan que yo coma. Encárgate tú ¡oh madre mía! de hacer votos por mí, y Alah me concederá lo necesario para mantenerte. En cuanto á mis hermanos, déjales, que ya recibirán del Juez Soberano la recompensa por su acción, y consuélate con estas palabras del poeta:

¡Si te oprime el insensato, sopórtale con paciencia; y no cuentes, para vengarte, mas que con el tiempo!

¡Pero evita la tiranía! ¡porque si una montaña oprimiera á otra montaña, sería rota á su vez por otra más sólida que ella y volaría hecha trizas!

Y Juder siguió prodigando á su madre palabras de consuelo, acariciándola y calmándola, y consi-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

guió así aliviarla y decidirla á que se fuera á vivir con él. Y para ganarse el sustento, se procuró una red de pesca, y todos los días se iba á pescar al Nilo, en Bulak, á los estanques grandes ó á otros sitios en que hubiese agua; y de aquel modo sacaba una ganancia de diez monedas de cobre unas veces, de veinte otras, de treinta otras; y se lo gastaba todo en su madre y en sí mismo; así es que comían bien y bebían bien.

En cuanto á sus dos hermanos, no poseían nada; ni oficio, ni venta, ni compra. Abrumábanles la miseria, la ruina y todas las calamidades; y como no tardaron en disipar lo que habían arrebatado á su madre, quedaron reducidos á la más miserable condición, y se convirtieron en dos mendigos desnudos que carecían de todo. Así es que se vieron obligados á recurrir á su madre y á humillarse ante ella hasta el extremo, y á quejársele del hambre que les torturaba. ¡Y el corazón de una madre es compasivo y piadoso! Y conmovida de su miseria, su madre les daba los mendrugos que sobraban y que con frecuencia estaban mohosos; y les servía también las sobras de la comida de la víspera, diciéndoles: «¡Comed pronto y marchaos antes de que vuelva vuestro hermano, pues al veros aquí se disgustará y se le endurecerá el corazón en contra mía, con lo que me comprometeréis ante él!» Y se daban prisa ellos á comer y á marcharse. Pero un día entre los días, entraron en casa de su madre, que, como de costumbre, les sacó manjares y pan

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

para que comiesen; y entró de pronto Juder. Y la madre se quedó muy avergonzada y bastante confusa; y temiendo que se enfadase con ella, bajó la cabeza, con miradas muy humildes para su hijo. Pero Juder, lejos de mostrarse contrariado, sonrió á sus hermanos, y les dijo: «¡Bien venidos seáis, oh hermanos míos! ¡Y bendita sea vuestra jornada! Pero ¿qué os ocurrió para que al fin os hayáis decidido á venir á vernos en este día de bendición?» Y se colgó á su cuello, y les abrazó con efusión, diciéndoles: «¡En verdad que hicisteis mal en dejarme languidecer así con la tristeza de no veros! ¡No vinisteis nunca á mi casa para saber de mí y de vuestra madre!» Ellos contestaron: «¡Por Alah! ¡oh hermano nuestro! también nos hizo languidecer el deseo de verte; y no nos ha alejado de ti mas que la vergüenza por lo que hubo de pasar entre nosotros y tú. ¡Pero henos aquí ya en extremo arrepentidos! ¡Sin duda aquello fué obra de Satán (¡maldito sea por Alah el Exaltado!), y ahora no tenemos otra bendición que tú y nuestra madre!» Y Juder, muy conmovido con estas palabras, les dijo: «¡Y yo no tengo otra bendición que vosotros dos, hermanos míos!» Entonces la madre se encaró con Juder, y le dijo: «¡Oh hijo mío, blanquee Alah tu rostro y aumente tu prosperidad, pues eres el más generoso de todos nosotros, ¡oh hijo mío!» Y dijo Juder: «¡Bien venidos seáis y venid conmigo! ¡Alah es generoso, y en la morada hay abundancia!» Y acabó de reconciliarse con sus hermanos, que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cenaron en su compañía y pasaron la noche en su casa.

Al día siguiente almorzaron todos juntos, y Juder, cargado con su red, se marchó confiando en la generosidad del Abridor, mientras sus dos hermanos se iban por otra parte y permanecían ausentes hasta mediodía para volver á comer con su madre. En cuanto á Juder, no volvía hasta la noche, llevando consigo carne y verduras compradas con su ganancia del día. Y así vivieron durante el transcurso de un mes, pescando Juder peces para venderlos y gastar el producto con su madre y sus hermanos, que comían y triunfaban.

Pero un día entre los días...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 467.ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero un día entre los días, Juder echó su red al río, y cuando la recogió, la encontró vacía; la echó por segunda vez, y la recogió vacía; entonces dijo para sí: «¡No hay pescado en esta parte!» Y cambió de sitio, y echando su red, la recogió vacia de nuevo. Cambió de sitio por segunda vez, por

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tercera vez, y así sucesivamente, desde por la mañana hasta por la noche, sin conseguir pescar ni un solo gobio. Entonces exclamó: «¡Oh prodigios! ¿No habrá ya peces en el agua? ¿Ó será otra cosa la causa de ello?» Y como caía la tarde, se cargó la red á la espalda y regresó muy apenado, muy triste, apesadumbrándose y preocupándose por sus hermanos y su madre, sin saber cómo iba á arreglarse para darles de cenar; y de tal suerte pasó por delante de una panadería, donde tenía costumbre de entrar á comprar el pan para la noche. Y vió á la muchedumbre de clientes que con el dinero en la mano se apretujaban para comprar pan, sin que el panadero se fijase en él. Y Juder se apartó tristemente, mirando á los compradores y suspirando. Entonces le dijo el panadero: «¡La bienvenida sobre ti, ¡oh Juder! ¿Necesitas pan?» Pero Juder guardó silencio. El panadero le dijo: «¡Aunque no traigas dinero encima, llévate lo que necesites, y ya me lo pagarás!» Y Juder le dijo entonces: «¡Dame pan por valor de diez monedas de cobre, y quédate con mi red en prenda!» Pero contestó el panadero: «No, ¡oh pobre! tu red es la puerta de tu ganancia, y si me quedara yo con ella, te cerraría la puerta de la subsistencia. ¡He aquí, pues, los panes que sueles comprar! Y he aquí para ti de parte mía diez monedas de cobre, por si acaso las necesitas. ¡Y mañana ¡ya Juder! me traerás pescado por valor de veinte monedas de cobre!» Y contestó Juder: «¡Por encima de mi cabeza y de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mis ojos!» Y después de dar al panadero muchas gracias, cogió el pan y las diez monedas de cobre, con las cuales fué á comprar carne y verduras, diciéndose: «¡Mañana el Señor me procurará los medios de desquitarme, y disipará mis preocupaciones!» Y volvió á su casa, y su madre hizo la cena como de ordinario. Y Juder cenó y se fué á dormir.

Al día siguiente cogió su red y se preparó para salir; pero le dijo su madre: «¡Que te vas sin comer el pan que tomas por la mañana!» Él contestó: «Cómetelo tú con mis hermanos, ¡oh madre!» Y se fué al río, donde echó su red por primera, segunda y tercera vez, cambiando de sitio varias veces, y llegó la hora de la plegaria de la siesta sin que pescase nada. Entonces recogió su red y regresó desolado en extremo; y como no había otro camino para dirigirse á su casa, se vió obligado á pasar por delante de la panadería, y al verle el panadero le contó diez nuevos panes y diez monedas de cobre, y le dijo: «¡Toma eso y vete! ¡Y mañana llegará lo que la suerte ha decidido que no llegue hoy!» Y Juder quiso excusarse; pero el panadero le dijo: «¡No tienes para qué disculparte conmigo, ¡oh pobre! ¡Si hubieras pescado algo, ya me habrías pagado! ¡Y si no pescas nada mañana, ven sin vergüenza aquí, porque tienes crédito á plazo ilimitado!»

Tampoco al día siguiente pescó Juder nada en absoluto, y una vez más se vió obligado á presentarse en casa del panadero; y tuvo la misma mala

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

suerte durante siete días seguidos, al cabo de los cuales se le puso muy angustiado el corazón, y dijo para sí: «Hoy voy á ir á pescar al lago Karún. ¡Acaso encuentre mi destino allí!»

Fué, pues, al lago Karún, situado no lejos del Cairo, y se disponía á echar su red, cuando vió ir hacia él á un moghrabín montado en una mula. Iba vestido con un traje extraordinariamente hermoso, y tan envuelto estaba en su albornoz y en su pañuelo de la cabeza, que no se le veía mas que un ojo. También la mula estaba cubierta y enjaezada con tisú de oro y sedas, y á la grupa llevaba unas alforjas de lana de color.

Cuando el moghrabín estuvo junto á Juder, se apeó de su mula, y dijo: «¡La zalema contigo, ¡oh Juder! ¡oh hijo de Omar!» Y contestó Juder: «¡Y contigo la zalema, ¡oh mi señor peregrino!» El moghrabín dijo: «¡Oh Juder, te necesito! ¡Si quieres obedecerme, alcanzarás grandes ventajas y una ganancia inmensa, y serás mi amigo, y arreglarás todos mis asuntos!» Juder contestó: «¡Oh mi señor peregrino! dime ya lo que estás pensando, y te obedeceré en seguida!» Entonces le dijo el moghrabín: «¡Empieza, pues, por recitar el capítulo liminar del Korán!» Y Juder recitó con él la fatiha del Korán. Entonces el moghrabín sacó de sus alforjas unos cordones de seda, y le dijo: «¡Oh Juder, hijo de Omar! Vas á atarme los brazos con estos cordones de seda lo más sólidamente que puedas. Después de lo cual me arrojarás al lago y esperarás algún

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tiempo. Si ves aparecer por encima del agua una mano mía antes que mi cuerpo, echa en seguida tu red y sácame con ella á la orilla; pero si ves aparecer un pie mío fuera del agua, sabe que habré muerto. No te inquietes por mí ya entonces, coge la mula con las alforjas y ve al zoco de los mercaderes, donde encontrarás á un judío llamado Schamayaa. ¡Le entregarás la mula, y te dará él cien dinares, con los cuales te irás por tu camino! ¡Pero has de guardar el secreto de todo esto...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 468.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Pero has de guardar el secreto de todo esto!» Entonces contestó Juder: «¡Escucho y obedezco!» Y ató los brazos al moghrabín, que le decía: «¡Más fuerte todavía!» Y cuando acabó la cosa, lo levantó y lo tiró al lago. Luego esperó algunos instantes para ver qué pasaba.

Pero al cabo de cierto tiempo vió de pronto surgir del agua los dos pies del moghrabín.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Entonces comprendió que había muerto el hombre, y sin inquietarse más por él, cogió la mula y fué al zoco de los mercaderes, donde, efectivamente, vió sentado en una silla, á la puerta de su tienda, al consabido judío, que exclamó al ver la mula: «¡No hay duda! ¡Ha perecido el hombre!» Luego prosiguió: «¡Ha sido víctima de su codicia!» Y sin añadir una palabra, tomó de manos de Juder la mula, y le contó cien dinares de oro, recomendándole que guardara el secreto.

Juder cogió, pues, el dinero del judío y se apresuró á ir en busca del panadero, al cual tomó el pan de costumbre, y dándole un dinar, le dijo: «¡Esto es para pagarte lo que te debo, ¡oh mi amo!» Y el panadero echó la cuenta, y le dijo: «¡Todavía, con lo que sobra, tienes pagado en mi casa el pan de dos días!» Y Juder le dejó y fué en busca del carnicero y del verdulero, y dándoles un dinar á cada uno, les dijo: «¡Dadme lo que necesito y quedaos con el resto del dinero á cuenta de lo que compre más adelante!» Y compró carne y verduras y lo llevó todo á su casa, donde encontró á sus hermanos con mucha hambre y á su madre que les decía que tuviesen paciencia hasta la vuelta del hermano. Entonces dejó ante ellos las provisiones, sobre las cuales se precipitaron como ghuls, y empezaron por devorar todo el pan mientras se hacía la comida.

Al día siguiente, antes de marcharse, Juder entregó á su madre todo el oro que tenía, diciéndole:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Guárdalo para ti y para mis hermanos, á fin de que nunca carezcan de nada!» Y cogió su red de pesca, y volvió al lago Karún; y ya iba á comenzar su trabajo, cuando vió avanzar hacia él á un segundo moghrabín que se parecía al primero é iba vestido con más riqueza y montado en una mula más suntuosamente enjaezada. Echó pie á tierra el otro, y dijo: «¡La zalema contigo, ¡oh Juder, hijo de Omar!» El pescador contestó: «¡Y contigo la zalema, ¡oh mi señor peregrino!» El otro dijo: «¿Viste ayer á un moghrabín montado en una mula como ésta?» Pero Juder, que tenía miedo á que le acusaran por la muerte del hombre, se dijo que valdría más negar absolutamente, y contestó: «¡No, no vi á nadie!» El segundo moghrabín sonrió y dijo: «Oh pobre Juder! ¿acaso no sabes que no ignoro nada de lo que ha pasado? ¡El hombre á quien tiraste al lago y cuya mula vendiste al judío Schamayaa por cien dinares es mi hermano! ¿Por qué intentas negar?» El pescador contestó: «Si sabías todo eso, ¿para qué me lo preguntas?» El otro dijo: «Porque necesito ¡oh Juder! que me hagas el mismo servicio que á mi hermano.» Y sacó de sus alforjas preciosas unos cordones gordos de seda, que entregó á Juder, diciéndole: «¡Átame todo lo sólidamente que puedas y arrójame al agua! ¡Si ves salir mi pie antes que nada, es que habré muerto! ¡Entonces cogerás la mula y se la venderás al judío por cien dinares!» Juder contestó: «¡Acércate, entonces!» Y se acercó el moghrabín,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

y Juder le ató los brazos, y levantándolo en alto, lo tiró al fondo del lago.

Y he aquí que al cabo de algunos instantes vió salir del agua dos pies. Y comprendió que había muerto el moghrabín; y se dijo: «¡Ha muerto! ¡Que no vuelva y quédese con su calamidad! ¡Inschalah! ¿vendrá á mí cada día un moghrabín para que le tire al agua, haciéndome ganar cien dinares?» Y cogió la mula y se fué en busca del judío, que exclamó al verle: «¡Ha muerto el segundo!» Juder contestó: «¡Ojalá viva tu cabeza!» Y añadió el judío: «¡Esa es la recompensa de los ambiciosos!» Y se quedó con la mula y dió cien dinares á Juder, que volvió á su casa y se los entregó á su madre. Y ella le preguntó: «¿Pero de dónde sacas tanto dinero, ¡oh hijo mío!?» Entonces le contestó él lo que le había pasado; y su madre le dijo muy asustada: «¡No debes volver al lago Karún! ¡Tengo miedo á que los moghrabines te acarreen alguna desgracia!» Él contestó: «¡Pero si los tiro al agua con su consentimiento, ¡oh madre! Además, ¿por qué no hacerlo, si el oficio de ahogador me reporta cien dinares diarios? ¡Por Alah! ¡que ahora quiero ir todos los días al lago Karún, hasta que con mis manos ahogue al último de los moghrabines y no quede la menor señal de moghrabines!»

Al tercer día, pues, volvió Juder al lago Karún, y en el mismo instante vió llegar á un tercer moghrabín, que se parecía asombrosamente á los dos primeros, pero les superaba aún en la riqueza de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sus vestidos y en la hermosura de los jaeces con que estaba adornada la mula en que montaba; y detrás de él, en cada lado de las alforjas, había un bote de cristal con su tapadera. Se acercó aquel hombre á Juder, y le dijo: «¡La zalema contigo, ¡oh Juder, hijo de Omar!» El pescador le devolvió la zalema, pensando: «¿Cómo me conocerán y sabrán mi nombre todos?» El moghrabín le preguntó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 469.ª NOCHE

Ella dijo:

...El moghrabín le preguntó: «¿Has visto pasar moghrabines por aquí?» El pescador contestó: «¡Dos!» El otro preguntó: «¿Por dónde han ido?» El pescador dijo: «¡Les até los brazos y les tiré á este lago, en donde se ahogaron! ¡Y si te conviene seguir su suerte, puedo hacer contigo lo mismo!» Al oir estas palabras, el moghrabín se echó á reir, y contestó: «¡Oh pobre! ¿no sabes que toda vida tiene fijado de antemano su término?» Y se apeó de su mula, y añadió tranquilamente: «¡Oh Juder, deseo que hagas conmigo igual que hiciste con

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ellos!» Y sacó de sus alforjas unos cordones gordos de seda y se los entregó; y le dijo Juder: «¡Entonces, deja que te coja las manos para atártelas á la espalda; y date prisa, porque estoy muy atareado y el tiempo apremia! ¡Por lo demás, estoy muy al corriente del oficio, y puedes tener confianza en mi habilidad de ahogador!» Entonces el moghrabín le presentó los brazos. Juder se los ató á la espalda; luego lo levantó en alto y lo arrojó al lago, en donde le vió hundirse y desaparecer. Y antes de marcharse con la mula, esperó á que saliesen del agua los pies del moghrabín; pero con gran sorpresa por su parte, vió que surgían del agua las dos manos precediendo á la cabeza y al moghrabín entero, que le gritó: «¡No sé nadar! ¡Cógeme en seguida con tu red, oh pobre!» Y Juder le echó la red y consiguió sacarle á la orilla. A la sazón vió en las manos de aquel hombre, sin que lo hubiese notado antes, dos peces de color rojo como el coral, un pez en cada mano. Y el moghrabín se apresuró á coger de su mula los dos botes de cristal, metió un pez en cada bote, los tapó, y colocó de nuevo los botes en las alforjas. Tras de lo cual volvió hacia Juder, y cogiéndole en brazos, se puso á besarle con mucha efusión en la mejilla derecha y en la mejilla izquierda; y le dijo: «¡Por Alah! ¡sin ti no estaría vivo yo ahora y no hubiera podido atrapar esos dos peces!»

¡Eso fué todo!

Y he aquí que Juder, que estaba inmóvil de sor-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

presa, acabó por decirle: «¡Por Alah, oh mi señor peregrino! ¡si verdaderamente crees que intervine algo en tu liberación y en la captura de esos peces, cuéntame pronto, como única prueba de gratitud, lo que sepas con respecto á los dos moghrabines ahogados, y la verdad acerca de los dos peces consabidos y acerca del judío Schamayaa el del zoco!» Entonces dijo el moghrabín:

«¡Oh Juder! sabe que los dos moghrabines que se ahogaron eran hermanos míos. Uno se llamaba Abd Al-Salam y el otro se llamaba Abd Al-Ahad. En cuanto á mí, me llamo Abd Al-Samad. Y el que tú crees judío no tiene nada de judío, pues es un verdadero musulmán del rito malekita; su nombre es Abd Al-Rahim, y también es hermano nuestro. Y he aquí, ¡ya Juder! que nuestro padre, que se llamaba Abd Al-Wadud, era un gran mago que poseía á fondo todas las ciencias misteriosas, y nos enseñó á sus cuatro hijos la magia, la hechicería y el arte de descubrir y abrir los tesoros más ocultos. Así es que hubimos de dedicarnos incesantemente al estudio de esas ciencias, en las que logramos alcanzar tal grado de sabiduría, que acabamos por someter á nuestras órdenes á los genn, á los mareds y á los efrits.

»Cuando murió nuestro padre, nos dejó muchos bienes y riquezas inmensas. Entonces nos repartimos equitativamente los tesoros que nos dejó, los talismanes y los libros de ciencia; pero no nos pusimos de acuerdo sobre la posesión de ciertos ma-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

nuscritos. El más importante de aquellos manuscritos era un libro titulado *Anales de los Antiguos*, verdaderamente inestimable de precio y de valor, que ni siquiera podría pagarse con su peso en pedrerías. Porque en él se encontraban indicaciones precisas acerca de todos los tesoros ocultos en el seno de la tierra y acerca de la solución de los enigmas y los signos misteriosos. Y en aquel manuscrito precisamente había agotado nuestro padre toda la ciencia que poseía.

»Cuando comenzaba á acentuarse entre nosotros la discordia, vimos entrar en nuestra casa á un venerable jeique, el mismo que había educado á nuestro padre y le había enseñado la magia y la adivinación. Y aquel jeique, que se llamaba El Profundísimo Cohén, nos dijo: «¡Traedme ese libro!» Y le llevamos los *Anales de los Antiguos*, que cogió él, y nos dijo: «¡Oh hijos míos, sois hijos de mi hijo, y no puedo favorecer á uno de vosotros en detrimento de los demás! ¡Es necesario, pues, que aquel de vosotros que desee poseer este libro vaya á abrir el tesoro llamado Al-Schamardal, y me traiga la esfera celeste, la redomita de kohl, el alfanje y el anillo, que todos estos objetos contiene el tesoro! ¡Y son extraordinarias sus virtudes! En efecto, el sello está guardado por un genni, cuyo solo nombre da miedo pronunciarlo: se llama el Efrit Trueno-Penetrante. Y el hombre que se haga dueño de este anillo puede afrontar sin temor el poderío de reyes y sultanes; y cuando quiera podrá ser el do-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

minador de la tierra en todo lo que tiene de ancha y larga. Quien posea el alfanje, podrá destruir á su albedrío ejércitos sin más que blandirlo, pues al punto saldrán de él llamas y relámpagos, que reducirán á la nada á todos los guerreros. Quien posea la esfera celeste, podrá viajar á su antojo por todos los puntos del universo sin molestarse ni cambiar de sitio, y visitar todas las comarcas de Oriente á Occidente. Para ello le bastará tocar con el dedo el punto adonde quiere ir y las regiones que desea recorrer, y la esfera empezará á dar vueltas, haciendo desfilar ante sus ojos todas las cosas interesantes del país en cuestión, así como sus pobladores, todo cual si lo tuviese entre las manos. Y si á veces está quejoso de la hospitalidad de los indígenas de cualquier país ó del recibimiento que le dispensó una ciudad entre las ciudades, le bastará dirigir el sol hacia el punto en que se encuentra la región enemiga, é inmediatamente será la tal presa de las llamas y arderá con todos sus habitantes. En cuanto á la redomita de kohl, quien se frota los párpados con el kohl que contiene, ve al instante todos los tesoros ocultos en la tierra. ¡Ya lo sabéis! Así, pues, el libro no le pertenecerá de derecho mas que á quien realice la empresa; y quienes fracasen no podrán hacer reclamación alguna. ¿Aceptáis estas condiciones?» Contestamos: «Las aceptamos, ¡oh jeique de nuestro padre! ¡Pero no sabemos nada relativo á ese tesoro de Schamardal!» Entonces nos dijo: «Sabed, hijos

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

míos, que el tal tesoro de Schamardal se encuentra...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 470.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Sabed, hijos míos, que el tal tesoro de Schamardal se encuentra bajo la dominación de los dos hijos del rey Rojo. En otro tiempo vuestro padre trató de apoderarse de ese tesoro; pero para abrirlo era necesario apoderarse antes de los hijos del rey Rojo. Y he aquí que en el momento en que vuestro padre iba á ponerles la mano encima, se escaparon y fueron á arrojarse, transformados en peces rojos, al fondo del lago Karún, en las proximidades del Cairo. Y como aquel lago estaba también encantado, por mucho que hizo vuestro padre no pudo atrapar á los dos peces. Entonces fué á buscarme y se me quejó de la ineficacia de sus tentativas. Y en seguida hice yo mis cálculos astrológicos y saqué el horóscopo; y descubrí que aquel tesoro de Schamardal no podía abrirse mas que con ayuda y en presencia de un joven del

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Cairo, llamado Juder ben-Omar, pescador de oficio. Se encontrará el tal Juder á orillas del lago Karún. Y el encanto de ese lago no puede romperse mas que por el propio Juder, que deberá atar los brazos á aquel cuyo destino sea bajar al lago; y le tirará al agua. Y el que se arroje allí tendrá que luchar contra los dos hijos encantados del rey Rojo; y si tiene la suerte de vencerlos y apoderarse de ellos, no se ahogará y sobrenadará por encima del agua su mano antes que nada. ¡Y le recogerá Juder con su red! ¡Pero el que perezca, sacará del agua antes que nada los pies, y deberá ser abandonado!»

»Al oir estas palabras del jeique Profundísimo Cohén, contestamos: «¡Ciertamente, intentaremos la empresa, aun á riesgo de perecer!» Sólo nuestro hermano Abd Al-Rahim no quiso intentar la aventura, y nos dijo: «¡Yo no quiero!» Entonces le decidimos á que se disfrazara de mercader judío; y juntos convinimos en enviarle la mula y las alforjas para que se las comprase al pescador, dado de que pereciéramos en nuestra tentativa.

»Por lo demás, ya sabes ¡oh Juder! lo ocurrido. ¡Mis dos hermanos perecieron en el lago, víctimas de los hijos del rey Rojo! Y también yo creí sucumbir á mi vez luchando contra ellos cuando me tiraste al lago, pero gracias á un conjuro mental, logré desembarazarme de mis ligaduras, romper el encanto invencible del lago y apoderarme de los dos hijos del rey Rojo, que son estos dos peces color de coral que me has visto encerrar en los botes de mis

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

alforjas. Y he aquí que esos dos peces encantados, hijos del rey Rojo, son nada menos que dos efrits poderosos; y merced á su captura, por fin voy á poder abrir el tesoro de Schamardal.

»¡Pero para abrir el tal tesoro, es absolutamente necesario que estés tú presente, porque el horóscopo sacado por El Profundísimo Cohén predecía que la cosa no podría hacerse mas que á tu vista!

»¿Quieres, pues, ¡oh Juder! consentir en ir conmigo al Maghreb, á un paraje situado cerca de Fas y Miknas, para ayudarme á abrir el tesoro de Schamardal? ¡Y te daré todo lo que pidas! ¡Y serás por siempre mi hermano en Alah! ¡Y después de ese viaje, regresarás entre tu familia con el corazón jubiloso!»

Cuando Juder hubo oído estas palabras, contestó: «¡Oh mi señor peregrino, tengo pendientes de mi cuello á mi madre y á mis hermanos! ¡Y soy yo el encargado de mantenerles! Así, pues, si consiento en marcharme contigo, ¿quién les dará el pan para alimentarse?» El moghrabín contestó: «¡Te abstienes sólo por pereza! ¡Si verdaderamente no te impide partir mas que la falta de dinero y el cuidado de tu madre, estoy dispuesto á darte en seguida mil dinares de oro para que subsista tu madre mientras tú vuelves, que será al cabo de una ausencia de cuatro meses apenas!» Al oir lo de los mil dinares, Juder exclamó: «Dame ¡oh peregrino! los mil dinares para que vaya á llevárselos á mi madre y parta luego contigo!» Y el moghrabín le entregó al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

punto los mil dinares, y el pescador fué á dárselos á su madre, diciéndole: «¡Toma estos mil dinares para tus gastos y los de mis hermanos, porque me marcho con un moghrabín á hacer un viaje de cuatro meses al Maghreb! Y haz votos por mí durante mi ausencia, ¡oh madre! y tu bendición me colmará de beneficios.» Ella contestó: «¡Oh hijo mío, cómo me va á hacer languidecer de tristeza tu ausencia! ¡Y qué miedo tengo por tí!» El joven dijo: «¡Oh madre mía! ¡nada hay que temer por quien está bajo la guarda de Alah! ¡Además, el moghrabín es un buen hombre!» Y le elogió mucho al moghrabín. Y su madre le dijo: «¡Incline Alah hacia tí el corazón de ese moghrabín de bien! ¡Vete con él, hijo mío! ¡Acaso sea generoso contigo!» Entonces Juder dijo adiós á su madre y se fué en busca del moghrabín.

Y al verle llegar, el moghrabín le preguntó: «¿Consultaste á tu madre?» Juder contestó: «¡Sí, por cierto, é hizo votos por mí y me bendijo!» Díjole el otro: «¡Sube detrás de mí á la grupa!» Y Juder montó á lomos de la mula detrás del moghrabín, y de aquel modo viajó desde mediodía hasta media tarde.

Y he aquí que el viaje despertó un gran apetito en Juder, que tenía mucha hambre...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 471.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y he aquí que el viaje despertó un gran apetito en Juder, que tenía mucha hambre. Pero como no veía provisiones en el saco de viaje, dijo al moghrabín: «¡Oh mi señor peregrino, me parece que se te olvidó coger víveres para comer durante el viaje!» El otro contestó: «¿Acaso tienes hambre?» Juder dijo: «¡Ya lo creo! ¡Ualah!» Entonces el moghrabín paró la mula, echó pie á tierra, seguido de Juder, y dijo á éste: «¡Dame el saco!» Y cuando le dió el saco Juder, le preguntó: «¿Qué anhela tu alma, ¡oh hermano mío!?» Juder contestó: «¡Cualquier cosa!» El moghrabín dijo: «¡Por Alah sobre ti, dime qué quieres comer!» Juder contestó: «¡Pan y queso!» El otro sonrió, y dijo: «¿Nada más que pan y queso, ¡oh pobre!? Verdaderamente, es poco digno de tu categoría! ¡Pídeme, pues, algo excelente!» Juder contestó: «¡En este momento todo lo encontraría excelente!» El moghrabín le preguntó: «¿Te gustan los pollos asados?» Juder dijo: «¡Ya Alah! ¡Sí!» El otro le preguntó: «¿Te gusta el arroz con miel?» Juder dijo: «¡Mucho!» El otro le preguntó: «¿Te gustan las berenjenas rellenas? ¿y las cabezas de pájaros con tomate? ¿y las cotufas con

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

perejil y las colocasias? ¿y las cabezas de carnero al horno? ¿y los buñuelos de harina de cebada rebozados? ¿y las hojas de vid rellenas? ¿y los pasteles? ¿y *esta* y *aquella* cosa y *la de más allá?*» Y enumeró así hasta veinticuatro platos distintos, en tanto que Juder pensaba: «¿Estará loco? Porque ¿de dónde va á sacar los platos que acaba de enumerarme, si no hay aquí cocina ni cocinero? ¡Voy á decirle que ya basta en verdad!» Y dijo al moghrabín: «¡Basta! ¿Hasta cuándo vas á estar haciéndome desear esos diferentes manjares sin mostrarme ninguno?» Pero contestó el moghrabín: «¡La bienvenida sobre ti, ¡oh Juder!» Y metió la mano en el saco, y extrajo de él un plato de oro con dos pollos asados y calientes; luego metió la mano por segunda vez, y sacó un plato de oro con chuletas de cordero, y uno tras otro, sacó exactamente los veinticuatro platos que habia enumerado.

Estupefacto quedó Juder al ver aquello. Y le dijo el moghrabín: «¡Come, pobre amigo mío!» Pero exclamó Juder: «¡Ualah! ¡oh mi señor peregrino! ¡sin duda has colocado en ese saco una cocina con sus utensilios y cocineros!» El moghrabín se echó á reir, y contestó: «¡Oh Juder, este saco está encantado! ¡Lo sirve un efrit que, si quisiéramos, nos traería al instante mil manjares sirios, mil manjares egipcios, mil manjares indios y mil manjares chinos!» Y exclamó Juder: «¡Oh qué hermoso saco, y qué prodigios contiene y qué opulencia!» Luego comieron ambos hasta saciarse, y tiraron lo que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

les sobró de la comida. Y el moghrabín guardó otra vez en el saco los platos de oro; luego metió la mano en el otro bolso de las alforjas, y sacó una jarra de oro llena de agua fresca y dulce. Y bebieron é hicieron sus abluciones y recitaron la plegaria de la tarde, metiendo después la jarra en el saco junto á uno de los botes, poniendo el saco á lomos de la mula y montando en la mula ellos para continuar su viaje.

Al cabo de cierto tiempo, el moghrabín preguntó á Juder: «¿Sabes ¡oh Juder! el camino que hemos recorrido desde el Cairo hasta aquí?» Juder contestó: «¡Por Alah, que no lo sé!» El otro dijo: «¡En dos horas hemos recorrido exactamente un trayecto que exige un mes de camino, por lo menos!» Juder preguntó: «¿Y cómo es eso?» El otro dijo: «Sabe ¡oh Juder! que esta mula que montamos es nada menos que una gennia entre los genn. En un día suele recorrer el trayecto de un año de camino; pero hoy va despacio, al paso, para que no te fatigues.» Y así prosiguieron su camino hacia el Maghreb; y todos los días, por la mañana y por la tarde, el saco atendía á todas sus necesidades; y Juder no tenía mas que desear un manjar, aunque fuera el más complicado y el más extraordinario, para encontrarle al punto en el fondo del saco, completamente guisado y servido en un plato de oro. Y de tal suerte, al cabo de cinco días llegaron al Maghreb y entraron en la ciudad de Fas y Miknas.

Y he aquí que todos los transeuntes que se en-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

contraban á lo largo de las calles conocían al moghrabín, y le deseaban la zalema ó iban á besarle la mano, hasta que llegaron á la puerta de una casa, donde se apeó el moghrabín para llamar. Y en seguida se abrió la puerta, y en el umbral apareció una joven absolutamente como la luna, y bella y esbelta cual una gacela sedienta, que les sonrió con una sonrisa de bienvenida. Y el moghrabín le dijo, paternal: «¡Oh Rahma, hija mía! ¡date prisa á abrirnos la sala principal del palacio!» Y contestó la joven Rahma: «¡Sobre la cabeza y sobre los ojos!» Y los precedió al interior del palacio, balanceando sus caderas. Y Juder perdió la razón; y dijo para sí: «¡No cabe duda! ¡esta joven es, indiscutiblemente, la hija de un rey!»

En cuanto al moghrabín, comenzó primero por coger del lomo de la mula el saco, y dijo: «¡Oh mula, vuélvete al sitio de donde viniste! ¡Y Alah te bendiga!» Y he aquí que de pronto se abrió la tierra y recibió en su seno á la mula, para cerrarse sobre ella inmediatamente. Y exclamó Juder: «¡Oh Protector! ¡Loores á Alah, que nos libró de tal cosa y veló por nosotros mientras estuvimos á lomos de esa mula!» Pero el moghrabín le dijo: «¿Por qué te asombras, ¡oh Juder!? ¿No te previne de que era una gennia entre los genn? ¡Pero démonos prisa á entrar en el palacio y á subir á la sala principal!» Y siguieron á la joven.

Cuando Juder hubo penetrado en el palacio, quedó deslumbrado...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 472.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando Juder hubo penetrado en el palacio, quedó deslumbrado por el resplandor y la multitud de riquezas que encerraba y por la hermosura de las arañas de plata y las lámparas de oro, así como por la profusión de pedrerías y metales. Y una vez sentados en la alfombra, el moghrabín dijo á su hija: «¡Ya Rahma, ve en seguida á traernos el paquete de seda que sabes!» Y al punto echó á correr la joven, volviendo con el paquete consabido, y se lo dió á su padre, que lo abrió y sacó de él un traje que valía mil dinares por lo menos, y dándoselo á Juder, le dijo: «¡Póntelo, ¡oh Juder! y bien venido seas como huésped aquí!» Y Juder se vistió con aquella ropa, y se quedó tan espléndido, que parecía un rey entre los reyes de los árabes occidentales.

Tras de lo cual, el moghrabín, que tenía ante sí el saco, metió la mano en él y sacó multitud de platos, que colocó en el mantel puesto por la joven, y no se detuvo en su tarea mientras no hubo alineado de aquel modo cuarenta platos de color dife-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

rente y con manjares diferentes. Luego dijo á Juder: «Extiende la mano y come, ¡oh mi señor! y dispénsanos por lo poco que te servimos; porque verdaderamente aún no sabemos tus gustos y preferencias sobre manjares. ¡No tienes mas que decir lo que quieres mejor y lo que anhela tu alma, y te lo presentaremos sin tardanza!» Juder contestó: «¡Por Alah, ¡oh mi señor peregrino! que me gustan todos los manjares, sin excepción, y ninguno me repugna! ¡No me interrogues, pues, acerca de mis preferencias y ponme todo lo que te parezca! ¡Porque lo único que sé es comer, y eso es lo que más me gusta en el mundo! ¡Ya sabes que tengo buen diente!» Y comió mucho aquella noche, y también los demás días, sin que nunca viese salir humo de la cocina. Porque no tenía el moghrabín mas que meter su mano en el saco pensando en un manjar, y al punto lo sacaba en un plato de oro. Y lo mismo ocurría con las frutas y las cosas de repostería. Y de tal suerte vivió Juder en el palacio del moghrabín durante veinte días, cambiando de traje todas las mañanas; y cada traje era más maravilloso que el anterior.

Por la mañana del vigésimoprimer día, fué á buscarle el moghrabín, y le dijo: «¡Levántate, oh Juder! ¡Hoy es el día fijado para la apertura del tesoro de Schamardal!» Y Juder se levantó y salió con el moghrabín. Y cuando llegaron extramuros de la ciudad, aparecieron de pronto dos mulas, en las que se montaron ellos, y dos esclavos negros

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

que echaron á andar detrás de las mulas. Y caminaron de aquel modo hasta mediodía, en que llegaron á orillas de un río; y el moghrabín echó pie á tierra, y dijo á Juder: «¡Apéate!» Y cuando se hubo apeado Juder, el otro hizo una seña con la mano á los dos negros, diciéndoles: «¡Vamos!» Los dos negros se llevaron en seguida á las mulas, que desaparecieron, volviendo luego los esclavos cargados con una tienda de campaña y una alfombra y cojines, y levantaron la tienda y la alfombraron y pusieron dentro alrededor los cojines y las almohadas. Tras de lo cual aportaron el saco y los dos botes en que estaban encerrados los dos peces color de coral. Después extendieron el mantel y sirvieron una comida de veinticuatro platos que sacaron del saco. Tras de lo cual desaparecieron.

Entonces levantóse el moghrabín, colocó ante él encima de un taburete los dos botes, y se puso á murmurar sobre ellos fórmulas mágicas y conjuros, hasta que empezaron á gritar ambos peces desde dentro: «¡Henos aquí! ¡oh soberano mago, ten misericordia de nosotros!» Y continuaron suplicándole en tanto que formulaba él los conjuros. Y de pronto estallaron á la vez y volaron en pedazos ambos botes, mientras aparecían frente al moghrabín dos personajes que decían, con los brazos cruzados humildemente: «¡La salvaguardia y el perdón, oh poderoso adivino! ¿Qué intención abrigas para con nosotros?» El moghrabín contestó: «¡Mi intención es estrangularos y quemaros, á

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

menos que me prometáis abrir el tesoro de Schamardal!» Los otros dijeron: «¡Te lo prometemos y abriremos para ti el tesoro! Pero es absolutamente preciso que hagas venir aquí á Juder, el pescador del Cairo. ¡Porque está escrito en el libro del Destino que el tesoro no puede abrirse mas que en presencia de Juder! ¡Y nadie puede entrar en el lugar en que se encuentra el tal tesoro, no siendo Juder hijo de Omar!» El moghrabín contestó: «¡Ya he traído al individuo de quien habláis! ¡Aquí mismo está presente! ¡Este es! ¡Os está viendo y oyendo!» Y los dos personajes miraron á Juder con atención, y dijeron: «¡Ya están salvados todos los obstáculos y puedes contar con nosotros! ¡Te lo juramos por el Nombre!» Así es que el moghrabín les permitió marcharse adonde tenían que ir. Y desaparecieron en el agua del río.

Entonces el moghrabín cogió una gruesa caña hueca, encima de la cual colocó dos láminas de cornalina roja, y encima de estas dos láminas puso un braserillo de oro lleno de carbón, soplándolo una sola vez. Y al punto encendióse el carbón y hubo de tornarse brasa ardiente. A la sazón el moghrabín esparció incienso sobre las brasas, y dijo: «¡Oh Juder, ya se eleva el humo del incienso, y en seguida voy á recitar los conjuros mágicos de la apertura! ¡Pero como una vez comenzados los conjuros no podré interrumpirlos sin riesgo de anular los poderes talismánicos, voy antes á instruirte acerca de lo que tienes que hacer para lo-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

grar el fin que nos hemos propuesto al venir al Maghreb!» Y contestó Juder: «¡Instrúyeme, oh mi señor soberano!» Y el moghrabín dijo: «Sabe, ¡oh Juder...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 473.ª NOCHE

Ella dijo:

»...Sabe ¡oh Juder! que en cuanto yo me ponga á recitar las fórmulas mágicas sobre el incienso humeante, el agua del río empezará á disminuir poco á poco y el río acabará por secarse completamente y dejar su lecho al descubierto. Entonces verás que en la pendiente del cauce seco se te aparece una gran puerta de oro, tan alta como la puerta de la ciudad, con dos aldabas del mismo metal. Dirígete á esa puerta y golpéala muy ligeramente con una de las aldabas que tiene en cada hoja, y espera un instante. Llama luego con un segundo aldabonazo más fuerte que el primero, ¡y espera todavía! Después llamarás con un tercer aldabonazo más fuerte que los otros dos, y no te muevas ya. Y cuando hayas llamado así con tres aldabonazos consecutivos, oirás gritar á alguien desde dentro:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¿Quién llama á la puerta de los Tesoros sin saber romper los encantos?» Tú contestarás: «¡Soy Juder el pescador, hijo de Omar, del Cairo!» Y se abrirá la puerta y en el umbral se te aparecerá un personaje que ha de decirte, alfanje en mano: «¡Si eres verdaderamente ese hombre, presenta el cuello para que te corte la cabeza!» Y le presentarás tu cuello sin temor; y alzará sobre ti el alfanje, cayendo á tus pies inmediatamente, ¡y no verás ya mas que un cuerpo sin alma! Y no te habrá hecho daño alguno. Pero si por miedo te niegas á obedecerle, te matará en aquella hora y en aquel instante.

»Cuando hayas roto de tal modo ese primer encanto, penetrarás dentro y verás una segunda puerta, á la que llamarás con un aldabonazo solo, pero muy fuerte. Entonces se te aparecerá un jinete con una lanza grande al hombro, y te dirá, amenazándote con su lanza enristrada de repente: «¿Qué motivo te trae á estos lugares que no frecuentan ni pisan nunca las hordas humanas ni las tribus de los genn?» Y por toda respuesta, le presentarás resueltamente tu pecho descubierto para que te hiera; y te dará con su lanza. Pero no sentirás daño alguno, y caerá él á tus pies, ¡y no verás mas que un cuerpo sin alma! ¡Pero te matará si retrocedes!

»Llegarás entonces á una tercera puerta, por la que saldrá á tu encuentro un arquero que te amenazará con su arco armado de flecha; pero preséntale resueltamente tu pecho como blanco, ¡y caerá

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

á tus pies convertido en un cuerpo sin alma! ¡No obstante, te matará como vaciles!

»Penetrarás más adentro y llegarás á una cuarta puerta, desde la cual se abalanzará sobre ti un león de cara espantosa, que abrirá las anchas fauces para devorarte. No has de tenerle ningún miedo ni huir de él, sino que le tenderás tu mano, y en cuanto le des con ella en la boca, caerá á tus pies sin hacerte daño.

»Dirígete entonces á la quinta puerta, de la que verás salir á un negro de betún que te preguntará: «¿Quién eres?» Tú dirás: «¡Soy Juder!» Y te contestará él: «¡Si eres verdaderamente ese hombre, intenta abrir la sexta puerta!»

»Al punto irás derecho á abrir la sexta puerta, y exclamarás: «¡Oh Jesús, ordena á Moisés que abra la puerta!» Y la puerta se abrirá ante ti y verás aparecer dos dragones enormes, uno á la derecha y otro á la izquierda, los cuales saltarán sobre ti con las fauces abiertas. ¡No tengas miedo! Tiéndele á cada uno una de tus manos, en las que te querrán morder; pero en vano, porqne ya habrán caído impotentes á tus pies. Y sobre todo no aparentes temerlos, pues tu muerte sería segura.

»Llegarás á la séptima puerta, por último, y llamarás en ella. ¡Y la persona que ha de abrirte y aparecérsete en el umbral, será tu madre! Y te dirá: «¡Bien venido seas, hijo mío! ¡Acércate á mí para que te desee la paz!» Pero le contestarás: «¡Sigue donde estabas! ¡Y desnúdate!» Ella te dirá:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Oh hijo mío, soy tu madre! ¡Y me debes alguna gratitud y algún respeto, en gracia á que te amamanté y á la educación que te di! ¿Cómo quieres obligarme á que me ponga desnuda?» Tú le contestarás, gritando: «¡Si no te quitas la ropa, te mato!» Y cogerás un alfanje que hallarás colgado en la pared, á la derecha, y le dirás: «¡Empieza pronto!» Y procurará conmoverte y hará por engañarte, para que te apiades de ella. Pero guárdate de dejarte persuadir por sus ruegos, y cada vez que se quite una prenda de vestir, has de gritarle: «¡Quítate lo demás!» Y continuarás amenazándola con la muerte hasta que esté completamente desnuda. ¡Pero entonces verás que se desvanece y desaparece!

»Y de esta manera ¡oh Juder! habrás roto todos los encantos y disuelto todos los hechizos, á la vez que ponías en salvo tu vida. Y te restará sólo recoger el fruto de tus trabajos.

»A tal fin, no tendrás mas que franquear esa séptima puerta, y dentro encontrarás montones de oro. Pero no les prestes la menor atención, y dirígete á un pabellón pequeño que hay en medio de la estancia del tesoro, y sobre el cual se extiende una cortina corrida. ¡Levanta entonces la cortina, y verás, acostado en un trono de oro, al gran mago Schamardal, el mismo á quien pertenece el tesoro! Y junto á su cabeza verás brillar una cosa redonda como la luna: es la esfera celeste. ¡Le verás con el alfanje consabido á la cintura, con el anillo en un

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

dedo y con la redomita de kohl sujeta al cuello por una cadena de oro! ¡No vaciles entonces! ¡Apodérate de esos cuatro objetos preciosos, y date prisa á salir del tesoro para venir á entregármelos!

»Pero ten mucho cuidado ¡oh Juder! con no olvidar nada de lo que acabo de enseñarte, ó con no obrar conforme á mis recomendaciones. ¡En ese caso, te arrepentirías de ello más tarde, y habría que temer mucho por ti!»

Y cuando hubo hablado así, el moghrabín reiteró á Juder sus recomendaciones una, dos, tres y cuatro veces para que se las aprendiera bien, y siguió repitiéndoselas, hasta que el propio Juder le dijo: «¡Ya lo sé perfectamente! ¿Pero qué ser humano...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 474.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Ya lo sé perfectamente! ¿Pero qué ser humano podrá afrontar esos formidables talismanes de que hablas y soportar tan terribles peligros?» El moghrabín contestó: «¡Oh Juder, no les tengas ningún temor! ¡Los diversos personajes á quienes

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

verás en las puertas no son mas que vanos fantasmas sin alma! ¡Puedes, pues, entrar verdaderamente tranquilo!» Y pronunció Juder: «¡Pongo mi confianza en Alah!»

Al punto comenzó el moghrabín con sus fumigaciones mágicas. Y echó de nuevo incienso en la lumbre del brasero, y se puso á recitar las fórmulas conjuratorias. Y he aquí que el agua del río disminuyó poco á poco y desapareció, y el lecho del río quedó seco y ostentando la enorme puerta del tesoro.

Al ver aquello, Juder, sin dudar ya, avanzó por el cauce del río y se encaminó á la puerta de oro, llamando á ella ligeramente una, dos y tres veces. Y desde dentro se hizo oir una voz que decía: «¿Quién llama á la puerta de los Tesoros sin saber romper los encantos?» Él contestó: «¡Soy Juder ben-Omar!» Y al instante se abrió la puerta, y en el umbral apareció un personaje que hubo de gritarle, alfanje en mano: «¡Presenta el cuello!» Y Juder le presentó su cuello; y el otro iba á darle con su alfanje, pero cayó en el mismo momento. Y sucedió lo propio con las otras puertas, hasta la séptima, exactamente como se lo había predicho y recomendado el moghrabín. Y á cada vez rompía Juder con gran valor todos los encantos, hasta que se le apareció su madre saliendo de la séptima puerta. Le miró y le dijo: «¡Contigo todas las zalemas, ¡oh hijo mío!» Pero Juder le gritó: «¿Y quién eres tú?» Ella contestó: «¡Soy tu madre, ¡oh hijo

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mío! ¡Soy la que te ha llevado nueve meses en su seno, la que te ha amamantado y te ha dado la educación que tienes, ¡oh hijo mío!» Él exclamó: «¡Quítate la ropa!» Ella replicó: «¿Cómo, siendo mi hijo, me pides que me ponga desnuda?» Él dijo: «¡Quítatelo todo, ó si no, te derribaré la cabeza con este alfanje!» Y echó mano al alfanje que pendía de la pared, y lo empuñó, gritando: «¡Como no te desnudes, te mato!» Entonces decidióse ella á quitarse parte de sus vestiduras; pero le dijo él: «¡Quítate lo demás!» Y se quitó ella algo más. Él le dijo: «¡Más todavía!» Y continuó apremiándola hasta que se quitó ella toda la ropa y no tuvo encima mas que el calzón, y hubo de decirle, avergonzada: «¡Ah hijo mío! ¡todo el tiempo que empleé en educarte lo perdí! ¡Qué decepción! ¡Tienes un corazón de piedra! ¡Y he aquí que quieres ponerme en una posición vergonzosa, obligándome á mostrar mi desnudez más íntima! ¡Oh hijo mío! ¿no te parece una cosa ilícita y un sacrilegio?» Él dijo: «¡Es verdad! ¡Quédate, pues, con el calzón!» Pero apenas hubo pronunciado Juder estas palabras, exclamó la vieja: «¡Ha consentido! ¡Pegadle!» Y al punto sintió él que le daban en los hombros golpes fuertes y tan numerosos como gotas de lluvia, los cuales le eran asestados por todos los guardianes invisibles del tesoro. ¡Y en verdad que aquello fué para Juder una paliza sin precedentes y que nunca en su vida olvidaría! ¡Luego, en un abrir y cerrar de ojos, los efrits invisibles le echaron á golpes fuera

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de las salas del tesoro y de la última puerta, la cual dejaron cerrada, como estaba antes!

Y he aquí que el moghrabín vió que le arrojaban de la puerta, y se apresuró á recogerle, pues ya las aguas surgían otra vez con gran estrépito, invadiendo el lecho del río y tornando á su curso interrumpido. Y le transportó á la orilla, desmayado, y se puso á recitar sobre él versículos del Korán hasta que recobró el sentido. Entonces le dijo: «¡Ay! ¿Qué hiciste, ¡oh pobre!?» Juder contestó: «¡Ya había salvado todos los obstáculos y roto todos los encantos! ¡Fué el calzón de mi madre lo que me hizo perder cuanto gané antes, y me atrajo esa paliza de la que aún tengo señales!» Y le contó todo lo que le había ocurrido en el sitio del tesoro.

Entonces le dijo el moghrabín: «¿No te recomendé que no me desobedecieras? ¡Ya lo ves! ¡Me has defraudado y te has defraudado á ti mismo por no querer obligarla á que se quitara el calzón! ¡Por este año todo ha terminado! ¡Y tendremos que esperar hasta el año próximo para repetir nuestra tentativa! ¡Desde ahora hasta entonces vivirás conmigo!» Y llamó á los dos negros, que aparecieron en seguida, y plegaron la tienda de campaña, y recogieron lo que estaba por recoger, y se ausentaron un momento para volver con las dos mulas, sobre las cuales montaron Juder y el moghrabín, regresando inmediatamente á la ciudad de Fas.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Juder vivió, pues, en casa del moghrabín un año entero, poniéndose cada día un traje nuevo de gran valor y comiendo bien y bebiendo bien de cuanto salía del sacó, conforme á sus anhelos y deseos.

Y he aquí que llegó el día de la nueva tentativa, á primeros del año siguiente, y el moghrabín fué en busca de Juder, y le dijo: «¡Levántate! ¡Y vamos adonde tenemos que ir!» Juder contestó: «¡Bueno!» Y salieron de la ciudad, y vieron á los dos negros, que les presentaron las dos mulas, y subieron al punto á ellas y las guiaron en dirección del río, á cuyas orillas no tardaron en llegar. Se levantó, y alfombró, y amuebló la tienda de campaña como la vez anterior. Y después de comer, el moghrabín cogió la caña hueca, las tabletas de cornalina roja, el braserillo con lumbre y el incienso; y antes de comenzar las fumigaciones mágicas, dijo á Juder: «¡Oh Juder, tengo que hacerte una recomendación!» Juder exclamó: «¡Oh mi señor peregrino, en verdad que no vale la pena! ¡Como no me olvidé de la paliza que recibí, tampoco me olvidé de tus excelentes recomendaciones del año pasado...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 475.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Como no me olvidé de la paliza que recibí, tampoco me olvidé de tus excelentes recomendaciones del año pasado!» El otro preguntó: «¿De verdad las recuerdas?» Juder contestó: «¡Ah, sí por cierto!» El otro dijo: «¡Pues bien, Juder, conserva tu alma! ¡Y sobre todo, no vayas á imaginarte otra vez que la vieja es tu madre, pues no es mas que un fantasma que toma la apariencia de tu madre para inducirte á error! ¡Y sabe que si la primera vez saliste de allá con tus huesos cabales, si te dejas engañar ahora, es seguro que los perderás en el tesoro!» Juder contestó: «¡Me dejé engañar una vez! ¡Pero si ahora volviera á engañarme, merecería que me quemaran!»

Entonces el moghrabín echó incienso en la lumbre y formuló sus conjuros. Y al punto se secó el río, y permitió á Juder adelantarse hacia la puerta de oro. Llamó á ella, y se abrió; y consiguió él romper los encantos diversos de las puertas hasta que llegó á presencia de su madre, que le dijo: «¡Bien venido seas, ¡oh hijo mío!» Él contestó: «¿Y desde cuándo y por qué soy tu hijo, ¡oh maldita!? ¡Quítate la ropa!» Entonces ella, tratando de enga-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ñarle, empezó á quitarse la ropa lentamente y prenda á prenda, hasta que no tuvo encima mas que el calzón. Y exclamó Juder: «¡Quítatelo, ¡oh maldita!» Y se quitó ella el calzón, desvaneciéndose en seguida cual fantasma sin alma.

Juder penetró entonces sin dificultad en la estancia del tesoro, y vió los montones de oro agrupados en apretadas filas; pero se dirigió al pabellón sin prestarles la menor atención, y cuando hubo levantado la cortina, vió al gran adivino Al-Schamardal acostado en el trono de oro, con el alfanje talismánico á la cintura, el anillo en un dedo, la redomita de kohl sujeta al cuello por una cadena de oro, y encima de su cabeza aparecía la esfera celeste, brillante y redonda como la luna.

Entonces se adelantó Juder sin vacilar y quitó del tahalí el alfanje, sacó el anillo talismánico, desató la redoma de kohl, cogió la esfera celeste y retrocedió para salir. Y al punto se hizo oir á su alrededor un concierto de instrumentos que hubo de acompañarle triunfalmente hasta la salida, en tanto que de todos los puntos del tesoro subterráneo se elevaban las voces de los guardianes, que le felicitaban gritando: «¡Que te haga buen provecho ¡oh Juder! lo que supiste ganar! ¡Enhorabuena! ¡Enhorabuena!» Y no dejó de tocar la música ni dejaron de felicitarle las voces hasta que estuvo fuera del tesoro subterráneo.

Y al verle llegar cargado con los talismanes, el moghrabín cesó en sus fumigaciones y conjuros, y

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

se levantó y empezó á besarle, oprimiéndole contra su pecho y haciéndole zalemas cordiales. Y cuando Juder le hubo entregado los cuatro talismanes, llamó á los dos negros, que llegaron desde el fondo del aire, cerraron la tienda de campaña y les presentaron las dos mulas, en las que se montaron Juder y el moghrabín para regresar á la ciudad de Fas.

Cuando estuvieron en el palacio, se sentaron ante el mantel puesto y servido con innumerables platos sacados del saco, y el moghrabín dijo á Juder: «¡Oh hermano mío! ¡oh Juder, come!» Y Juder comió y se hartó. Entonces metieron otra vez en el saco los platos vacíos, levantaron el mantel, y el moghrabín Abd Al-Samad dijo: «¡Oh Juder, abandonaste tu tierra y tu país por mi causa! ¡Y has sacado á flote mis asuntos! ¡Y he aquí que te soy deudor de los derechos que sobre mí adquiriste! ¡No tienes mas que estipular tú mismo esos derechos, porque Alah (¡exaltado sea!) se sentirá generoso para contigo por intercesión nuestra! ¡Pide, pues, lo que anheles, y no te avergüences de hacerlo, ya que lo has merecido!» Juder contestó: «¡Oh mi señor! ¡solamente anhelo de Alah y de ti que me des el saco!» Y al punto el moghrabín le puso el saco entre las manos, diciéndole: «¡Sin duda lo mereciste! ¡Y si hubieras deseado cualquier otra cosa, la hubieras tenido! Pero ¡oh pobre! este saco sólo te servirá para comer.» Juder contestó: «¿Y qué más podría yo anhelar?» El otro dijo: «Soportaste en mi

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

compañía bastantes fatigas y te prometí reconducirte á tu país con el corazón jubiloso y satisfecho. Y he aquí que este saco no puede suministrarte mas que la comida, pero no te enriquecerá. ¡Y yo quiero, además, enriquecerte! Toma, pues, el saco para extraer de él todos los manjares que anheles; pero voy á darte también un saco lleno de oro y de joyas de todas clases, para que cuando te halles de regreso en tu país, te hagas mercader en grande escala y puedas atender con exceso á todas tus necesidades y á las de tu familia, sin preocuparte nunca de economizar.» Luego añadió: «¡Con respecto al saco de la comida, voy á enseñarte cómo te has de servir de él para extraer los manjares que desees! No tienes mas que meter la mano, formulando: «¡Oh servidor de este saco, por la virtud de los Potentes Nombres Mágicos, que lo pueden todo sobre ti, te conjuro á que me traigas tal manjar!» ¡Y al instante encontrarás en el fondo del saco todos los manjares que hayas deseado, aunque cada día fueran mil de colores diferentes y de diferente sabor!»

Luego el moghrabín hizo aparecer á uno de los dos negros con una de las dos mulas, cogió unas alforjas grandes parecidas al saco de la comida, y llenó uno de los bolsos con oro en moneda y en lingotes, y el otro bolso con joyas y pedrerías; lo puso á lomos de la mula, lo tapó con el saco de la comida, que parecía completamente vacío, y dijo á Juder: «¡Monta en la mula! El negro irá delante de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ti y te enseñará el camino que has de seguir, y te conducirá de tal suerte hasta la misma puerta de tu casa del Cairo. ¡Y cuando llegues, coge los dos sacos y deja la mula al negro, que él me la traerá! ¡Y no pongas á nadie al corriente de nuestro secreto! ¡Y ahora, me despido de ti en Alah...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 476.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Y ahora, me despido de ti en Alah!» Juder contestó: «¡Alah aumente tu prosperidad y tus beneficios! ¡Muchas gracias!» Y subió á lomos de la mula, llevando consigo los dos sacos dobles, y se puso en camino precedido por el negro.

Y la mula siguió fielmente al negro conductor durante el transcurso del día y de la noche; y únicamente necesitó un día para efectuar el viaje del Maghreb al Cairo; porque al día siguiente por la mañana Juder se vió ante las murallas del Cairo, y entró en su ciudad natal por la Puerta de la Victoria. Y llegó á su casa. Y vió sentada en el umbral á su madre, que, con la mano tendida á

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

los transeuntes, pedía limosna, diciendo: «¡Dadme algo, ¡por Alah!»

Al ver aquello, abandonó la razón á Juder, que apeóse de la mula, y con los brazos abiertos se abalanzó á su madre, la cual hubo de echarse á llorar al verle. Y la arrastró á la casa, después de coger los dos sacos y confiar la mula al negro para que se la llevara al moghrabín; porque la mula era una gennia y el negro un genni.

Cuando Juder estuvo con su madre dentro de la casa, la hizo sentarse en la estera, y afectado muy penosamente de verla mendigar por la calle, le dijo: «¡Oh madre! ¿están bien mis hermanos?» Ella contestó: «¡Bien están!» Él preguntó: «¿Por qué mendigabas en la calle?» Ella contestó: «¡Oh hijo mío, porque tengo hambre!» Él dijo: «¿Cómo es eso? ¡Antes de partir te di cien dinares un día, cien dinares otro día y mil dinares el día de la marcha!» Ella dijo: «¡Oh hijo mío, tus hermanos imaginaron contra mí una estratagema y consiguieron cogerme todo ese dinero, echándome luego de la casa. ¡Y para no morirme de hambre me he visto obligada á mendigar por las calles!» Él dijo: «¡Oh madre mía, ya no tienes nada por qué sufrir estando yo de vuelta! ¡No te preocupes, pues, lo más mínimo! ¡He aquí un saco lleno de oro y de joyas! ¡Y la riqueza abunda hoy en la morada!» Ella contestó: «¡Oh hijo mío, verdaderamente naciste bendito y afortunado! ¡Concédate Alah sus buenas mercedes y aumente sobre ti sus beneficios!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Ve ahora, hijo mío, en busca de un poco de pan para ambos, porque ayer me acosté sin haber comido nada, y esta mañana estoy en ayunas todavía!» Y al oir hablar de pan, Juder sonrió, y dijo: «¡La bienvenida y la liberalidad sobre ti, ¡oh madre mía! ¡No tienes mas que pedir los manjares que anheles, y te los daré al instante, sin tener que ir á comprarlos al zoco ni guisarlos en la cocina!» Ella dijo: «¡Oh hijo mío! ¡el caso es que no veo que tengas nada de comer! ¡Y por todo equipaje no has traido mas que esos dos sacos, vacío uno de ellos!» Él dijo: «¡Tengo todos los manjares que quieras y de todos los colores!» Ella dijo: «¡Hijo mío, cualquiera vendrá bien, y calmará el hambre!» Él dijo: «¡Es verdad! ¡Cuando el hombre está necesitado, se contenta con la menor cosa! ¡Pero habiendo abundancia de todo, da gusto escoger y comer sólo las cosas más delicadas! ¡Y he aquí que tengo abundancia de todo, y puedes elegir!» Ella dijo: «¡Entonces, hijo mío, deseo un panecillo caliente y un pedazo de queso!» Él contestó: «¡Oh madre mía! ¡eso no es digno de tu categoría!» Ella dijo: «¡Más bien que yo sabrás tú lo que es mejor! ¡Haz, pues, lo que mejor te parezca!» Él dijo: «¡Oh madre mía! ¡me parece lo mejor y más digno de tu categoría un cordero asado, y también unos pollos asados y arroz sazonado con pimienta! ¡Asimismo, me parecen propios de tu categoría las tripas rellenas, las calabazas rellenas, los carneros rellenos, las chuletas rellenas, la kenafa hecha con al-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mendras, miel de abejas y azúcar, los pasteles rellenos de alfónsigos y perfumados con ámbar y los losanges de baklaúa!» Al oir estas palabras, la pobre mujer se creyó que su hijo se burlaba de ella ó que había perdido la razón, y exclamó: «¡Yuh! ¡Yuh! ¿Qué te ha sucedido, ¡oh hijo mío! ¡oh Juder!? ¿Sueñas, ó acaso te has vuelto loco?» Él dijo: «¿Y por qué?» Ella contestó: «¡Pues porque acabas de citarme cosas tan asombrosas y tan caras y tan difíciles de preparar, que costaría un trabajo ímprobo poseerlas!» Él dijo: «¡Por mi vida, que necesito absolutamente que comas al instante cuanto acabo de enumerar!» Ella contestó: «¡Pues aquí no veo por ninguna parte nada de eso!» Él dijo: «¡Tráeme el saco!» Y le llevó ella el saco, y lo palpó y lo encontró vacío. Se lo dió, sin embargo, y al punto metió la mano él en el saco y extrajo primero un plato de oro en que se alineaban, olorosas y húmedas y nadando en su propia salsa apetitosa, las tripas rellenas; luego metió la mano por segunda vez y una porción de veces más, para ir sacando sucesivamente todas las cosas que había enumerado y hasta algunas otras que no hubo de enumerar. Y le dijo su madre: «¡Hijo mío, el saco es pequeñito y estaba completamente vacío, y he aquí que sacaste de él todos esos manjares y todos esos platos! ¿Dónde estaba todo eso?» Él dijo: «¡Oh madre mía! ¡has de saber que este saco me lo dió el moghrabín! ¡Y está encantado! ¡Tiene por servidor un genni que obedece las órdenes que se le dan

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

según *tal* fórmula!» Y le dijo la fórmula. Y le preguntó su madre: «Así, pues, si yo meto la mano en este saco pidiendo un manjar con arreglo á la fórmula, ¿lo encontraré?» Él dijo: «¡Sin duda!» Entonces metió la mano ella, y dijo: «¡Oh servidor de este saco! ¡por la virtud de los Potentes Nombres Mágicos, que lo pueden todo sobre ti, te conjuro á que me traigas además otra chuleta rellena...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 477.ª NOCHE

Ella dijo:

»...te conjuro á que me traigas además otra chuleta rellena!» Y al punto notó debajo de su mano el plato, y lo sacó del saco. ¡Y era una chuleta rellena maravillosamente y aromatizada con clavo y otras especias finas! Entonces dijo ella: «¡A pesar de todo, deseo también un panecillo caliente y queso, porque estoy acostumbrada á ello y nada me satisface tanto!» Y metió la mano, pronunció la fórmula, y extrajo lo que había pedido. A la sazón le dijo Juder: «¡Oh madre mía! ¡es preciso que cuando acabemos de comer metamos otra vez en el saco los platos vacíos, porque así lo exige

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

el talismán! ¡Y sobre todo, no divulgues el secreto y oculta bien este saco en tu cofre, para no sacarlo mas que en el momento que se necesite! Pero no tengas cuidado por lo demás; sé generosa con todo el mundo, con los vecinos y los pobres; y sirve de todos los manjares á mis hermanos, igual estando yo presente que en mi ausencia.»

¡Y he aquí que, apenas había acabado de hablar Juder, entraron sus dos hermanos y vieron la comida maravillosa!

Porque acababan de saber la noticia de la llegada de su hermano Juder por un hombre del barrio, que les dijo: «¡Vuestro hermano acaba de llegar de viaje, montado en una mula, precedido por un negro y vestido con trajes que no tienen igual!» Y se dijeron entonces: «¡Pluguiera á Alah que no hubiésemos maltratado á nuestra madre nunca! ¡Porque sin duda va á contarle ahora lo que le hicimos sufrir! ¡Y cuál será nuestra confusión frente á él entonces!» Pero añadió uno de ellos: «¡Nuestro hermano es compasivo! ¡De todos modos, aunque ella le contara la cosa, nuestro hermano es aún más compasivo que ella y más indulgente! ¡Y si alegamos cualquier disculpa de nuestra conducta, admitirá nuestra disculpa y nos excusará!» Y al cabo decidiéronse á buscarle.

Así, pues, cuando entraron y los vió Juder, se levantó en honor suyo y hubo de desearles la paz con las mayores muestras de consideración, y les dijo: «¡Sentaos y comed con nosotros!» Y se senta-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ron y comieron. ¡Y estaban muy debilitados y enflaquecidos por el hambre y las privaciones!

Cuando acabaron de comer y se sintieron saciados, Juder les dijo: «¡Oh hermanos míos! ¡coged lo que sobró de la comida y repartídselo á los pobres y á los mendigos de nuestro barrio!» Ellos contestaron: «¡Oh hermano nuestro! ¡mejor será que nos lo guardemos para cenar!» Juder les dijo: «¡A la hora de cenar tendréis bastante más!» Entonces recogieron las sobras y salieron para repartirlas entre los pobres y los mendigos que pasaban, diciéndoles: «¡Tomad y comed!» Tras de lo cual, devolvieron los platos vacíos á Juder, que se los entregó á su madre, diciéndole: «¡Mételos en el saco!»

Por la noche, á la hora de cenar, Juder cogió el saco y sacó de él cuarenta especies de platos, que su madre puso sobre el mantel uno tras de otro; luego invitó á sus hermanos á que entrasen para comer. Y cuando hubieron acabado, les sacó pasteles para que se endulzasen; y se endulzaron. Entonces les dijo: «¡Coged lo que sobró de la comida y repartidlo entre los pobres y los mendigos!» Al día siguiente les sirvió comidas no menos espléndidas; y lo mismo ocurrió en el transcurso de diez días consecutivos.

Pero al cabo de este tiempo, Salem dijo á Salim: «¿Sabes cómo se arregla nuestro hermano para servirnos comidas tan espléndidas á diario, una por la mañana, otra á mediodía, otra por la noche, y por la noche también pasteles? ¡En verdad que

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ni los sultanes comen así! ¿De dónde pudo venirle semejante fortuna y tanta opulencia? ¡Y es cosa de preguntarse asimismo de dónde saca todos esos manjares asombrosos y esa pastelería, si jamás le vemos comprar nada, ni encender lumbre, ni atender á la cocina, ni poseer cocinero!» Y contestó Salim: «¡Por Alah, que no sé nada! ¿Pero conoces á alguien que pueda revelarnos la verdad de todo eso?» El otro dijo: «¡Únicamente nuestra madre podría ilustrarnos acerca del particular!» Y al instante imaginaron una estratagema y entraron en casa de su madre en ausencia de su hermano, y le dijeron: «¡Oh madre nuestra, tenemos hambre!» Ella contestó: «¡Pues regocijaos, porque vais á satisfacerla en seguida!» Y entró en la sala donde estaba el saco, metió la mano en él pidiendo al servidor algunos manjares bien calientes, y los sacó al punto para llevárselos á sus hijos, que le dijeron: «¡Oh madre nuestra, estos manjares están calientes, y el caso es que jamás te vemos cocinar ni soplar la lumbre!» Ella contestó: «¡Los cojo del saco!» Ellos preguntaron: «¿Y qué saco es ese?» Ella contestó: «¡Es un saco encantado! ¡Y el genni servidor del saco proporciona cuanto se le pide!» Y les explicó la fórmula, y les dijo: «¡Guardad el secreto!» Ellos contestaron: «Puedes estar tranquila. ¡Guardaremos el secreto!» Y después de haber experimentado por sí mismos las virtudes del saco y conseguido extraer de él varios manjares, se quedaron tranquilos por aquella noche.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Pero al día siguiente Salem dijo á Salim: «¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo vamos á continuar viviendo en casa de Juder como unos criados, comiendo de limosna? ¿No te parece mejor que nos valgamos de alguna estratagema para coger ese saco y llevárnoslo para nosotros solos?» Salim contestó: «¿Y qué estratagema inventaríamos?» El otro dijo: «¡Sencillamente venderle nuestro hermano Juder al capitán mayor del mar de Suez!» Salim preguntó: «¿Y cómo nos arreglaremos para venderle?» Salem contestó: «¡Iremos tú y yo á ver á ese capitán mayor, que en este momento se halla en el Cairo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 478.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Iremos tú y yo á ver á ese capitán mayor, que en este momento se halla en el Cairo, y le invitamos á que venga con dos de sus marineros á comer en nuestra compañía! ¡Y ya verás! ¡Tú no tienes mas que asentir á todas las palabras que yo diga á Juder, y ya verás lo que hago antes de que acabe la noche!»

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Cuando se pusieron de acuerdo acerca de la venta de su hermano que proyectaban, fueron en busca del capitán mayor de Suez, y le dijeron después de las zalemas: «¡Oh capitán, venimos á verte para algo que te regocijará sin duda!» El capitán contestó: «¡Bueno!» Ellos dijeron: «Somos dos hermanos; pero tenemos otro hermano, que es un bergante que no sirve para nada. Cuando murió nuestro padre, nos dejó una herencia, que repartimos entre los tres; y nuestro hermano cogió su parte, y en seguida hubo de derrocharla en el libertinaje y la corrupción. ¡Y cuando vióse reducido á la miseria, empezó á tratarnos con una injusticia extraordinaria, y acabó por citarnos ante jueces inicuos y opresores, acusándonos de haberle privado de su parte de herencia. ¡Y no tardaron los jueces inicuos y corrompidos en hacernos perder toda la herencia de nuestro padre con las costas del proceso! ¡Pero no se contentó él con esta primera fechoría! ¡Hubo de citarnos por segunda vez ante los opresores, y de tal modo consiguió reducirnos á la última miseria! ¡Y como no sabemos lo que medita ahora contra nosotros, venimos en tu busca para pedirte que nos libres de su presencia, comprándonosle para utilizarle como remero en alguno de tus navíos!»

El capitán mayor contestó: «¿Podríais dar con cualquier estratagema para traerle aquí? ¡En ese caso, yo me encargo de hacer que le transporten al mar sin tardanza!» Ellos contestaron: «¡Muy di-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

fícil será traerle hasta aquí! Pero deja que te invitemos esta noche, y llévate contigo sólo dos de tus hombres. ¡Y cuando esté dormido, le cogeremos entre los cinco, le pondremos en la boca una mordaza y te lo entregaremos! ¡Y á favor de la noche puedes sacarle de la casa y hacer con él lo que quieras!» El capitán les contestó: «¡Con todo el oído y la obediencia! ¿Queréis cedérmele por cuarenta dinares?» Ellos contestaron: «¡Muy poco es, en verdad, pero por ser para ti, accederemos! ¡A la caída de la tarde irás, pues, á *tal* calle, junto á la mezquita *tal*, donde encontrarás esperándote á uno de nosotros! ¡Y no te olvides de llevar contigo dos de tus hombres!» Y se fueron en busca de Juder, y al cabo de cierto tiempo que pasaron con él hablando de distintas cosas, Salem le besó la mano en actitud suplicante. Y Juder le dijo: «¿Qué quieres, ¡oh hermano mío!?» El otro contestó: «Sabrás ¡oh hermano mío! ¡oh Juder! que tengo un amigo que hubo de invitarme bastantes veces á su casa durante tu ausencia, y siempre me trató con muchos miramientos; así es que le estoy muy agradecido. Hoy estuve á hacerle una visita para darle las gracias, y me invitó á cenar con él; pero yo le dije: «¡En verdad que no puedo dejar solo en casa á mi hermano Juder!» Me dijo él: «¡Tráele contigo!» Contesté: «¡No creo que acepte! ¡Pero acepta tú nuestra invitación, y ven esta noche á comer con mis hermanos!» Y como estaban presentes sus hermanos, los invité también, creyendo que no

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

aceptarían la invitación; pero, desgraciadamente, no pusieron ninguna dificultad, y su hermano, al ver que aceptaban, aceptó asimismo, y me dijo: «¡Espérame á la entrada de tu calle, junto á la puerta de la mezquita, y allí estaré con mis hermanos para reunirme contigo!» Y el caso es ¡oh hermano mío Juder! que ya deben estar allá, y me tienes muy avergonzado en tu presencia por haberme tomado esa libertad. ¡Y si quieres, en verdad, que por siempre te esté reconocido, acéptales como huéspedes por esta noche! ¡Nos colmaste de beneficios, y en tu morada reside la abundancia, ¡oh hermano mío! ¡Por si por cualquier razón no los quieres como huéspedes en tu casa, permíteme que les invite en casa del vecino, adonde yo mismo les serviré!» Juder contestó: «¿Y por qué invitarles en casa del vecino, ¡oh Salem!? ¿Acaso es nuestra casa tan estrecha y tan inhospitalaria? ¿O tal vez no tenemos que darles de cenar? ¿No te da verdaderamente vergüenza consultarme semejante cosa? ¡No tienes mas que hacerles entrar y servirles en abundancia manjares y confitura, sin parsimonia y disponiendo de todo! ¡Y si en lo sucesivo invitas á tus amigos durante mi ausencia, bastará con que pidas á nuestra madre todos los manjares necesarios, y aun los superfluos! ¡Ve, pues, á buscar á tus amigos de esta noche! ¡Las bendiciones han bajado hasta nosotros por mediación de tales huéspedes, ¡oh hermano mío!»

Al oir estas palabras, Salem besó la mano de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Juder, y se fué á la puerta de la mezquita en busca de los individuos consabidos, con quienes se apresuró á volver á la casa. Y Juder levantóse en honor suyo, y les dijo: «¡La bienvenida sea con vosotros!» Luego les hizo sentarse á su lado, y se puso á charlar con ellos amistosamente, ¡sin sospechar lo que le ocultaba el Destino, de quien aquella gente era instrumento! Y rogó á su madre que extendiera el mantel y les sirviera una comida de cuarenta platos de distinto color, diciéndole: «¡Tráenos *tal* color, y *tal* color, y *tal* otro color!» Y comieron y se hartaron los invitados, creyendo que tan espléndida comida era debida á la generosidad de los hermanos Salem y Salim. Luego, transcurrida ya la tercera parte de la noche, se sirvieron los dulces y pasteles; y se comió hasta media noche. Entonces, á una señal de Salem, los marineros se precipitaron sobre Juder, y entre todos le sujetaron, le amordazaron, le ataron sólidamente los brazos, le agarrotaron los pies y le sacaron de la casa, á favor de las tinieblas, poniéndose al punto en camino para Suez, y cuando llegaron, arrojáronle al fondo de uno de los navíos, con grillos en los pies, entre otros esclavos y forzados, y le condenaron á prestar servicio un año entero en el banco de los remeros. ¡Y esto en cuanto á Juder...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 479.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Y esto en cuanto á Juder!

Respecto á sus hermanos, no bien se despertaron á la mañana siguiente, entraron en el aposento de su madre, que no se había enterado de nada, y le dijeron: «¡Oh madre nuestra, todavía no se ha despertado Juder!» Ella dijo: «¡Pues id á despertarle!» Ellos contestaron: «¿Dónde se acostó?» Ella dijo: «¡En la estancia de los invitados!» Ellos añadieron: «¡No hay nadie en esa estancia! ¡Acaso se haya marchado anoche con esos marinos! Porque ¡oh madre nuestra! nuestro hermano Juder les tomó gusto á los viajes lejanos. Y además, le oímos hablar con esos extranjeros, que le decían: «¡Te llevaremos con nosotros y abrirás los tesoros ocultos de que tenemos noticia!» Ella dijo: «¡Es probable, entonces, que se haya marchado sin avisarnos! ¡Podemos estar tranquilos por él, pues Alah sabrá llevarle por el buen camino, y como nació afortunado y el Destino le favorece, pronto volverá á nosotros con inmensas riquezas!» Luego, como á pesar de todo, la ausencia es siempre dura para una madre, se echó á llorar. Entonces ellos exclamaron: «¡Oh maldita malvada, cómo quieres á Juder! ¡en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cambio, si nos ausentáramos ó regresáramos nosotros, que también somos tus hijos, ni te afligirías ni te alegrarías! ¿Es que no somos tan hijos tuyos como Juder?» Ella contestó: «¡También sois hijos míos; pero sois dos miserables, dos infames! ¡Desde el día en que murió vuestro padre, no me hicisteis ningún bien, y ni un día dichoso me disteis ni tuvisteis por mí el menor cuidado! Juder, por el contrario, fué muy bondadoso conmigo; me ha complacido siempre de buena gana y me ha guardado respeto y me ha tratado con generosidad. ¡Así es que bien merece que llore por él, pues disfruté de sus beneficios y también disfrutasteis vosotros!» Al oir hablar con semejante lenguaje á su pobre madre, los dos miserables empezaron á injuriarla y á pegarla; luego entraron en la otra habitación y buscaron por todas partes el saco encantado y el saco de las cosas preciosas; y acabaron por dar con ellos y los cogieron, sacando del segundo todo el oro que había en uno de sus bolsos y todas las joyas y pedrerías que se encontraban en el otro bolso; y dijeron: «¡Esta es la fortuna de nuestro padre!» Pero la madre exclamó: «¡No, por Alah! ¡es la fortuna de vuestro hermano Juder, que la trajo del país de los moghrabines!» Entonces le dijeron ellos: «¡Mientes! ¡es la fortuna de nuestro padre! ¡Y tenemos derecho á usar de ella á nuestro antojo!» Y al punto se dispusieron á repartirlo entre los dos. Pero no lograron ponerse de acuerdo acerca de la posesión del saco encantado, porque decía Salem:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Me lo llevo yo!» y decía Salim: «¡Me lo llevó yo!» y surgió entre ellos la disputa y la querella. A la sazón hubo de decirles su madre: «¡Oh hijos míos! ya os repartisteis el saco del oro y las joyas; pero este otro saco no puede repartirse ni cortarse, pues se rompería su encanto y perdería sus virtudes. Lo mejor es que me lo dejéis; y todos los días sacaré de él los manjares que deseéis y tantas veces como lo deseéis. Y por lo que á mí afecta, os prometo contentarme con un pedazo de pan ó con lo que me dejéis vosotros. Y si además quisierais darme lo indispensable, como vestidos, será por pura generosidad de parte vuestra y no por obligación. ¡De tal modo cada uno de vosotros podrá dedicarse sin contratiempos á ejercer el comercio que le parezca! No me olvido de que ambos sois hijos míos y de que yo soy vuestra madre. ¡Permanezcamos unidos y pongámonos de acuerdo, para que cuando regrese vuestro hermano no tengáis que reprocharos nada ni avergonzaros frente á él de vuestras acciones!» Pero no quisieron aceptar sus consejos, y se pasaron la noche disputando á voces y regañando tan fuerte, que un alguacil del rey, que estaba invitado en la casa contigua, oyó lo que decían y comprendió al dedillo el motivo del litigio. Así es que por la mañana se apresuró á ir á palacio, pidiendo que le concediera audiencia el rey de Egipto, que se llamaba Schams Al-Daula, y le contó cuanto había oído. Y en seguida envió el rey á buscar á los dos hermanos de Juder y les hizo sufrir

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tortura hasta que hicieron declaraciones completas. Entonces el rey les quitó los dos sacos, y los arrojó á ellos en un calabozo. Tras de lo cual señaló á la madre de Juder una pensión suficiente para sus necesidades cotidianas. ¡Y esto en cuanto á todos ellos!

¡Pero volvamos á Juder! Cuando ya hacía un año que estaba de esclavo en el navío perteneciente al capitán mayor de Suez, se levantó una tempestad que puso en peligro el navío, y lo desamparó y lo arrojó contra una costa escarpada, de modo que se estrelló el barco y se ahogaron todos los que en él iban, excepto Juder, que pudo ganar á nado la orilla. Y logró adentrarse por tierra; y de tal suerte llegó á un campamento de beduínos nómadas, que le interrogaron acerca de su estado y le preguntaron si era marino. Y les contó que, efectivamente, era marino á bordo de un navío que había naufragado; y les dió detalles de su historia.

Y he aquí que en el campamento había un mercader oriundo de Jedda, que sintió compasión por Juder, y le dijo: «¿Quieres entrar á mi servicio, ¡oh egipcio!? Y te daré ropa y te llevaré conmigo á Jedda.» Y Juder consintió entrar á su servicio y partió con él y llegó á Jedda, donde el mercader le trató generosamente y le colmó de beneficios. Algún tiempo después el mercader fué en peregrinación á la Meca y le llevó también consigo.

Cuando llegaron á la Meca...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 480.ª NOCHE

Ella dijo:

...Cuando llegaron á la Meca, Juder se apresuró á agregarse á la procesión que rodeaba el recinto sagrado de la Kaaba para dar las siete vueltas rituales, y he aquí que precisamente encontró entre los peregrinos á su amigo el jeique Abd Al-Samad el moghrabín, que también estaba dando sus siete vueltas. Y el moghrabín le vió á su vez, y le hizo una zalema fraternal y le pidió noticias suyas. Entonces se echó á llorar Juder. Luego le contó lo que había ocurrido. Y el moghrabín le cogió de la mano y le condujo á la casa en que se hospedaba, le trató generosamente, le vistió con un traje espléndido y sin par, y le dijo: «¡La desgracia se alejó de ti en absoluto, ¡oh Juder!» Luego hubo de sacar su horóscopo, viendo lo que les había sucedido á los hermanos del pescador, y le dijo: «Sabe ¡oh Juder! que ha acaecido *tal* y *cual* cosa á tus hermanos, y que á la hora de ahora están presos en el calabozo del rey de Egipto. ¡Pero estás de bienvenida en mi casa, donde vas á permanecer hasta la terminación de los ritos prescritos! Y ya

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

verás como todo saldrá bien en adelante!» Juder contestó: «Permíteme ¡oh mi señor! que vaya en busca del mercader con quien vine, para pedirle su beneplácito y despedirme de él. ¡Y volveré á tu lado en seguida!» El otro le preguntó: «¿Le debes dinero?» Juder contestó: «¡No!» El otro dijo: «¡Ve, pues, á pedirle su beneplácito y á despedirte de él sin tardanza, porque en verdad que se deben consideraciones á la gente honrada en cuya casa hemos comido el pan!» Y Juder fué en busca de su amo, el mercader de Jedda, le pidió su beneplácito, y le dijo: «¡Acabo de encontrar á mi amigo, á quien quiero más que á un hermano!» El mercader contestó: «¡Ve por él y daremos un festín en honor suyo!» Juder dijo: «¡Por Alah, no necesita él de festines! ¡Es uno de los hijos de la opulencia, y tiene muchos servidores!» Entonces el mercader le dió veinte dinares, diciéndole: «¡Tómalos y libra mi conciencia y mi responsabilidad!» Juder contestó: «¡Que Alah te indemnice de todo lo que hiciste por mí!» Y se despidió de él y salió para buscar á su amigo el moghrabín. Pero se encontró en el camino á un pobre hombre y le dió de limosna los veinte dinares; luego llegó á casa del moghrabín, y vivió con él hasta que se terminaron todos los ritos y obligaciones de la peregrinación.

Entonces el moghrabín fué en busca suya, y sacándose del dedo el anillo que en otro tiempo había cogido Juder del tesoro de Schamardal, se lo dió, diciendo: «¡Oh Juder, toma este anillo que rea-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lizará todos tus anhelos! Porque has de saber que este anillo tiene por servidor á un genni, llamado Trueno-Penetrante, que estará á tus órdenes para cuanto le pidas. ¡No tienes mas que frotar el engarce del anillo, y al punto se te aparecerá Trueno-Penetrante, que se encargará de ejecutar todas tus voluntades y de darte, si se los pides, todos los bienes del universo que desees!» Y para enseñarle su manejo, lo frotó delante de él con el pulgar. Al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante, é inclinándose ante el moghrabín, dijo: «¡Heme aquí, ¡ya sidi! ¡Ordena y serás obedecido! ¡Pide y recibirás! ¿Quieres reconstruir una ciudad en ruinas ó destruir una ciudad floreciente? ¿Quieres matar y asesinar? ¿Quieres arrancar el alma á un rey ó solamente diezmar sus ejércitos? ¡Habla!» El moghrabín contestó: «¡Oh Trueno! ¡ahí tienes al que será tu amo en adelante! ¡Te lo recomiendo mucho! ¡Sírvele bien!» Después le despidió, y encarándose con Juder, le dijo: «¡No olvides ¡oh Juder! que por medio de este anillo podrás deshacerte y vengarte de todos tus enemigos! ¡Y experimenta sin cuidado su poder!» Juder dijo: «En ese caso, ¡oh mi señor! desearía volver á mi país y á mi morada.» El otro contestó: «Frota el anillo, y cuando el efrit Trueno se te aparezca y te diga: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!», respóndele: «¡Quiero subir á tu espalda! ¡Llévame á mi país hoy mismo!» ¡Y te obedecerá!»

Entonces Juder se despidió de Abd Al-Samad el moghrabín y frotó el anillo. Y al instante apa-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

reció Trueno-Penetrante, que le dijo: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!» Y Juder contestó: «¡Condúceme al Cairo hoy mismo!» El genni dijo: «¡Fácil es!» Y encorvándose por completo, se lo puso á la espalda y echó á volar con él. Y duró el viaje desde mediodía hasta media noche; y el efrit dejó á Juder en el Cairo, en la propia casa de su madre, y desapareció.

Cuando la madre de Juder vió entrar á éste, se levantó y lloró, deseándole la paz. Luego le contó lo que les había sucedido á sus hermanos, y cómo el rey había hecho que les apalearan y les había quitado el saco encantado y el saco del oro y de las joyas. Y al oir aquello, Juder no pudo permanecer indiferente á la suerte de sus hermanos, y dijo á su madre: «¡No te aflijas por eso! ¡Al instante te probaré lo que puedo y te traeré á mis hermanos!» Y al mismo tiempo frotó el engarce del anillo; y al punto apareció el servidor, que dijo: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!» Juder dijo: «¡Te ordeno que vayas á sacar á mis hermanos del calabozo del rey para traérmelos aquí!» Y desapareció el genni para ejecutar la orden.

Y he aquí que Salem y Salim yacían en un calabozo, llenos de grandes sufrimientos y de las penas y angustias más profundas, á causa de las torturas y privaciones experimentadas, hasta tal punto, que deseaban la muerte como una liberación y un término de sus males. Y precisamente hablaban entre sí con gran amargura á este res-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pecto, llamando á la muerte, cuando vieron que á sus pies se abría de pronto el suelo y se les aparecía Trueno-Penetrante, quien, sin darles tiempo para nada, se los llevó á ambos, y desapareció con ellos en las profundidades de la tierra, en tanto que los dos hermanos se le desmayaban en sus brazos para no recobrar el sentido hasta que estuvieron en casa de su madre, y se encontraron echados en la alfombra entre su hermano Juder y su madre, que los cuidaban con solicitud. Y al verles abrir los ojos, les dijo Juder: «¡Sean con vosotros todas las zalemas, ¡oh hermanos míos! ¿No me reconocéis ya y me habéis olvidado?...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 481.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Sean con vosotros todas las zalemas, ¡oh hermanos míos! ¿No me reconocéis ya y me habéis olvidado?» Bajaron ellos la cabeza y se echaron á llorar en silencio. Entonces les dijo Juder: «¡No lloréis! ¡Porque fueron Satán y la codicia los que hubieron de obligaros á obrar cual obrasteis! ¿Mas como pudisteis decidiros á venderme? ¡Pero no llo-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

réis! ¡Si para mí es un consuelo pensar que me parezco en eso á José, hijo de Jacob, á quien también vendieron sus hermanos! ¡No obstante, los hermanos de José se portaron con él peor que vosotros conmigo, pues además le arrojaron al fondo de una cisterna! ¡Limitaos á pedir perdón á Alah, arrepintiéndoos, y os perdonará (porque es el Clemente Ilimitado y el Gran Perdonador) como yo os perdono! ¡Sea con vosotros la bienvenida! ¡Y estad en adelante tranquilos, sin ningún temor y sin ningún encogimiento!» Y siguió consolándolos y reconfortándolos hasta que hubo calmado sus corazones; luego empezó á contarles todos los sinsabores y sufrimientos que soportó hasta encontrar en la Meca al jeique Abd Al-Samad. Y también les enseñó el anillo mágico.

Entonces le contestaron ellos: «¡Oh hermano nuestro, perdónanos por esta vez! ¡Si volviéramos á reincidir, haz con nosotros lo que te parezca!» Juder repuso: «¡No os apenéis ni os preocupéis por eso ya! ¡Y daos prisa á contarme lo que os hizo el rey!» Ellos dijeron: «¡Hizo que nos apalearan, y nos amenazó con algo peor; luego acabó por quitarnos los dos sacos!» Juder dijo: «¡Ahora va á ver él!» Y frotó el engarce del anillo; y al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante.

Al verle, quedaron espantados ambos hermanos, y creyeron de corazón que no le había llamado Juder mas que para que los matara. Y se precipitaron en el aposento de su madre, gritando: «¡Oh

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

madre nuestra, nos ponemos bajo tu generosa protección! ¡Oh madre nuestra, intercede por nosotros!» Ella contestó: «¡Oh hijos míos, no tengáis miedo!»

Entretanto, Juder había dicho á Trueno: «¡Te ordeno que me traigas todas las joyas y cosas preciosas que hay en los armarios del rey, sin dejar nada, y trayéndome al mismo tiempo el saco encantado y el saco de las cosas preciosas que fueron sustraídos á mis hermanos!» Y contestó el genni del anillo: «¡Escucho y obedezco!» Y al instante fué á ejecutar la orden y volvió para poner entre las manos de Juder los dos sacos intactos y los tesoros del rey, diciendo: «¡Ya sidi! ¡no he dejado nada en los armarios!» Entonces Juder entregó á su madre el saco de las cosas preciosas y los tesoros del rey, recomendándola que los guardara bien, y colocó ante sí el saco encantado. Luego dijo al genni del anillo: «Te ordeno que esta misma noche me construyas un palacio alto y espléndido, decorándolo con oro y tapizándolo y amueblándolo suntuosamente. ¡Y quiero que al despuntar el día esté terminado todo!» Y el genni del anillo, Trueno-Penetrante, contestó: «¡Se cumplirá tu voluntad!» Y desapareció en el seno de la tierra, mientras Juder sacaba del saco encantado manjares deliciosos, que se puso á comer con su madre y sus hermanos en el límite del contento, durmiéndose luego hasta por la mañana.

En cuanto al genni del anillo, congregó al pun-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

to á sus compañeros los efrits subterráneos, escogiendo á los más hábiles en albañilería; y pusieron todos manos á la obra. Y unos tallaron piedras, otros edificaron, revocaron otros las paredes, esculpieron y grabaron otros, y otros, en fin, tapizaron y amueblaron las salas, de modo que al despuntar el día estaba el palacio enteramente terminado y decorado. Entonces se presentó el genni del anillo á Juder en cuanto se despertó éste, y le dijo: «¡Ya sidi! ¡el palacio está acabado y su decorado está concluído! ¿Quieres venir á verlo y examinarlo?» Entonces se levantó Juder y salió en compañía de su madre y de sus hermanos; y examinaron el palacio todos juntos y vieron que no tenía igual de tanto como confundía la razón con la belleza de su arquitectura y su feliz emplazamiento. Y encantado quedó Juder al mirar su fachada imponente en verdad, y se maravilló pensando que no le había costado nada todo aquello. Y se encaró con su madre, y le preguntó: «¿Quieres habitar en este palacio?» Ella contestó: «¡Vaya si quiero!» É hizo votos por él é invocó sobre su cabeza las bendiciones de Alah. Entonces Juder frotó el anillo talismánico y dijo al genni, que apareció al punto: «¡Te ordeno que me traigas al instante cuarenta esclavas jóvenes, blancas y muy hermosas; cuarenta negras jóvenes y bien formadas; cuarenta criados jóvenes y cuarenta negros!» El genni contestó: «¡Todo es ya tuyo!» Y con cuarenta de sus compañeros voló á las comarcas de la India, de Sindh y de Persia; y se

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

llevaron á toda joven á quien encontraron completamente hermosa y á todo joven completamente hermoso. Y reunieron así cuarenta de cada especie. Tras de lo cual escogieron cuarenta negras hermosas y cuarenta negros hermosos, y los transportaron á todos al palacio de Juder. Y Trueno los hizo desfilar uno por uno ante Juder, que los encontró de su gusto á todos, y dijo: «¡Ahora hay que dar á cada uno y á cada una un traje de lo mejor...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 482.ª NOCHE

Ella dijo:

»...dar á cada uno y á cada una un traje de lo mejor!» El genni contestó: «¡Helo aquí!» Juder dijo: «¡Hay que traer, además, un traje para mi madre y otro traje para mí!» Y Trueno lo llevó todo, y él mismo vistió á las jóvenes esclavas blancas y negras, diciéndoles: «¡Id ahora á besar la mano de vuestra ama, madre de vuestro amo! ¡Y cumplid bien las órdenes que os dé, y seguidla con los ojos, ¡oh blancas y negras!» Luego fué también el genni Trueno á vestir á los jóvenes y á los negros, y les mandó á besar la mano de Juder. Después vistió á

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Salem y á Salim con especial cuidado. Y cuando estuvo vestido todo el mundo, Juder parecía verdaderamente un rey y visires sus hermanos.

Como el palacio era muy grande, Juder hizo habitar en uno de los lados del edificio á su hermano Salem y á sus servidores y mujeres, y en el otro á su hermano Salim con sus servidores y mujeres. En cuanto á él, habitó con su madre en el centro del palacio. Y cada uno tenía sus aposentos como un sultán. ¡Y esto respecto á ellos!

¡Pero volvamos al rey! Cuando el tesorero mayor fué por la mañana á coger del armario del tesoro algunos objetos que necesitaba para el rey, lo abrió, y se encontró con que no había nada. Y á fe que podría aplicarse á aquel armario este dicho del poeta:

¡Este viejo tronco de árbol era opulento y hermoso con su colmena de abejas sonoras y sus chorros de miel dorada; pero cuando lo abandonó el enjambre de abejas y desapareció la colmena, ya no fué mas que un hueco vacío!

Y al ver aquello, el tesorero mayor lanzó un grito estridente y cayó sin conocimiento. Y cuando volvió en sí, se precipitó fuera de la estancia del tesoro, y con los brazos en alto corrió en busca del rey Schams Al-Daula, al cual dijo: «¡Oh Emir de los Creyentes! ¡vengo á informarte de que esta noche dejaron vacío el tesoro!» Y exclamó el rey:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Oh miserable! ¿qué hiciste de las riquezas que contenía mi tesoro?» El otro contestó: «¡Nada, ¡por Alah! ¡Y ni sé qué ha sido de ellas ni cómo se ha vaciado el tesoro! ¡Ayer por la noche, sin ir más lejos, revisé el tesoro, como de costumbre, y lo encontré lleno; y fuí allí estaba mañana y me lo encuentro vacío, sin nada! ¡No obstante, las puertas están sin forzar, y las he hallado cerradas y sin huellas de perforación ó fractura, con los candados intactos y las cerraduras también cerradas! ¡No es, pues, un ladrón quien dejó vacío el tesoro!» El rey preguntó: «¿Y han desaparecido asimismo los dos sacos?» El otro contestó: «¡Sí!» Al oir estas palabras, la razón huyó de la cabeza del rey, que irguióse sobre sus pies, y gritó al tesorero mayor: «¡Echa á andar delante de mí!» Y el tesorero se dirigió al tesoro; y el rey le siguió y llegó al tesoro, encontrándolo, en efecto, completamente vacío por dentro é intacto por fuera; y hubo de quedar estupefacto y aniquilado el rey, y dijo: «¡He aquí que robaron mi tesoro sin temor á mi poder y á mi cólera!» Y se enojó con mucho enojo y al instante fué á reunir su diván; y los emires y notables de la corte entraron en el diván, y cada cual se preguntaba con espanto si no sería él causa del enojo del rey. Pero el rey les dijo: «¡Oh vosotros todos! ¡sabed que mi tesoro fué saqueado esta noche; é ignoro quién cometió esta acción, infligiéndome tal afrenta y ultrajándome con tamaño ultraje, sin temer mi cólera!» Y preguntaron todos:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«Pero ¿cómo ha sido?» El rey contestó: «¡No tenéis mas que interrogar al tesorero mayor, que está ahí presente!» Y le interrogaron, y les dijo él: «¡Ayer mismo el tesoro estaba lleno, y lo he visitado hoy y lo encontré vacío, sin nada, y por fuera no hay en la puerta perforación ni fractura!» Y se quedaron todos prodigiosamente asombrados; y sin saber qué contestar, bajaron la cabeza ante las miradas fulgurantes del rey y guardaron silencio. Pero en aquel mismo momento entró el alguacil que había denunciado la otra vez á Salem y á Salim, y dijo: «¡Oh rey del tiempo, me han tenido sin dormir toda la noche las cosas extraordinarias que he visto!» Y preguntó el rey: «¿Pues qué viste?» El otro dijo: «Sabrás ¡oh rey del tiempo! que me pasé toda la noche distraído y agradablemente divertido con mirar á unos albañiles que se disponían á edificar, trabajando con martillos, llanas y todas las demás herramientas. Y al despuntar el día he visto en aquel paraje un magnífico palacio enteramente acabado y que no tiene igual en el mundo. He pedido entonces detalles, y me los han dado, diciendo: «¡Es que Juder, hijo de Omar, ha vuelto de viaje y construyó ese palacio! ¡Trajo consigo numerosos esclavos y muchos criados jóvenes! ¡Y viene cargado de riquezas y colmado de dinero! ¡Y libertó del calabozo á sus hermanos! ¡Y ahora está sentado en su palacio como un sultán!»

Al oir estas palabras del kawas, dijo el rey: «¡Que vayan en seguida á ver el calabozo!» Y fue-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ron á ver el calabozo y volvieron para anunciar al rey que Salem y Salim no estaban allí ya. Entonces el rey exclamó: «¡Ya di con el ladrón! ¡Quien sacó de la cárcel á Salem y á Salim tiene que ser el mismo que robó mi tesoro!» Y preguntó el gran visir: «¿Pero quién es?» El rey contestó: «¡Juder, el hermano de los presos! ¡Y también es él quien robó los dos sacos! Pero ¡oh visir mio! al instante vas á enviar contra todos esos individuos á un emir con cincuenta guerreros, que los capturarán, y después de sellarles todos sus bienes, me los traerás aquí á ellos para que yo los cuelgue...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 483.ª NOCHE

Ella dijo:

»...me los traerás aquí á ellos para que yo los cuelgue.» Y aumentó su enojo, y exclamó: «¡Sí, que vayan á buscarlos en seguida, porque quiero matarlos!» El gran visir contestó: «¡Oh rey, sé clemente é indulgente, porque clemente es Alah y no se apresura á castigar á su esclavo rebelde y caído en falta! ¡Y además, el hombre que ha podido levantar un palacio en el transcurso de una noche,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

no tendrá, en verdad, nada que temer de nadie en el mundo! ¡En cambio, tengo miedo por el emir que envíes y temo que se encolerice Juder con él! ¡Paciencia, pues, hasta que dé yo con un medio de que llegues á conocer la verdad sobre el asunto, y sólo entonces podrás realizar sin inconveniente lo que resolviste realizar!» Y contestó el rey: «Entonces, ¡oh visir mío! dime lo que tengo que hacer.» El visir dijo: «Manda que vaya un emir para invitarle á que venga á palacio. ¡Y ya encontraré á la sazón un modo de capturarle; le fingiré mucha amistad y le preguntaré hábilmente acerca de lo que hace y de lo que no hace! ¡Y veremos entonces! Si es verdaderamente grande su poder, le capturaremos con astucia; pero si su poder es débil, le capturaremos á la fuerza; y te le entregaremos. ¡Y harás con él lo que quieras!» Dijo el rey: «¡Que se le invite!» Y el gran visir dió orden á un emir llamado el emir Othmán que fuera en busca de Juder y le invitara, diciéndole: «¡El rey desea verte entre sus huéspedes de hoy!» Y añadió el propio rey: «¡Y no vuelvas aquí sin él!»

Y he aquí que el tal emir Othmán era un hombre estúpido, orgulloso é infatuado. Al llegar á la puerta del palacio vió á un eunuco sentado sobre el umbral en una hermosa silla de bambú. Y avanzó á él; pero el eunuco no se levantó ni se preocupó por el emir lo más mínimo, como si no le viera. ¡Y sin embargo, el emir Othmán era muy visible, y llevaba consigo cincuenta hombres muy visibles!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Se acercó, á pesar de todo, y le preguntó: «¡Oh esclavo! ¿dónde está tu amo?» El esclavo contestó: «¡En el palacio!», sin volver siquiera la cabeza ni salir de su actitud indiferente y de su postura indolente. Entonces se sintió muy enfurecido el emir Othmán, y le gritó: «¡Oh calamitoso eunuco de pez! ¿No te da vergüenza permanecer, mientras hablo yo, tendido en postura indolente como un holgazán cualquiera?» El eunuco contestó: «¡Vete ya! ¡Y no repliques ni una palabra más!» Al oir aquello, el emir Othmán llegó al límite de la indignación, y blandiendo su maza, quiso pegar con ella al eunuco. Pero ignoraba que el tal eunuco no era otro que Trueno-Penetrante, el efrit del anillo, á quien Juder había encargado que actuase de portero del palacio. Así es que cuando el presunto eunuco vió el movimiento del emir Othmán, se levantó, mirándole sólo con un ojo y manteniendo cerrado el otro ojo, le sopló en la cara, y bastó aquel soplo para tirarle al suelo. Luego le quitó de las manos la maza, y sin más ni más, le asestó cuatro mazazos.

Al ver aquello, se indignaron los cincuenta soldados del emir, y no pudiendo soportar la afrenta infligida á su jefe, sacaron sus alfanjes y se precipitaron sobre el eunuco para exterminarle. Pero el eunuco sonrió con calma, y les dijo: «¡Ah! ¿sacáis vuestros alfanjes, ¡oh perros!? Pues esperad un poco!» Y cogió á algunos y les hundió en el vientre sus propios alfanjes y los ahogó en su propia

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sangre! Y siguió diezmándolos de tal manera, que los que quedaron huyeron poseídos de espanto, con el emir á la cabeza, y no pararon hasta llegar á la presencia del rey, en tanto que Trueno volvía á tomar en la silla su postura indolente.

Cuando el rey se enteró por el emir Othmán de lo que acababa de suceder, llegó al límite del furor, y dijo: «¡Que vayan contra ese eunuco cien guerreros!» Y llegados que fueron los cien guerreros á la puerta del palacio, el eunuco los recibió á mazazos, zurrándolos y poniéndolos en fuga en un abrir y cerrar de ojos. Y volvieron á decir al rey: «¡Nos ha dispersado y aterrado!» Y el rey dijo: «¡Que vayan doscientos!» Y salieron doscientos, y fueron destrozados por el eunuco. Entonces gritó el rey á su gran visir: «¡Tú mismo irás ahora con quinientos guerreros para traérmele al instante! ¡Y también me traerás á su amo Juder con sus dos hermanos!» Pero contestó el gran visir: «¡Oh rey del tiempo, prefiero no llevar conmigo á guerrero alguno é ir en su busca completamente solo y sin armas!» El rey dijo: «¡Ve, y haz lo que te parezca mejor!»

Entonces arrojó el gran visir lejos de sí sus armas y se vistió con un largo ropón blanco; luego se puso en la mano un rosario muy grande, y se encaminó con lentitud á la puerta del palacio de Juder, pasando las cuentas del rosario. Y vió sentado en la silla al eunuco consabido, y se le acercó sonriendo, se sentó en el suelo frente á él con mucha cor-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tesía, y le dijo: «¡La zalema sea con *vos!*» El otro contestó: «¡Y sea *contigo* la zalema, ¡oh ser humano! ¿Qué deseas?» Cuando el gran visir hubo oído lo de «ser humano», comprendió que el eunuco era un genni entre los genn, y tembló de espanto. Luego le preguntó humildemente: «¿Está tu amo, el señor Juder?» El otro contestó: «¡Sí, está en el palacio!» El visir añadió: «¡Ya sidi! te ruego que vayas á buscarle y á decirle: «¡Ya sidi! el rey Schams Al-Daula te invita á que te presentes á él, pues da un festín en tu honor. ¡Y él mismo te transmite la zalema y te ruega que honres su morada aceptando su hospitalidad!» Trueno contestó: «¡Espérame aquí mientras voy á pedirle su beneplácito!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 484.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Espérame aquí mientras voy á pedirle su beneplácito!» Y el gran visir se puso á esperar en una actitud muy cortés en tanto que el mared iba en busca de Juder, al cual dijo: «Has de saber, ¡ya sidi! que el rey envió por ti primero á un emir muy presuntuoso, á quien he agredido, y luego á dos-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cientos, á quienes deshice y puse en fuga. ¡Entonces ha enviado á su gran visir sin armas y vestido de blanco para invitarte á que comas manjares de su hospitalidad! ¿Qué te parece?» Juder contestó: «¡Tráeme aquí al gran visir!» Y bajó Trueno á decirle: «¡Oh visir, ven á hablar con mi amo!» El visir contestó: «¡Sobre la cabeza!» Y subió al palacio, y entró en la sala de recepción, donde vió á Juder, más imponente que los reyes, sentado en un trono como no podría poseerlo ningún sultán, con un tapiz de lo más espléndido extendido á sus pies. Y quedó estupefacto y permaneció pasmado, y absorto, y deslumbrado por la belleza del palacio, por sus adornos, por su decorado, por sus esculturas y por sus muebles; y vió que en comparación era él menos que un mendigo junto á cosas tan hermosas y frente al dueño de aquel recinto. Así es que se inclinó y besó la tierra entre las manos de Juder é hizo votos por su prosperidad. Y Juder le preguntó: «¿Qué tienes que pedirme, ¡oh visir!?» El visir contestó: «¡Oh mi señor, tu amigo el rey Schams Al-Daula te transmite la zalema! ¡Y desea ardientemente alegrarse los ojos con tu cara; y á tal objeto da un festín en tu honor! ¿Querrás aceptarlo por complacerle?» Juder contestó: «¡Desde el momento en que es mi amigo, ve á transmitirle mi zalema, y dile que venga antes él mismo á mi casa!» Dijo el visir: «¡Sobre la cabeza!» Entonces Juder frotó el engarce del anillo; y cuando apareció Trueno, le dijo: «¡Tráeme un ropón de lo más

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

hermoso!» Y cuando Trueno le llevó el ropón, Juder dijo al visir: «¡Es para ti, oh visir! ¡Póntelo!» Y cuando el visir se puso el ropón, Juder le dijo: «¡Ve á decir al rey lo que oíste y viste!» Y el visir salió llevando aquel traje tan magnífico, que nadie lo llevó semejante, y fué en busca del rey, le puso al corriente de la posición de Juder, le hizo una admirable descripción del palacio y de lo que contenía, y le dijo: «¡Juder te invita!» Dijo el rey: «¡Vamos, oh soldados!» Y se irguieron todos sobre sus pies, y el rey les dijo: «¡Montad en vuestros caballos! ¡Y que me traigan mi corcel de guerra para ir á ver á Juder!» Luego montó á caballo, y seguido por sus guardias y soldados, se dirigió al palacio de Juder.

Cuando Juder vió desde lejos llegar al rey con su séquito, dijo al efrit del anillo: «Deseo que me traigas á tus compañeros los efrits, para que, con aspecto de seres humanos, formen al paso del rey en el patio principal del palacio. Y como el rey advertirá su número y calidad, quedará aterrado y espantado, y se estremecerá su corazón. ¡Y comprenderá entonces para su bien que mi poder supera al suyo!» Y al instante el efrit Trueno convocó é hizo aparecer á doscientos efrits con aspecto de guardias armados y revestidos de ricas armaduras y muy terribles y de estatura enorme. Y entró el rey en el patio y pasó por entre las dos filas de soldados; y al ver su aspecto terrible, sintió estremecérsele el corazón. Luego subió al palacio y entró

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

en la sala donde se hallaba Juder; y le encontró sentado de una manera y con una apostura que no tuvo nunca verdaderamente ningún rey ni sultán. Y le hizo la zalema, y se inclinó entre sus manos, y formuló sus votos, sin que Juder se levantase en honor suyo ó le guardara consideraciones ó le invitara á sentarse. Por el contrario, le tuvo de pie para hacerse valer así, de modo que el rey perdió por completo la serenidad y ya no supo si debía permanecer allí ó marcharse. Y al cabo de cierto tiempo, le dijo Juder por fin: «¿Te parece, en verdad, manera de conducirse el oprimir, como lo has hecho, á personas indefensas, despojándolas de sus bienes?» El rey contestó: «¡Oh mi señor, dígnate excusarme! ¡Me impulsaron á obrar así la codicia y la ambición, y tal era mi destino! ¡Y por otra parte, si no hubiera falta, no habría perdón!» Y continuó excusándose por cuanto pudo cometer en el pasado y suplicando indulgencia y perdón; y entre otras excusas, hasta le recitó estos versos:

¡Oh tú, carácter generoso, hijo de ilustres antecesores y de una raza noble, no me reproches por el daño que en el pasado pudiera hacerte!

¡Lo mismo que nosotros te perdonaríamos si fueses culpable de cualquier mala acción, debes perdonarnos cuando los culpables somos nosotros!

Y no cesó de humillarse de aquel modo entre las manos de Juder, hasta que Juder hubo de de-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

cirle: «¡Que te perdone Alah!» Y le permitió sentarse, y se sentó el rey. Entonces Juder le puso el ropón de la salvaguardia, y dió á sus hermanos orden de que extendieran el mantel y sirvieran manjares extraordinarios y numerosos. Y después de la comida regaló hermosas vestiduras á todos los individuos del séquito del rey, y les trató con miramientos y generosidad. Sólo entonces fué cuando el rey se despidió de Juder y salió del palacio; pero fué para volver todos los días á pasarlos por entero con Juder; y hasta reunió en casa de éste su diván, ventilando allí los asuntos del reino. Y la amistad entre ambos no hizo mas que aumentar y consolidarse. Y asi vivieron algún tiempo.

Pero un día en que el rey se hallaba solo con su gran visir, le dijo: «¡Oh visir mío, tengo miedo de que Juder me mate y se apodere de mi trono!...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.



PERO CUANDO LLEGÓ LA 485.ª NOCHE

Ella dijo:

»...¡Oh visir mío, tengo miedo de que Juder me mate y se apodere de mi trono!» El visir contestó:

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

«¡Oh rey del tiempo, no temas que Juder se apodere de tu trono! ¡Porque el poderío y la opulencia de Juder son mucho más considerables que los del rey! ¿Qué quieres que haga con tu trono? ¡Además, de que la posesión de tu trono sería en él una prueba de decadencia, dada su actual posición! Pero en cuanto á matarte, si le temes verdaderamente, ¿para qué tienes una hija? ¡Bastará con que se la des en matrimonio, y de ese modo compartirás con él el poder supremo; y estaréis ambos en las mismas condiciones!» El rey contestó: «¡Oh visir, actúa de intermediario entre él y yo!» El visir dijo: «No tienes para eso mas que invitarle á tu casa; y pasaremos la velada en la sala principal del palacio. Entonces ordenarás á tu hija que se atavíe con sus mejores galas y pase como un relámpago por delante de la puerta de la sala. Y Juder la divisará; y como ha de excitarse mucho su curiosidad y su espíritu, se preocupará por la princesa entrevista, quedará locamente enamorado, y me preguntará quién es ella. Entonces yo me inclinaré misteriosamente hacia él, y le diré: «¡Es la hija del rey!» ¡Y me pondré á conversar con él acerca del particular, dejando escapar palabras y palabras, sin que sepa que estás al corriente, hasta que le decida á venir á pedírtela en matrimonio! ¡Y cuando de tal suerte le hayas casado con la joven, vuestra alianza será firme para lo sucesivo; y á su muerte heredarás la mayor parte de lo que él posea!» Y el rey contestó: «¡Verdad dices, ¡oh visir!»

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Y dió el festín é invitó á Juder, que se presentó en el palacio y sentóse en la sala principal, acogido con júbilo y agasajo, hasta la noche.

Y he aquí que el rey había enviado á decir á su esposa que pusiera á la joven sus mejores preseas, y la adornara con sus adornos más hermosos, y la hiciera pasar muy de prisa por delante de la puerta de la sala del festín. Y la madre de la joven ejecutó lo que le habían ordenado ejecutar. Así es que cuando la joven pasó por delante de la sala del festín como un relámpago, bella y enjoyada y brillante y maravillosa, Juder la divisó y lanzó un grito de admiración y un profundo suspiro, y hubo de modular: «¡Ah!» ¡Y se relajaron sus miembros, y se le puso amarillo el rostro! Y el amor, y la pasión, y el deseo, y el ardor entraron en él y le dominaron. Entonces le dijo el visir: «¡Lejos de ti toda pena y todo mal, mi señor! ¿Por qué te veo súbitamente demudado, y sufriendo, y dolorido?» Juder contestó: «¡Oh visir, la culpa es de esa joven! ¿De quién es hija? ¡Me ha avasallado y me ha arrebatado la razón!» El visir contestó: «¡Es la hija de tu amigo el rey! ¡Si te gusta verdaderamente, hablaré al rey para que te la dé en matrimonio!» Juder dijo: «¡Oh visir, háblale! ¡Y por mi vida, que te daré todo lo que me pidas! ¡Y daré al rey cuanto me reclame como dote de su hija! ¡Y seremos amigos y parientes por alianza!» El visir contestó: «¡Voy á emplear toda mi influencia á fin de obtener para ti lo que anhelas!» Y habló al rey en

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

secreto, y le dijo: «¡Oh rey Schams Al-Daula, he aquí que tu amigo Juder desea aproximarse á ti con la alianza! ¡Y se ha encomendado á mí para que te hable con objeto de que le concedas en matrimonio tu hija El-Sett Asia! ¡No me rechaces, pues, y acepta mi intercesión! ¡Y te pagará Juder cuanto pidas como dote de tu hija!» El rey contestó: «¡Pagada y recibida está ya la dote! ¡Y la hija es una esclava á su servicio! ¡Se la doy por esposa, y con aceptarla él de mí, me hace el mayor de los honores!» Y dejaron transcurrir aquella noche sin concretar más.

Pero al día siguiente por la mañana el rey congregó su diván, y convocó á él á grandes y á pequeños, á amos y á servidores; é hizo ir al jeique al-Islam para la circunstancia. Y Juder formuló su demanda de matrimonio, y el rey la aceptó, y dijo: «¡En cuanto á la dote, ya la recibí!» Y se extendió el contrato.

Entonces Juder hizo llevar allá el saco de las joyas y de las pedrerías, y se lo regaló al rey como dote de su hija. Y al punto resonaron los timbales y los atambores, y tocaron las flautas y los clarinetes, y la fiesta y la alegría llegaron á su apogeo, en tanto que Juder penetraba en la cámara nupcial y poseía á la joven.

Y Juder y el rey vivieron juntos, estrechamente unidos, durante días numerosos. Tras de lo cual murió el rey.

Entonces las tropas reclamaron á Juder para el

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

sultanato, y como él rehusara, siguieron importunándole hasta que aceptó. Y le nombraron sultán.

Y he aquí que el primer acto de Juder sultán consistió en erigir una mezquita sobre la tumba del rey Schams Al-Daula; y llevó á ella ricos donativos; y para emplazamiento de aquella mezquita escogió el barrio de los Bundukania, elevándose su palacio en el barrio de los Yamania. Y desde aquel entonces el barrio de la mezquita y la propia mezquita tomaron el nombre de Judería.

Luego se apresuró el sultán Juder á nombrar visires á sus dos hermanos, á Salem visir de Su Derecha y á Salim visir de Su Izquierda. Y vivieron así en paz sólo un año, no más.

Al cabo de este tiempo, Salem dijo á Salim: «¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 486.ª NOCHE

Ella dijo:

...Al cabo de este tiempo, Salem dijo á Salim: «¡Oh hermano mío! ¿hasta cuándo vamos á permanecer en tal estado? ¿Nos vamos á pasar toda la vida como servidores de Juder, sin disfrutar á nues-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tra vez de la autoridad y la felicidad mientras Juder viva? Salim contestó: «¿Qué podríamos hacer para matarle y quitarle el anillo y el saco? ¡Sólo tú sabrás combinar alguna estratagema para llegar á matarle, porque eres más experto y más inteligente que yo!» Dijo Salem: «Si combinara yo una estratagema para su muerte, ¿te conformarías con que yo fuese sultán y te tuviese á ti por visir de Mi Derecha? ¡Y sería para mí el anillo y para ti el saco!» El otro dijo: «¡Acepto!» Y acordaron el asesinato de Juder para alcanzar el poder soberano y disfrutar como reyes los bienes de este mundo.

Cuando hubieron combinado la estratagema, fueron en busca de Juder, y le dijeron: «¡Oh hermano nuestro! ¡quisiéramos que esta tarde te dignaras darnos el gusto de ir á merendar en nuestro mantel, porque hace mucho tiempo que no te hemos visto franquear el umbral de nuestra hospitalidad!» Dijo Juder: «¡Pues no os atormentéis por eso! ¿En casa de cuál de vosotros dos debo presentarme á aceptar la invitación?» Salem contestó: «¡Primero en mi casa! ¡Y cuando hayas probado los manjares de mi hospitalidad, irás á aceptar la invitación de mi hermano!» Juder repuso: «No hay inconveniente.» Y fué á ver á Salem en sus habitaciones del palacio.

¡Pero no sabía lo que le esperaba, porque apenas tomó el primer bocado del festín, cayó hecho trizas, con la carne por un lado y los huesos por otro! El veneno había surtido su efecto.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Entonces se levantó Salem y quiso sacarle del dedo el anillo; pero como el anillo no quería salir, le cortó el dedo con un cuchillo. Cogió entonces el anillo y frotó el engarce. Al punto apareció el efrit Trueno-Penetrante, servidor del anillo, que dijo: «¡Heme aquí! ¡Pide y obtendrás!» Salem le dijo: «Te ordeno que te apoderes de mi hermano Salim y le mates. ¡Luego le cogerás y también cogerás á Juder, que está ahí sin vida, y arrojarás los dos cuerpos, el del envenenado y el del asesinado, á los pies de los principales jefes de las tropas!» Y el efrit Trueno, que obedecía todas las órdenes dadas por cualquier poseedor del anillo, fué en seguida á buscar á Salim y le mató; después cogió los dos cuerpos sin vida y los arrojó á los pies de los jefes de las tropas, que precisamente estaban reunidos comiendo en la sala de las comidas.

Cuando los jefes de las tropas vieron los cuerpos sin vida de Juder y de Salim, dejaron de comer y alzaron los brazos, espantados y temblorosos, preguntando al mared: «¿Quién cometió ese crimen en las personas del rey y del visir?» El otro contestó: «¡Su hermano Salem!» Y en aquel mismo momento hizo Salem su entrada, y les dijo: «¡Oh jefes de mis tropas, y vosotros todos, soldados míos, comed y estad contentos! Me he hecho el dueño de este anillo que arrebaté á mi hermano Juder. Y este mared que tenéis ante vosotros es el mared Trueno-Penetrante, servidor del anillo. ¡Y soy yo quien le ha ordenado que diera muerte á mi her-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mano Salim, para no tener que compartir el trono con él! ¡Por otra parte, era un traidor, y temía que me traicionase! ¡Así es que, como Juder ha muerto, quedo yo como sultán único! ¿Queréis aceptarme por rey, ó queréis mejor que frote el anillo y haga que el efrit os mate á todos, grandes y pequeños, hasta el último?»

Al oir estas palabras, los jefes de las tropas, poseídos de un temor grande, no osaron protestar, y contestaron: «¡Te aceptamos por rey y sultán!»

Entonces ordenó Salem que se celebraran los funerales de sus hermanos. Luego convocó al diván, y cuando todo el mundo estuvo de vuelta de los funerales, se sentó en el trono; y recibió como rey los homenajes de todos sus súbditos. Después de lo cual, dijo: «¡Ahora quiero que se extienda mi contrato matrimonial con la esposa de mi hermano!» Le contestaron: «¡No hay inconveniente! ¡Pero es preciso esperar á que pasen los cuatro meses y diez días de viudedad!» Salem contestó: «¡Conmigo no rezan esas formalidades ni otras fórmulas análogas! ¡Por la vida de mi cabeza, que necesito entrar en la esposa de mi hermano esta misma noche!» No hubo más remedio que extender el contrato de matrimonio, y se previno de la cosa á la esposa de Juder, El-Sett Asia, la cual repuso: «¡Que venga...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 487.ª NOCHE

Ella dijo:

...y se previno de la cosa á la esposa de Juder, El-Sett Asia, la cual repuso: «¡Que venga!» Y cuando llegó la noche, Salem penetró en el aposento de la esposa de Juder, que hubo de recibirle con las demostraciones de la alegría más viva y con los deseos de bienvenida. Y le ofreció, para que refrescase, una copa de sorbete, bebiéndosela él para caer destrozado, como cuerpo sin alma. Y así acaeció su muerte.

A la sazón, El-Sett Asia cogió el anillo mágico y lo hizo añicos para que nadie en adelante lo utilizase de un modo culpable, y cortó en dos el saco encantado, rompiendo así el encanto que poseía.

Tras de lo cual, mandó prevenir al jeique al-Islam de cuanto había sucedido, y avisó á los notables del reino que ya podían elegir nuevo rey, diciéndoles: «¡Escoged otro sultán para que os gobierne!»

«¡Y he aquí—continuó Schahrazada—todo lo que sé de la historia de Juder, de sus hermanos y del saco y el anillo encantados! Pero también sé, ¡oh rey afortunado! una historia asombrosa que se llama...

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

HISTORIA DE ABU-KIR Y DE ABU-SIR

Dijo Schahrazada:

He llegado á saber, ¡oh rey afortunado! que en la ciudad de Iskandaria había antaño dos hombres, uno de los cuales era tintorero y se llamaba Abu-Kir, y el otro era barbero y se llamaba Abu-Sir. Y eran vecinos uno de otro en el zoco, porque se tocaban las puertas de sus tiendas.

¡Y he aquí que el tintorero Abu-Kir era un insigne bribón, un embustero de lo más detestable, un desvergonzado! ¡Ni más ni menos! ¡Sin duda alguna, debieron tallarse sus sienes con algún granito irreductible y debió labrarse su cabeza con la piedra de los escalones de una iglesia de judíos!

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

De no ser así, ¿cómo hubiera él tenido tan desvergonzada audacia para las fechorías y las ruindades todas? Entre otras diversas estafas, acostumbraba á hacer que sus clientes le pagasen por adelantado, con pretexto de que necesitaba dinero para comprar colores, y nunca devolvía las telas que le llevaban á teñir. Por el contrario, no sólo se gastaba el dinero que había cobrado de antemano, comiendo y bebiendo á su sabor, sino que vendía en secreto las telas depositadas en su casa, y con ello se pagaba toda clase de regocijos y diversiones de primera calidad. Y cuando volvían los clientes para reclamarle sus efectos, siempre encontraba medio de entretenerles y hacerles esperar indefinidamente, unas veces con un pretexto y otras con otro. Por ejemplo, decía: «¡Por Alah, ¡oh mi amo! que ayer parió mi esposa, y me he visto obligado á correr de un lado para otro durante todo el día!» Ó decía también: «Ayer tuve invitados, y me ocuparon todo el tiempo mis deberes de hospitalidad para con ellos; pero, si vuelves dentro de dos días, desde el amanecer encontrarás terminada tu tela.» Y dilataba todo lo posible los compromisos con su parroquia, hasta que alguno exclamaba, impacientado: «¡Bueno! ¿vas á decirme la verdad de lo que ocurre con mis telas? ¡Devuélvemelas! ¡Ya no quiero teñirlas!» Entonces contestaba él: «¡Por Alah, que estoy desesperado!» Y alzaba al cielo las manos, haciendo toda clase de juramentos de que iba á decir la verdad. Y después de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lamentarse y golpearse las manos una contra otra, exclamaba: «Figúrate, ¡oh mi amo! que cuando estuvieron teñidas las telas, las puse á secar bien tendidas en las cuerdas que hay delante de mi tienda, y me ausenté un instante para ir á orinar; cuando volví habían desaparecido, robándomelas algún forajido, ¡quizás mi mismo vecino, ese barbero calamitoso!» Al oir estas palabras, si el cliente era un buen hombre entre las personas tranquilas, se contentaba con responder: «¡Alah me indemnizará!» y se iba. Pero si el cliente era hombre irritable, se ponía furioso y llenaba de injurias al tintorero y comenzaba á golpes con él, provocando una disputa pública en la calle, en medio de la aglomeración de gente. Y á pesar de todo, y aun á despecho de la autoridad del kadí, no conseguía recobrar sus efectos, ya que faltaban pruebas, y por otra parte, en la tienda del tintorero no había nada que pudiese embargarse y venderse. Y aquel comercio duró bastante tiempo, el necesario para chasquear uno tras de otro á todos los mercaderes del zoco y á todos los habitantes del barrio. Y el tintorero Abu-Kir vió á la sazón perdido irremediablemente su crédito y aniquilado su comercio, pues no había ya nadie á quien pudiese despojar. Y fué objeto de la desconfianza general, y se le citaba en proverbios cuando se quería hablar de las bribonadas que hacen las gentes de mala fe.

Cuando el tintorero Abu-Kir vióse reducido á la miseria, fué á sentarse delante de la tienda de su

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vecino el barbero Abu-Sir, y le puso al corriente del mal estado de sus negocios, y le dijo que ya no le quedaba mas que morirse de hambre. Entonces el barbero Abu-Sir, que era un hombre que marchaba por la senda de Alah, y aunque muy pobre era escrupuloso y honrado, se compadeció de la miseria de quien era más pobre que él, y contestó: «¡El vecino se debe á su vecino! ¡Quédate aquí y come y bebe y participa de los bienes de Alah, hasta que lleguen días mejores!» Y le recibió con bondad, y atendió á todas sus necesidades durante un largo transcurso de tiempo.

Pero he aquí que un día el barbero Abu-Sir se quejaba al tintorero Abu-Kir de los rigores de la suerte, y le decía: «¡Ya lo ves, hermano mío! No soy, ni mucho menos, un barbero torpe y mi mano es ligera en la cabeza de mis clientes. ¡Pero como mi tienda es pobre y yo también soy pobre, nadie viene á afeitarse en mi casa! ¡Apenas si por la mañana, en el hammam, algún mandadero ó algún fogonero se dirige á mí para que le afeite los sobacos ó le aplique en el vientre pasta depilatoria! ¡Y con las pocas monedas que esos pobres dan á un pobre como yo, puedo alimentarte, alimentarme y subvenir á las necesidades de la familia que soporto á mi cuello! ¡Pero Alah es grande y generoso!» El tintorero Abu-Kir contestó: «Verdaderamente eres muy infeliz al aguantar con tanta paciencia la miseria y los rigores de la suerte, habiendo medios de enriquecerse y de vivir con

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

holgura. Te disgusta tu oficio, que no te produce nada, y yo no puedo ejercer el mío en este país lleno de gentes malévolas. No nos queda otro recurso que abandonar esta tierra cruel y marcharnos á viajar en busca de alguna ciudad donde nos sea fácil ejercer nuestro arte con fruto y satisfacción. ¡Por lo demás, cuántas ventajas reportan los viajes! Viajar es alegrarse, es respirar el aire libre, es descansar de las preocupaciones de la vida, es ver nuevos países y nuevas tierras, es instruirse, y cuando se tiene entre las manos un oficio tan honorable y excelente como el mío y el tuyo, y sobre todo tan admitido generalmente en todas las tierras y en los pueblos más diversos, es ejercerlo con grandes beneficios, honores y prerrogativas. Y además, no ignoras lo que ha dicho el poeta acerca del viaje:

¡Deja las moradas de tu patria, si aspiras á cosas grandes, é invita á viajar á tu alma!

¡En el umbral de tierras nuevas te esperan los placeres, las riquezas, los buenos modales, la ciencia y las amistades escogidas!

Y si te dicen: «¡Qué de penas y preocupaciones y peligros vas á soportar en tierra lejana, amigo!», contesta: «¡Vale más estar muerto que vivo, si ha de vivirse siempre en el mismo lugar, cual insecto roedor, entre envidiosos y espías!»

»¡Así pues, hermano mío, no podemos hacer nada mejor que cerrar nuestras tiendas y viajar

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

juntos para mejorar de suerte!» Y continuó hablándole con lengua tan elocuente, que el barbero Abu-Sir quedó convencido de la urgencia de la marcha, y se apresuró á hacer sus preparativos, que consistieron en envolver en un retazo viejo de tela remendada su bacía, sus navajas, sus tijeras, su suavizador y algunos otros pequeños utensilios, yendo luego á despedirse de su familia y volviendo á la tienda en busca de Abu-Kir, que le esperaba. Y le dijo el tintorero: «Ahora sólo nos resta recitar la Fatiha liminar del Korán para dar fe de que somos hermanos y comprometernos juntos á guardar en lo sucesivo en la misma arca nuestra ganancia, repartiéndonosla con toda imparcialidad á nuestro regreso á Iskandaria. ¡Como también debemos prometernos que aquel de entre nosotros que encuentre antes trabajo se obligará á mantener al que no pueda ganar nada!» El barbero Abu-Sir no puso ninguna dificultad al reconocer la legitimidad de estas condiciones; y ambos, entonces, para afirmar sus mutuos compromisos, recitaron la Fatiha liminar del Korán...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 488.ª NOCHE

Ella dijo:

...y ambos, entonces, para afirmar sus mutuos compromisos, recitaron la Fatiha liminar del Korán. Tras de lo cual el honrado Abu-Sir cerró su tienda y entregó la llave al propietario, á quien pagó en seguida; luego tomaron ambos el camino del puerto, y sin ninguna clase de provisiones, embarcaron en un navío que se hacía á la vela.

El Destino les favoreció durante el viaje y hubo de ayudarles por mediación de uno de ellos. En efecto, entre los pasajeros y la tripulación, cuyo número total ascendía á ciento cuarenta hombres, sin contar al capitán, no había más barbero que Abu-Sir; y por consiguiente, él solo podía afeitar convenientemente á los que necesitaban afeitarse. Así es que, en cuanto el navío se hizo á la vela, el barbero dijo á su compañero: «Hermano mío, nos hallamos en mitad del mar, y es preciso que encontremos de comer y beber. Voy, pues, á intentar ofrecer mis servicios á los pasajeros y á los marineros, por si me dice alguno: «¡Ven ¡oh barbero! á afeitarme la cabeza!» ¡Y le afeitaré la cabeza mediante un pan ó algún dinero ó un trago de

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

agua, de lo cual podremos aprovecharnos tú y yo!» El tintorero Abu-Kir contestó: «¡No hay inconveniente!» Y se echó en el puente, colocó la cabeza lo mejor que pudo y se durmió sin más ni más, mientras el barbero se disponía á buscar trabajo.

A este fin, Abu-Sir cogió sus pertrechos y una taza de agua, se echó al hombro un pedazo de lienzo á modo de toalla, pues era pobre, y empezó á circular entre los pasajeros. A la sazón uno de ellos le dijo: «¡Ven ¡oh maestro! á afeitarme!» Y el barbero le afeitó la cabeza. Y cuando hubo acabado, como el pasajero le ofreciera alguna moneda de cobre, le dijo él: «¡Oh hermano mío! ¿qué voy á hacer aquí con este dinero? ¡Si quisieras darme un pedazo de pan, me resultaría más ventajoso y más bendito en este mar, porque traigo conmigo un compañero de viaje y son exiguas nuestras provisiones!» Entonces el pasajero le dió un pedazo de pan y un trozo de queso y le llenó de agua la taza. Y Abu-Sir cogió aquello y fué á ver á Abu Kir, y le dijo: «¡Toma este pedazo de pan y cómetelo con este trozo de queso y bebe agua de esta taza!» Y Abu-Kir lo tomó, y comió y bebió. Entonces Abu-Sir el barbero volvió á coger sus pertrechos, se echó al hombro la tela, cogió en la mano la taza vacía, y empezó á recorrer el navío entre las filas de pasajeros agrupados ó echados, y afeitó á uno por dos panecillos, á otro por un pedazo de queso, ó un cohombro, ó una raja de sandía, ó incluso por dinero; y tuvo tanta suerte, que al fin de la jorna-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

da había recogido treinta panecillos, treinta medios dracmas, y una porción de queso, y aceitunas, y cohombros, y varias tortas de lechecilla seca de Egipto, que se extrae de los excelentes pescados de Damieta. Y además, supo ganarse tantas simpatías entre los pasajeros, que podía obtener de ellos cuanto les pidiera. Y se hizo tan popular, que su habilidad llegó á oídos del capitán, el cual quiso que también le afeitara á él la cabeza. Y Abu-Sir afeitó la cabeza al capitán y no dejó de quejársele de los rigores de la suerte y de la penuria en que se hallaba y de las escasas provisiones que poseía. Y asimismo le dijo que llevaba con él un compañero de viaje. Entonces, el capitán, que era un hombre espléndido y que, además, estaba encantado de los buenos modales y de la ligereza de mano del barbero, contestó: «¡Bien venido seas! Deseo que todas las noches vengas con tu compañero á cenar conmigo. ¡Y no os preocupéis por nada ninguno de los dos mientras viajéis en nuestra compañía!»

El barbero fué entonces á buscar al tintorero, que, como de costumbre, estaba durmiendo, y que cuando una vez despierto vió junto á su cabeza tanta abundancia de panecillos, queso, sandía, aceitunas, cohombros y lechecillas secas, exclamó maravillado: «¿De dónde sacaste todo eso?» Abu-Sir contestó: «De la munificencia de Alah (¡exaltado sea!).» Entonces el tintorero se arrojó sobre las provisiones, como si fuese á pasarlas todas de una

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vez á su estómago querido; pero le dijo el barbero: «No comas de esas cosas, hermano mío, que pueden sernos útiles en un momento de necesidad, y escúchame. Has de saber, en efecto, que he afeitado al capitán, y me he quejado ante él de nuestra escasez de provisiones; y me contestó: «¡Bien venido seas, y ven todas las noches con tu compañero á cenar conmigo!» ¡Y he aquí que precisamente esta noche comeremos por primera vez con él!» Pero Abu-Kir contestó: «¡Me tienen sin cuidado todos los capitanes! Estoy mareado y no puedo abandonar mi sitio. ¡Déjame aplacar el hambre con estas provisiones y ve á cenar con el capitán tú solo!» Y dijo el barbero: «¡No hay inconveniente en hacerlo!» Y en espera de la hora de cenar, se quedó mirando comer á su compañero.

Y he aquí que el tintorero se puso á partir y á probar los alimentos, como el picapedrero que parte bloques de piedra en las canteras, y á devorarlos con un ruido igual al que haría un elefante que estuviera días y días sin comer y tragara con gruñidos y gargarizaciones; y unos bocados ayudaban á otros bocados, empujándolos á las puertas del gaznate; y cada pedazo entraba antes de que hubiese desaparecido el anterior; y los ojos del tintorero se abrían exageradamente como los ojos de un ghul al desfilar cada trozo, y le cocían con sus resplandores, abrasándolo, y resoplaba y berreaba cual un buey que bramase ante las habas y el heno.

Entretanto, apareció un marinero, que dijo al

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

barbero: «¡Oh maestro de tu oficio! el capitán te dice: «¡Trae á tu compañero y ven á cenar!» Entonces Abu-Sir preguntó á Abu-Kir: «¿Te decides á acompañarme?» El otro contestó: «¡No tengo fuerzas para andar!» Y se fué el barbero solo y vió al capitán sentado en el suelo ante un amplio mantel encima del cual había veinte manjares, ó acaso más, de diferentes colores; y no esperaban mas que á que llegase para empezar la comida, á la que también estaban invitadas diversas personas de á bordo. Y al verle solo, el capitán le preguntó...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 489.ª NOCHE

Ella dijo:

...Y al verle solo, el capitán le preguntó: «¿Dónde está tu compañero?» El barbero contestó: «¡Oh mi amo, se ha mareado y está aturdido!» El capitán dijo: «Eso no tiene la menor importancia. ¡Ya se le pasará el mareo! ¡Siéntate junto á mí, y en el nombre de Alah!» Y cogió un plato y lo llenó de manjares de todos colores, con tan poca paciencia que cada ración podría satisfacer á diez personas. Y cuando el barbero hubo acabado

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

de comer, el capitán le ofreció otro plato, diciéndole: «¡Lleva este plato á tu compañero!» Y Abu-Sir se apresuró á llevar el plato lleno á Abu-Kir, á quien encontró masticando con los colmillos y trabajando con las muelas como un camello, en tanto que seguían desapareciendo rápidamente en sus fauces bocados enormes, uno tras de otro. Y le dijo Abu-Sir: «¿No te dije que no te hartaras con esas provisiones? ¡Mira! He aquí las cosas admirables que te envía el capitán. ¿Qué tienes que decir de estas excelentes agujas de kabab de cordero que vienen de la mesa de nuestro capitán?» Abu-Kir dijo con un gruñido: «¡Dámelo!» Y se precipitó sobre el plato que le ofrecía el barbero, y se puso á devorarlo todo á dos manos, con la voracidad del lobo, ó la rapacidad del león, ó la ferocidad del buitre que se abate sobre las palomas, ó la furia del hambriento que creyó perecer de hambre y no hace remilgos para rellenarse desaforadamente. Y en algunos instantes dejó limpio el plato y lo lamió para tirarlo luego vacío en absoluto. Entonces el barbero recogió el plato y se lo dió á unos tripulantes, para ir él después á beber algo con el capitán, volviendo más tarde para pasar la noche al lado de Abu-Kir, que ya roncaba por todos los agujeros de su cuerpo, produciendo tanto estrépito como el agua al azotar el barco.

Al día siguiente y en los posteriores el barbero Abu-Sir siguió afeitando á los pasajeros y á los marineros, ganando víveres y provisiones, cenando

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

por la noche con el capitán y sirviendo con toda generosidad á su compañero, quien, por su parte, se limitaba á dormir, sin despertarse mas que para comer ó hacer sus necesidades, y así durante veinte días de navegación, hasta que, por la mañana del vigésimoprimer día, el navío entró en el puerto de una ciudad desconocida.

Entonces Abu-Kir y Abu-Sir bajaron á tierra y fueron á alquilar en un khan una vivienda pequeña, que se apresuró á amueblar el barbero con una estera nueva comprada en el zoco de los estereros, y dos mantas de lana. Tras de lo cual, el barbero, no bien atendió á todas las necesidades del tintorero, que continuaba quejándose del mareo, le dejó dormido en el khan, y se fué por la ciudad, cargado con sus pertrechos, para ejercer su profesión por las esquinas, al aire libre, afeitando á mandaderos, á arrieros, á barrenderos, á vendedores ambulantes y hasta á mercaderes de bastante importancia, que fueron á él atraídos por su navaja experta. Y por la noche volvió para poner los manjares á la vista de su compañero, al cual halló dormido y no consiguió despertarle mas que haciéndole oler las emanaciones de las agujas de cordero. Y duró de tal forma aquel estado de cosas cuarenta días enteros, quejándose siempre Abu-Kir de un residuo de mareo; y á diario, una vez á mediodía y otra vez al ponerse el sol, iba el barbero al khan para servir y dar de comer al tintorero con la ganancia que le proporcionaba el destino del día y su nava-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

ja; y el tintorero se tragaba panecillos, cohombros, cebollas frescas y agujas de kabab sin fatiga ninguna de su cuidado estómago; y en vano el barbero le encomiaba la belleza sin par de aquella ciudad desconocida y le invitaba á que le acompañase á dar un paseo por los zocos ó los jardines, pues Abu-Kir contestaba invariablemente: «¡Todavía tengo mareo en la cabeza!» Y después de exhalar diversos regüeldos y soltar diversos cuescos de diversas calidades, se sumergía de nuevo en su pesado sueño. Y el excelente y honrado barbero Abu-Sir no hacía el menor reproche á su desvergonzado compañero ni le importunaba con quejas ó disputas.

Pero, al cabo de aquellos cuarenta días, el pobre barbero cayó enfermo, y como no podía salir para dedicarse á su trabajo, rogó al portero del khan que cuidase á su compañero Abu-Kir y le comprara todo lo que necesitase. Mas algunos días después empeoró tan gravemente el estado del barbero, que el pobre perdió sus facultades y quedóse inerte y como muerto. Así es que, como ya no le alimentaban ni le compraban lo necesario, el tintorero acabó por sentir la cruel quemadura del hambre y se vió obligado á levantarse para buscar á derecha y á izquierda algo que echarse á la boca. Pero ya había limpiado toda la vivienda, y no encontró absolutamente nada que comer; entonces registró la ropa de su compañero, que yacía inerte en el suelo, encontró una bolsa con la ganancia del

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

pobre acumulada moneda á moneda durante la travesía y en los cuarenta días de trabajo, se la guardó en su cinturón, y sin ocuparse de su compañero enfermo, como si no existiese, salió, cerrando tras sí el picaporte de la puerta de su vivienda. Y como en aquel momento estaba ausente el portero del khan, nadie le vió salir ni le preguntó adónde iba.

Y he aquí que lo primero que hizo Abu-Kir fué correr á casa de un pastelero, donde se compró una bandeja entera de kenafa y otra de hojaldres escarchados; y encima se bebió un cántaro de sorbete de almizcle y otro de ámbar y azufaifas. Tras de lo cual...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 490.ª NOCHE

Ella dijo:

...Tras de lo cual se dirigió al zoco de los mercaderes y se compró hermosos vestidos y preseas hermosas, y suntuosamente ataviado empezó á pasearse despacio por las calles, distrayéndose y divirtiéndose con las cosas nuevas que á cada paso descubría en aquella ciudad sin par en el mundo, según creía él. Pero, entre otras cosas, le llamó la

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

atención particularmente un hecho extraño. Notó, en efecto, que todos los habitantes, sin excepción, iban vestidos iguales, con telas de los mismos colores: no se veían mas que azules y blancas y no otras. Hasta en las tiendas de los mercaderes no había mas que telas blancas y telas azules, sin que las hubiese de otro color. En los establecimientos de los vendedores de perfumes tampoco había mas que blanco y azul; y el kohl mismo era visiblemente azul. Los expendedores de sorbetes no tenían en las garrafas mas que sorbetes blancos, sin que los tuviesen rojos, ó rosados, ó violados. Y aquel descubrimiento le asombró en extremo. Pero donde su estupefacción llegó á los últimos límites, fué á la puerta de un tintorero; en las cubas del tintorero sólo vió, efectivamente, tinte azul índigo y ningún otro más. Entonces, sin poder reprimir su curiosidad y su asombro, Abu-Kir entró en la tienda y sacó del bolsillo un pañuelo blanco, dándoselo al tintorero, y diciéndole: «¿Cuánto me llevarás ¡oh maestro de tu oficio! por teñirme este pañuelo? ¿Y de qué color lo dejarás?» El maestro tintorero contestó: «¡Por teñirte ese pañuelo no te llevaré mas que veinte dracmas! ¡En cuanto al color, será azul índigo sin duda!» É indignado ante demanda tan exorbitante, exclamó Abu-Kir: «¿Cómo? ¿pides veinte dracmas por teñirme este pañuelo, y lo vas á hacer de azul? ¡Pero si en mi país no cuesta más de medio dracma!» El maestro tintorero contestó: «¡En ese caso, buen hombre,

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

vuélvete á tu país para teñirlo! ¡Aquí no podemos hacerlo por menos de veinte dracmas, sin rebajar ni una moneda de cobre!» Entonces repuso Abu-Kir: «¡Bueno! pero no quiero teñirlo de azul. ¡Es rojo como lo quiero!» El otro preguntó: «¿En qué lengua estás hablando? ¿Y qué entiendes por rojo? ¿Acaso hay tinte rojo?» Abu-Kir dijo estupefacto: «¡Entonces, tíñemelo de verde!» El tintorero preguntó: «¿Y qué es el tinte verde?» Abu-Kir dijo: «¡Entonces, de amarillo!» El otro contestó: «¡No conozco ese tinte!» Y Abu-Kir siguió enumerándole diversos colores de tintes, sin que el maestro tintorero comprendiese lo que le decía. Y como le preguntase Abu-Kir si los demás tintoreros eran tan ignorantes como él, le contestó: «En esta ciudad hay cuarenta tintoreros, que formamos una corporación inasequible para todos los demás habitantes, y nuestro arte se transmite de padres á hijos y solamente al morir uno de nosotros. ¡En cuanto á emplear otro tinte que el azul, jamás pensamos en semejante cosa!»

Al oir estas palabras del tintorero, dijo Abu-Kir: «Has de saber ¡oh maestro de tu oficio! que también yo soy tintorero y sé teñir las telas no sólo de azul, sino de una infinidad de colores que ni siquiera sospechas. ¡Tómame, pues, á tu servicio, mediante un salario, y te enseñaré todos los detalles de mi arte, y entonces podrás gloriarte de tu saber ante toda la corporación de tintoreros!» El otro contestó: «¡No podemos aceptar extranjeros

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

en nuestra corporación y en nuestro oficio!» Abu-Kir preguntó: «¿Y si yo abriera por mi cuenta una tintorería?» El otro contestó: «¡Tampoco podrás hacerlo!» Entonces no insistió más Abu-Kir, salió de la tienda y fué en busca de un segundo tintorero, luego de un tercero, y de un cuarto, y de todos los demás tintoreros de la ciudad, y todos le recibieron igual y le dieron las mismas respuestas, sin aceptarle ni como maestro ni como aprendiz. Y fué á exponer su queja al jeique síndico de la corporación, que le contestó: «Nada puedo hacer. Nuestra costumbre y nuestras tradiciones nos prohiben que admitamos entre nosotros un extranjero.»

Ante semejante recibimiento de unánime repulsa por parte de todos los tintoreros, Abu-Kir sintió que se le hinchaba de furor el hígado, y fué á palacio y se presentó al rey de la ciudad, y le dijo: «¡Oh rey del tiempo! soy extranjero y ejerzo la profesión de tintorero, y sé teñir de cuarenta colores diferentes las telas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 491.ª NOCHE

Ella dijo:

»...y sé teñir de cuarenta colores diferentes las telas. Y sin embargo, me ha sucedido *tal* y *cual* cosa con los tintoreros de esta ciudad, que no saben teñir mas que de azul. No obstante, yo puedo dar á una tela los colores y matices más encantadores; el rojo en sus diversos tonos, como el rosa y el azufaifa; el verde en sus diversos tonos, como verde vegetal, verde alfónsigo, verde aceituna y verde ala de cotorra; el negro en sus diversos tonos, como negro carbón, negro de brea y negro azulado de kohl; el amarillo en sus diversos tonos, como amarillo toronja, amarillo anaranjado, amarillo limón y amarillo de oro, ¡y otros muchos colores extraordinarios! ¡Ni más ni menos! ¡Y he aquí que, á pesar de todo, los tintoreros de acá no han querido admitirme ni como maestro ni como aprendiz á jornal!»

Al oir estas palabras de Abu-Kir y esta enumeración prodigiosa de colores de que nunca habia oído hablar ni supuesto su existencia, el rey se maravilló y se estremeció, y exclamó: «¡Ya Alah, eso es admirable!» Luego dijo á Abu-Kir: «Si es verdad lo que dices, ¡oh tintorero! y si verdaderamen-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

te puedes, merced á tu arte, regocijarnos la vista con tantos colores maravillosos, desecha toda preocupación y tranquilízate. Yo mismo voy á abrirte en seguida una tintorería y á darte un fuerte capital en dinero. ¡Y no tienes nada que temer de los de la corporación, pues si alguno de ellos, por desgracia, intentara molestarte, haría que le colgaran á la puerta de su tienda!» Y al punto llamó á los arquitectos de palacio, y les dijo: «Acompañad á este maestro admirable, recorred con él toda la ciudad, y cuando haya encontrado un lugar de su gusto, sea tienda ó khan, ó casa ó jardín, echad de allí inmediatamente á su propietario, y construid á toda prisa en aquel emplazamiento una gran tintorería con cuarenta cubas de grandes dimensiones y otras cuarenta de dimensiones más pequeñas. Y obrad en todo conforme á las indicaciones de este gran maestro tintorero; observad puntualmente sus órdenes ¡y guardaos de desobedecerle en nada, ni siquiera con un gesto!» Luego el rey regaló á Abu-Kir un hermoso ropón de honor y una bolsa con mil dinares, diciéndole: «¡Diviértete con este dinero en tanto está lista la nueva tintorería!» Y le regaló, además, dos mozos jóvenes para su servicio y un maravilloso caballo enjaezado con una hermosa silla de terciopelo azul y una gualdrapa de seda del mismo color. Además, puso á su disposición, para que la habitara, una gran casa ricamente amueblada bajo su dirección y servida por gran número de esclavos.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

¡Así es que Abu-Kir, vestido de brocado á la sazón y montado en un hermoso caballo, aparecía brillante y majestuoso como un emir hijo de emir! Y al día siguiente, montado siempre en su caballo y precedido por dos arquitectos y por los dos mozos jóvenes, que hacían separarse á la multitud al pasar él, no dejó de recorrer las calles y los zocos en busca de un lugar donde levantar su tintorería. Y acabó por elegir una inmensa tienda abovedada, que estaba situada en medio del zoco, y dijo: «¡Este sitio es excelente!» Al punto los arquitectos y los mozos echaron al propietario, y comenzaron en seguida á demoler por un lado y á edificar por otro, y tanto celo pusieron en el cumplimiento de su tarea á las órdenes de Abu-Kir, que les decía desde su caballo: «¡Haced aquí *tal* y *cual* cosa, y allá *tal* y *cual* otra!», que en muy poco tiempo terminaron la construcción de una tintorería que no tenía igual en ningún lugar de la tierra.

Entonces hizo el rey que le llamaran, y le dijo: «Ahora hay que poner en movimiento la tintorería; pero sin dinero nada puede ponerse en movimiento. He aquí, pues, para empezar, cinco mil dinares de oro como primeros fondos. ¡Ya estoy impacientísimo por ver el resultado de tu arte de tintorero!» Y Abu-Kir cogió los cinco mil dinares, guardándolos cuidadosamente en su casa, y con algunos dracmas—pues los ingredientes necesarios estaban muy baratos y no tenían salida—compró en casa de un droguero todos los colores que estaban api-

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

lados en sacos intactos todavía, y los hizo transportar á su tintorería, donde los preparó y los disolvió diestramente en las cubas grandes y pequeñas...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 492.ª NOCHE

Ella dijo:

...y los disolvió diestramente en las cubas grandes y pequeñas...

Entretanto, le envió el rey quinientas piezas de telas blancas de seda, de lana y de lino, para que las tiñese con arreglo á su arte. Y Abu-Kir las tiñó de diferentes maneras, dándoles á unas colores puros de toda mezcla y á otras colores compuestos, de modo que no hubo ni una sola tela que se pareciese á otra; luego, para secarlas, las tendió en cuerdas que partían de su tienda é iban de un extremo á otro de la calle; y al secarse, se acentuaban maravillosamente los matices de las telas coloreadas y ofrecían al sol un espectáculo espléndido.

Cuando los habitantes de la ciudad vieron cosa tan nueva para ellos, quedaron pasmados; y los

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mercaderes cerraron sus tiendas para acudir á ver mejor aquello, y las mujeres y los niños prorrumpían en gritos de admiración, y preguntaban á Abu-Kir unos y otros: «¡Oh maestro tintorero! ¿cómo se llama este color?» Y les contestaba él: «¡Este es rojo granate! ¡este es verde de aceite! ¡este es amarillo toronja!» Y les nombraba todos los colores en medio de exclamaciones y de brazos alzados en señal de una admiración sin límites.

Pero de pronto el rey, á quien habían advertido que las telas estaban ya teñidas, se presentó en medio del zoco á caballo, precedido de sus espoliques, que le abrían paso entre la muchedumbre, y seguido por su escolta de honor. Y á la vista de tantos colores cambiantes como ofrecían las telas á impulso de la brisa que las hacía ondular en el aire incandescente, quedó entusiasmado hasta el límite del entusiasmo, y permaneció largo tiempo inmóvil, sin respirar y con los ojos en blanco. Y hasta los caballos, lejos de espantarse de aquel espectáculo inusitado, se mostraron sensibles á la fascinación de colores tan hermosos, y así como otras veces caracoleaban al son de flautas y clarinetes, se pusieron á bailar por su parte, embriagados con toda aquella gloria que rasgaba el aire y estallaba al viento.

En cuanto al rey, sin saber cómo honrar al tintorero, hizo apearse del caballo á su gran visir para que Abu-Kir montara en su lugar, manteniéndole á su derecha, y habiendo hecho recoger las

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

telas, emprendió el camino de palacio, donde colmó á Abu-Kir de oro, de presentes y de privilegios. Hizo luego que con las telas coloreadas cortasen trajes para él, para sus mujeres y para los notables de palacio, y que dieran otras mil piezas á Abu-Kir con objeto de que las tiñese tan maravillosamente; de modo que, al cabo de cierto tiempo, todos los emires primero y después todos los funcionarios, tuvieron trajes de colores. Y afluyeron los pedidos en cantidad tan considerable á casa de Abu-Kir, que fué nombrado tintorero real y no tardó en ser el hombre más rico de la ciudad; y los demás tintoreros, con el jefe de la corporación á la cabeza, fueron á darle excusas por su conducta anterior y le rogaron que los empleara en su casa en calidad de aprendices sin salario. Pero él no admitió sus excusas y les despidió humillantemente. Y ya no se veían por calles y zocos mas que gentes vestidas con telas multicolores y fastuosas que había teñido Abu-Kir, el tintorero del rey. ¡Y esto por lo que á él se refiere!

¡Pero he aquí lo referente á Abu-Sir, el barbero...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

PERO CUANDO LLEGÓ LA 493.ª NOCHE

Ella dijo:

...¡Pero he aquí lo referente á Abu-Sir, el barbero!

Despojado y robado por el tintorero, que se marchó después de encerrarle en la vivienda, permaneció tendido medio muerto durante tres días, al cabo de los cuales el portero del khan acabó por asombrarse de no ver salir á ninguno de los dos; y se dijo: «¡Acaso se hayan ido sin pagarme el importe del alquiler de la vivienda! ¡Quizá hayan muerto! ¡O quién sabe si tal vez ocurrirá otra cosa!» Y se dirigió á la puerta de la vivienda, y encontró la llave de madera en el picaporte, que estaba cerrado con los dos pestillos; y oyó como un débil gemido dentro. Abrió entonces la puerta y entró, y vió al barbero acostado en la estera, amarillo y cambiadísimo; y le preguntó: «¿Qué tienes, hermano mío, para quejarte de ese modo? ¿Y qué ha sido de tu compañero?» El pobre barbero contestó con voz muy débil: «¡Sólo lo sabe Alah! Hasta hoy estuve sin abrir los ojos. ¡No sé desde cuándo estoy aquí! Pero tengo sed, y te ruego ¡oh hermano mío! que cojas la bolsa que cuelga de mi cinturón y vayas á comprarme algo para poder sostenerme.» El

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

portero dió vueltas y más vueltas al cinturón; pero, como no encontraba allí ningún dinero, comprendió que lo había robado el otro compañero, y dijo al barbero: «¡No te preocupes por nada, ¡oh pobre! ¡Alah remunerará á cada cual con arreglo á sus obras! ¡Voy á ocuparme de ti y á cuidarte con mis ojos!» Y se apresuró á prepararle una escudilla llena de sopa, y se la llevó. Y le ayudó á tomarla, y le envolvió en una manta de lana, y le hizo sudar. Y se condujo así durante dos meses, sufragando todos los gastos del barbero, de modo que al cabo de este tiempo Alah otorgó la curación ayudado por él. Y Abu-Sir pudo entonces levantarse, y dijo al buen portero: «Si alguna vez me da poder para ello el Altísimo, sabré indemnizarte de cuanto gastaste en mí y agradecerte tus cuidados y bondades. Pero sólo Alah es capaz de remunerarte justamente con arreglo á tus méritos, ¡oh hijo predilecto!» El viejo portero del khan le contestó: «¡Loor á Alah por tu curación, hermano mío! ¡Yo no obré contigo como obré mas que por deseo del rostro de Alah el Generoso!» Luego el barbero quiso besarle la mano; pero el otro se negó á ello protestando; y se despidieron invocando cada uno sobre otro todas las bendiciones de Alah.

Salió, pues, del khan el barbero, cargado con sus pertrechos usuales, y empezó á recorrer los zocos. Pero aquel día le esperaba su Destino, que hubo de conducirle precisamente ante la tintorería de Abu-Kir, donde vió una enorme muchedumbre

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

contemplando las telas coloreadas que estaban tendidas en cuerdas por delante de la tienda y maravillándose y lanzando tumultuosas exclamaciones. Y preguntó á un espectador: «¿De quién es esa tintorería? ¿Y á qué obedece ese tumulto?» El hombre á quien hubo de preguntar le contestó: «¡Es la tienda de Abu-Kir, el tintorero del sultán! ¡Él es quien tiñe las telas con esos colores admirables, valiéndose de procedimientos extraordinarios! ¡Es un gran sabio en el arte de la tintorería!»

Al oir estas palabras, Abu-Sir se regocijó con toda el alma por la suerte de su compañero, y pensó: «¡Loor á Alah, que le ha abierto las puertas de las riquezas! ¡Te equivocabas ¡ya Abu-Sir! al pensar mal de tu antiguo compañero! ¡Si te abandonó y te olvidó, fué porque estaba muy ocupado en su trabajo! ¡Y si te cogió la bolsa, fué porque no tenía entre las manos nada con qué comprar colores! ¡Pero ahora verás como, en cuanto te haya reconocido, te recibe con cordialidad, acordándose de los servicios que le prestaste otras veces y del bien que le hiciste cuando estaba apurado! ¡Cómo se va á alegrar de verte!

Luego el barbero consiguió abrirse paso entre la muchedumbre y llegar á la puerta de la tintorería. Y miró al interior. Y vió á Abu-Kir tendido perezosamente en un diván alto, apoyándose en un montón de almohadones y con el brazo derecho encima de un cojín y el brazo izquierdo encima de otro cojín, y vestido con un traje parecido á los

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

trajes de los reyes, y había delante de él cuatro jóvenes esclavos negros y cuatro jóvenes esclavos blancos ataviados suntuosamente; y de aquella manera, hubo de aparecérsele tan majestuoso como un visir y tan grande como un sultán. Y vió á los obreros, en número de diez, poniendo mano á la obra y ejecutando las órdenes que les daba su amo sólo por señas.

Entonces Abu-Sir avanzó un paso y se detuvo precisamente delante de Abu-Kir, pensando: «¡Esperaré á que pose sobre mí sus ojos para hacerle mi zalema! ¡Quién sabe si me saludará él primero y se arrojará á mi cuello para besarme y condolerse por mi enfermedad y consolarme!»

Pero, apenas se encontraron sus ojos y una mirada se cruzó con otra...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

PERO CUANDO LLEGÓ LA 494.ª NOCHE

Ella dijo:

...Pero, apenas se encontraron sus ojos y una mirada se cruzó con otra, dió un salto el tintorero, exclamando: «¡Ah malvado, ladrón, cuántas veces te tengo prohibido que te pares delante de mi

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

tienda! ¿Es que quieres mi ruina y mi deshonra? ¡Hola, vosotros! ¡detenedle y apoderaos de él!

De modo que los esclavos blancos y los negros se precipitaron sobre el pobre barbero y le derribaron y le pisotearon; y hasta el propio tintorero se levantó, cogió un palo largo, y dijo: «¡Echadle de bruces!» Y le asestó doscientos palos en la espalda. Luego dijo: «¡Oh miserable harapiento! ¡oh traidor! ¡Como otro día vuelva á verte delante de mi tienda, te mandaré á presencia del rey, que te arrancará la piel y te empalará á la puerta de palacio! ¡Vete! ¡Que Alah te maldiga, ¡oh rostro de pez!» Entonces el pobre barbero, muy humillado y dolorido por aquel trato, y con el corazón roto y el alma encogida, se alejó de allí á rastras y emprendió el camino del khan, llorando en silencio y perseguido por la rechifla de la muchedumbre amotinada contra él y por las maldiciones de los admiradores de Abu-Kir el tintorero.

Cuando llegó á su vivienda, se echó encima de la estera cuan largo era y se puso á reflexionar sobre lo que acababa de hacerle sufrir Abu-Kir; y se pasó toda la noche sin poder pegar los ojos, de tan desgraciado y dolorido como se sentía. Pero por la mañana, frías ya las señales de los golpes, pudo lavarse y salir con intención de tomar un baño en el hammam para acabar de descansar y lavarse el cuerpo después de tanto tiempo como estuvo sin hacer sus abluciones durante la enfermedad. Preguntó, pues, á un transeunte: «Hermano

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

mío, ¿cuál es el camino del hammam?» El hombre contestó: «¿El hammam? ¿Qué es eso de hammam?» Abu-Sir dijo: «¡Pues el sitio donde va la gente á lavarse y á quitarse la suciedad y los filamentos que se forman en el cuerpo! ¡Es el lugar más delicioso del mundo!» El hombre contestó: «¡Échate, entonces, al mar! ¡allí es donde nos bañamos!» Abu-Sir dijo: «¡Pero si lo que deseo es un baño en el hammam!» El otro contestó: «No sabemos lo que quieres decir con eso del hammam. Nosotros, cuando queremos tomar un baño, nos vamos al mar; y hasta el rey, cuando quiere lavarse, hace como nosotros: se va á tomar un baño de mar.»

Cuando Abu-Sir enteróse de que el hammam era desconocido por los habitantes de aquella ciudad y se convenció de que ignoraban la costumbre de los baños calientes y las operaciones del masaje, limpieza de filamentos y depilación, se dirigió al palacio del rey y pidió audiencia, siéndole concedida. Se presentó, pues, al rey, y después de besar la tierra entre sus manos é invocar sobre él las bendiciones, le dijo: «¡Oh rey del tiempo! soy extranjero y barbero de profesión. Sé también ejercer otros oficios, especialmente el de estufista del hammam, y masajista, aunque en mi país cada una de estas profesiones la ejerce un hombre distinto, que en toda su vida no hace otra cosa. Y hoy quise ir al hammam en tu ciudad, ¡pero nadie supo indicarme el camino, y nadie comprendió lo que significaba la palabra hammam! ¡Por cierto que es

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

muy asombroso que una ciudad tan hermosa como la tuya carezca de hammams, cuando nada en el mundo hay tan excelente para embellecer y hacer las delicias de una ciudad! ¡En verdad ¡oh rey del tiempo! que el hammam es un paraíso de la tierra!» Al oir estas palabras, quedóse el rey extremadamente asombrado, y preguntó: «¿Podrás, entonces, explicarme qué es ese hammam de que me hablas? Porque no he oído hablar de él nunca.» Entonces dijo Abu-Sir: «¡Has de saber ¡oh rey! que el hammam es un edificio construído de *tal* y *cual* manera, y se baña uno en él de *tal* y *cual* modo y se experimentan allí *tales* y *cuales* delicias, porque se hacen *tales* y *cuales* cosas!» Y enumeró al detalle las cualidades, las ventajas y los placeres de un hammam bien acondicionado. Luego añadió: «¡Pero me saldrían pelos en la lengua antes de poder darte una idea exacta de lo que es un hammam y de sus goces! ¡Hay que experimentarlo para comprenderlo! ¡Y no será tu ciudad una ciudad verdaderamente perfecta hasta el día en que tenga un hammam!»

Al oir estas palabras de Abu-Sir, el rey se dilató de entusiasmo y se esponjó, y exclamó: «Bien venido seas á mi ciudad, ¡oh hijo de gentes de bien...

En este momento de su narración, Schahrazada vió aparecer la mañana, y se calló discretamente.

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

INDICE

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Editorial PROMETEO.—Valencia

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ, director literario de esta Editorial.—Novelas: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. Novelas de la Costa Azul. *5 pesetas volumen.*—Cuentos: La Condenada. Cuentos valencianos. *5 ptas. vol.*—Viajes: En el país del arte. Oriente. *5 pesetas volumen.*—Artículos: El militarismo mejicano. *5 ptas.*

V. BLASCO IBAÑEZ. SUS NOVELAS Y LA NOVELA DE SU VIDA, por Camilo Pitollet.—Profusa ilustración con retratos, estancias, actos, etc., de Blasco Ibáñez, desde su época de estudiante hasta el presente.—*5 ptas.*

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914, por V. Blasco Ibáñez. Ilustrada con millares de grabados y láminas.—Esta obra es á la vez un libro y un panorama. El eminente escritor, que vive en Francia y vió de cerca la guerra y sus efectos, la describe con su pluma de novelista, dándonos la sensación de algo vivido, de algo que el lector creerá haber presenciado por sí mismo. Sólo un evocador colorista como Blasco Ibáñez ha podido hacer las descripciones del entusiasmo de París, de la vida de campamento, del dolor trágico de los hospitales, de los horrores de la lucha, las grandes batallas, la guerra en el mar y en los aires, el heroísmo. Sólo un novelista de la realidad ha podido trazar retratos literarios como los de los principales personajes de la gran tragedia. Este libro quedará además, para las futuras generaciones, como el mejor resumen gráfico de la guerra. Volviendo sus hojas y examinando sus ilustraciones, se podrá formar idea de lo que fué la guerra. No hay una sola página que no lleve uno ó dos grabados, fotografías, retratos, caricaturas, documentos, planos y mapas. Hermosas láminas de doble hoja reproducen las escenas más principales.—La obra consta de nueve tomos lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, *20 pesetas.*

LIBROS DE LA GUERRA.—Hamón: Lecciones de la guerra mundial. *2 ptas.*—Utrilla: Comentarios á los tres ideales del señor Vázquez de Mella. *1'50 ptas.*—Capitán Hanguillart: Guía práctica para una compañía. *50 cénts.*

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL, dirigida por LAVISSE & RAMBAUD. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por ERNESTO LAVISSE, de la Academia Francesa, y ALFREDO RAMBAUD, del Instituto de Francia, profesores de la Universidad de París.—Más de 20.000 retratos, cuadros, armas, monedas, monumentos, etc. Historia gráfica del Arte. Historia del traje en numerosas láminas de colores. Mapas, planos, etc.—Se han publicado los tomos I al XIII. En prensa el XIV.—Precio de cada tomo, *10 pesetas* lujosamente encuadernado en tela.

HISTORIA SOCIAL DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA, dirigida por JUAN JAURÉS.—Obra de crítica y de amplio examen moderno. Cuatro tomos, ilustrados, *40 pesetas*.

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL, por ONÉSIMO y ELÍSEO RECLÚS. Traducción de V. BLASCO IBÁÑEZ.—Seis volúmenes en 4.°, con más de 1.000 grabados. Numerosos mapas.—*6 ptas.* el tomo en rústica y *7'50* encuadernado en tela.

PAÍSES DE AMÉRICA.—ESTRADA: Uruguay contemporáneo. *3 ptas.*—SEXTO: El México de Profirio Díaz.—Hombres y cosas. *5 ptas.*—UGARTE: El porvenir de la América española. *3 ptas.* — CASTILLO: Dos Américas (Estados Unidos). *1'50 ptas.*—CASTILLO MÁRQUEZ: Bajo otros cielos. (Viaje á Santo Domingo y Cuba). *1'50 ptas.*—Europa vista por una gran escritora americana: *Viaje de recreo*, por CLORINDA MATTO DE TURNER. Profusas ilustraciones. *5 pesetas*.

BIBLIOTECA CIENTÍFICA. — HÆCKEL: Historia de la creación de los seres. 2 tomos.—R. ALTAMIRA: España en América.—Volúmenes en 4.° á *4 pesetas*.

LA CIENCIA PARA TODOS.—Historia de Europa. Agricultura científica. El mundo de los microbios. El Polo Artico y sus misterios. La vida íntima de los griegos y los romanos.—Tomos ilustrados y encuadernados en cartoné. *—1'50 ptas. volumen.*

CULTURA CONTEMPORANEA.—El arte de leer, por E. FAGUET.—La risa, por E. BERGSON.—La nueva libertad, por W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos.—*3 pesetas vol.*—Socialismo y movimiento social, por W. SOMBART, profesor de la Universidad de Jena. *4 pesetas*.

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA.—Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—*2 ptas. vol.*

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)

Editorial PROMETEO.--Llorca y C.ª S.d L.ª Apartado 130, VALENCIA

OBRAS DE V. BLASCO IBAÑEZ

Director literario de esta Editorial

NOVELAS: Arroz y tartana. Flor de Mayo. La Barraca. Entre naranjos. Sónnica la cortesana. Cañas y barro. La Catedral. El Intruso. La Bodega. La Horda. La maja desnuda. Sangre y arena. Los muertos mandan. Luna Benamor. Los argonautas (2 tomos). Los cuatro jinetes del Apocalipsis. Mare nostrum. Los enemigos de la mujer. El préstamo de la difunta. El paraíso de las mujeres. La tierra de todos. La reina Calafia. *5 pesetas volumen.* —CUENTOS: La Condenada. Cuentos valencianos. *5 ptas. vol.*—VIAJES: En el país del arte. Oriente. *5 ptas. vol.*—ARTICULOS: El militarismo mejicano. *5 ptas.* Novelas de la Costa Azul. *5 ptas.*

NOVÍSIMA HISTORIA UNIVERSAL

escrita por individuos del Instituto de Francia, dirigida á partir del siglo IV por E. Lavisse y A. Rambaud.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.-20.000 grabados. Historia por la imagen más completa y detallada que ninguna.—Publicados hasta el tomo XII. En prensa el XIII.—*10 pesetas volumen encuadernado.*

NOVÍSIMA GEOGRAFÍA UNIVERSAL

por Onésimo y Eliseo Reclús.—Traducción de V. Blasco Ibáñez.—6 tomos.—Millares de grabados y mapas.-*7'50 ptas. vol.*

HISTORIA SOCIAL

Desde la Revolución francesa al siglo XX. —Critica y documentada.—Dirigida por J. Jaurés.—Ilustradísima.—*4 vol.: 40 ptas.*

BIBLIOTECA CIENTÍFICA

Hæckel, Altamira.—*4 ptas. volumen.*

NOVELAS Y TEATRO

Obras de gran amenidad, interés y emoción novelesca.—*1'25 ptas. volumen.*

LIBROS CÉLEBRES Españoles y Extranjeros

HOMERO: *Iliada.* 2 t.—*Odisea.* 2 t.—ESQUILO. 1 t.—SÓFOCLES. 2 t.—HESIODO. 1 t. —EURÍPIDES. 4 t.—TEÓCRITO. 1 t.—ARISTÓFANES. 3 t.—JENOFONTE. 1 t.—PLAUTO: *Comedias.* 1 t.—FEDRO: *Fábulas.*—SYRO: *Sentencias.* 1 t.—CICERÓN: *La República.*—*Las paradojas.* 1 t.—*La canción de Roldán.* 1 t.—SHAKESPEARE: *Obras completas.* 12 t. —*2 ptas. volumen.*

LA CIENCIA PARA TODOS

Volúmenes ilustrados á *1'50 pesetas.*

BIBLIOTECA SOCIOLÓGICA

Altamira, Büchner, Darwin, Kropotkine, Renán, Spencer, etc.—*2 ptas. volumen.*

CULTURA CONTEMPORÁNEA

E. FAGUET: *El arte de leer.* 3 ptas.— E. BERGSON: *La risa.* 3 ptas.—W. WILSON, ex presidente de los Estados Unidos: *La nueva libertad.* 3 ptas.—W. SOMBART: *Socialismo y movimiento social.* 4 ptas.

NUEVA BIBLIOTECA DE LITERATURA

Annunzio, Daudet, France (A.), Gorki, Mirbeau, Pöe, Rodó, etc.—*2 ptas. vol.*

LOS CLÁSICOS DEL AMOR

Obras de Apuleyo, Longo, Marcial, Voltaire, Casanova, etc.—*2 ptas. volumen.*

LAS NOVELAS DEL MISTERIO

Aventuras del famoso detective Sherlock Holmes, por Conan Doyle. 8 t.—*2 ptas. vol.*

COLECCIÓN POPULAR

Filosofía. Historia, Pedagogía, Política, Crítica, Viajes, Arte, etc.—*1 pta. volumen.*

LOS GRANDES NOVELISTAS

Victor Hugo, Dickens, Tolstoi, Dumas, Mayne Reid, Fernández y González, etc.— A *35 cénts.*—Edición *La Novela Ilustrada.*

CAMILO PITOLLET: **V. BLASCO IBÁÑEZ. Sus novelas y la novela de su vida**. Ilustrada. *5 ptas.*
P. GÓMEZ MARTÍ: **Psicología del pueblo valenciano según las novelas de Blasco Ibáñez** *3 ptas.*

LA NOVELA LITERARIA Amplia y selecta colección dirigida por Blasco Ibáñez, que cuenta con el apoyo de los novelistas de todos los paises para esta obra de difusión literaria. Todos los volúmenes llevan un estudio biográfico y crítico del autor de la obra escrito por Blasco Ibáñez. Novelas de Paul Adam, Barbusse, Bazin, Bourges, Bourget, Duvernois, Frapié, Harry, Hermant, Huysmans, Jaloux, Lavedan, Louys, Margueritte, Miomandre, Regnier, Rosny, Tinayre y otros muchos maestros de la novela contemporánea.—*4 pesetas volumen en rústica.*

J. FRANCÉS: *La danza del corazón* (novela). 3'50 ptas.—*Teatro de amor.* 3 ptas.

F. LLORCA: *Lo que cantan los niños.* Canciones y juegos infantiles. 2 ptas.

HISTORIA DE LA GUERRA EUROPEA DE 1914 ESCRITA POR V. BLASCO IBÁÑEZ. Ilustrada con millares de grabados.

Las grandes batallas.—El heroísmo.—Los horrores de la lucha.—La guerra en el mar y en los aires.—Tipos y costumbres de los beligerantes.—Personajes de la tragedia, retratos, caricaturas y documentos.—Planos y mapas.—La vida en el campamento, en los campos de batalla y hospitales.—Panoramas trágicos.—Nueve tomos, lujosamente encuadernados.—Precio de cada tomo, *20 pesetas.*

El libro de las mil noches y una noche. Traducción directa y literal del árabe por el doctor Mardrus.—Versión castellana de V. Blasco Ibáñez.—Prólogo de E. Gómez Carrillo.—23 tomos.—*2 ptas. volumen.*

Pídanse Catálogos especiales de estas obras y Bibliotecas

© Biblioteca Valenciana (Generalitat Valenciana)